
Seducido por un Motero
ASER HEART

Seducido por un Motero

Bandidos de carretera

Escrito por

Aser Heart

Título del libro: Seducido por un motero
© Aser Heart, 2025
Publicado en febrero de 2025
Ilustración realizada por: Krida S.
ASIN: B0DSK22X5K

«Esta novela es una obra de ficción. Cualquier alusión a hechos históricos, personas o lugares reales es ficticia. Nombres, personajes, lugares y acontecimientos son producto de la imaginación del autor y cualquier parecido con episodios, lugares o personas vivas o muertas es mera coincidencia.»

«No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea mecánico, electrónico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.»

Reservados todos los derechos.

Un sheriff con ganas de acabar con el caos, un motero rebelde y una tensión innegable. ¿La atracción los unirá… o los hará caer en una trampa mortal?

Cuando el sheriff local cae en un ataque del cártel, Alan Clark, un ayudante que sigue estrictamente las leyes, se ve obligado a trabajar con Zeke, el impredecible Vicepresidente de los Bandidos de Carretera.

Lo que comienza como una alianza incómoda pronto desata una tensión peligrosa. Alan es la justicia, Zeke es la anarquía, y el deseo entre ellos amenaza con derrumbar todo lo que defienden.

¿Elegirá Alan mantenerse fiel a su deber… o sucumbir al hombre que nunca pudo olvidar?

Queridos lectores,

Por primera vez dejo una nota de autor para aclarar que cada libro de la saga *Bandidos de carretera* es autoconclusivo y puede leerse de forma independiente, sin un orden específico. Sin embargo, aunque este segundo libro, *Seducido por un motero*, se ha publicado después del primero, *Cautivo por un motero*, sus eventos ocurren antes en la línea temporal. Esto no afecta la comprensión de la historia, ya que cada libro sigue a una pareja diferente dentro del mismo universo.

Puedes leerlos en el orden que prefieras sin perderte ningún detalle importante.

Muchas gracias por vuestra atención.

Un cálido abrazo.

Advertencia para los lectores:

Este libro contiene contenido explícito y trata temas que pueden no ser adecuados para todos los lectores. Entre los temas abordados se incluyen relaciones románticas y sexuales entre personas del mismo sexo, así como elementos del género romance oscuro. Esto puede incluir situaciones de manipulación emocional, violencia, y otros aspectos perturbadores.

Recomendamos discreción y sugerimos que los lectores más sensibles o aquellos que puedan sentirse incómodos con estas temáticas consideren sus propios límites antes de proceder.

índice

QUERIDOS LECTORES
PRÓLOGO
PRÓLOGO 2
CAPÍTULO UNO
CAPÍTULO DOS
CAPÍTULO TRES
CAPÍTULO CUATRO
CAPÍTULO CINCO
CAPÍTULO SEIS
CAPÍTULO SIETE
CAPÍTULO OCHO
CAPÍTULO NUEVE
CAPÍTULO DIEZ
CAPÍTULO ONCE
CAPÍTULO DOCE
CAPÍTULO TRECE
CAPÍTULO CATORCE
CAPÍTULO QUINCE
CAPÍTULO DIECISÉIS
CAPÍTULO DIECISIETE
CAPÍTULO DIECIOCHO
CAPÍTULO DIECINUEVE
EPÍLOGO
EPÍLOGO 2
SIGUIENTE MOTERO
OTROS LIBROS ESCRITOS POR EL AUTOR
CONTACTA CONMIGO

prólogo

Alan Clark

Diecisiete años antes...

Nunca se me pasó por la cabeza que una persona como Jody Evers se me acercaría para invitarme a una de las fiestas nocturnas que organizaban sus amigos en el bosque de los Proscritos. Pero en el último día de clase, se aproximó con su preciosa sonrisa y me pidió que la escuchara durante unos minutos. Un tiempo en el que su dulce voz se desvaneció y lo único que hice fue contemplar su belleza; su larga melena ondulada brillaba con la misma intensidad que los rayos del sol. Sus ojos azules se clavaron en los míos sin pestañear. Tenía unos labios carnosos y una nariz fina que la convertía en una muñeca de carne y hueso. Era la fantasía de cualquier adolescente y, para su desdicha, se convirtió en la única persona en la que pensaba cada vez que me masturbaba.

—¿De qué estáis hablando? —Ezequiel nos interrumpió. Acomodó su antebrazo en mi hombro e intimidó a la chica que me gustaba. Vi por el rabillo del ojo cómo le sonreía y después se centraba en mi silencio—. ¿Ahora mismo estoy siendo un estorbo?

La risa de ella acabó con la ira que me inundó ante la presencia de mi mejor amigo. Ignoré a Zeke y volví a mirarla, temiendo que fuera la última vez que pudiera compartir el mismo aire a menos de un metro de distancia.

—Estaba invitando a Alan al bosque de los Proscritos. Esta noche haremos una fiesta para celebrar que ya hemos terminado el último curso —dijo, y le sonrió con la misma dulzura que usó conmigo—. No te he dicho nada porque, si mi padre descubre que estoy cerca de ti, seguramente no me deje salir.

Zeke ni siquiera se apartó de mi lado, pero siguió intimidándola porque era la esencia que necesitaba si el día de mañana se

convertía en un motero como su padre. Dejó que su cabeza descansara sobre la mía y miró de arriba abajo a Jody.

—Es una lástima saber que el sheriff se pondría muy nervioso si descubre que su querida y perfecta hija se cruza con un delincuente como yo en una fiesta ilegal llena de alcohol, drogas y condones —le habría dado la razón, pero Jody me gustaba demasiado—. ¿Papi sabe a cuántos te has follado ya? ¿O sigue pensando que eres virgen?

Cuando el ceño de Jody se frunció y sus labios se apretaron, demostrando su descontento con Zeke, hundí mi codo en su costado y le robé un jadeo de dolor que me convirtió en el héroe de la semana para la rubia que tenía delante.

—¿A qué hora es la fiesta?

Ella sacudió la cabeza para olvidar las palabras de mi amigo y volvió a centrarse en mi presencia. Vi cómo sus tirabuzones saltaron por encima de su escotada camiseta y me respondió con la misma energía que se desvaneció con la llegada del chico malo de *Crestview School*.

—Podéis pasaros a las nueve. Traed algo de alcohol y... —de repente, rompió la distancia entre nosotros y se acercó hasta mi oreja; el dulce perfume que desprendía su cuello hizo que me pusiera duro—... un par de condones. El idiota de tu amigo tiene razón. Cuando papá no mira, soy una chica mala.

Zeke se burló de ella una vez más y yo solo me quedé pensando en sus palabras mientras la veía marcharse hasta el coche oficial del sheriff. El vuelo de su falda brincó con cada paso, regalándome unas magníficas vistas de su redondeado trasero. Me mordisqueé el labio para controlarme y metí las manos en los pantalones deportivos para que no se notara lo cachondo que me había puesto. Aunque el imbécil que tenía al lado no me lo pondría fácil; rodeó mi cabeza y frotó sus nudillos contra mi cabello.

Arrastró mi cuerpo hasta la vieja moto que le regaló su padre y tuve que golpearlo un par de veces para que me soltara. Siempre se había aprovechado de mi corta estatura y mi delgada complexión, como si eso me hiciera más fácil de dominar. Cuando se cansó de mis puños, me soltó y me tendió el otro casco que siempre lo acompañaba.

—Solo quiere dejarte con el calentón.

Me encogí de hombros.

—¿Vas a decirme que tú no te la follarías? —pregunté, mientras escondía mi melena dorada en el casco.

Su risa lo delató, aunque Zeke nunca me mentiría.

—Por supuesto que sí. Todos se follarían a Jody Evers. El problema eres tú —golpeó el casco una vez que ajusté la correa—. Esta noche se te acercará con un bonito vestido, te dirá que tiene frío y, cuando la abrigues con uno de tus brazos —soltó, mientras actuaba acorde con la historia que me contaba—, te pedirá con voz lastimosa que le toques el coño. Y, como eres un puto virgen, no lo harás.

No quería quitarme el casco y pelearme con mi amigo por una de sus tonterías. Ignoré la carcajada que explotó en mi cara y me subí a su moto para que me llevara a casa. Zeke estuvo unos minutos más riendo y, cuando se dio cuenta de que me estaba aburriendo, se acercó para analizar mis expresiones.

—¿He dicho una mentira?

—Vete a la mierda, Ezequiel.

—¿Quieres que te dé unos consejitos? Aunque no te lo creas, ya me he follado a cinco. Y tres de ellas ni siquiera van a nuestro instituto —su sonrisa burlona no solo era uno de sus encantos, también lo eran los tatuajes que se grabó en la espalda cuando su

padre le dio permiso con quince años—. Dile que le darás una vuelta en moto y mojará su ropa interior.

Crucé los brazos y aparté la mirada.

—Si han caído ante ti es porque saben que te convertirás en uno de los miembros del club en el que está tu padre.

—Yo aspiro a mucho más, Alan. Mi idea es ocupar su lugar. Algún día seré el Vicepresidente de los Bandidos de Carretera. Y si ser un Bandido es lo que las pone cachondas, seguiré follando más que tú. Al menos tengo claro lo que seré el día de mañana. Tú vas a ir a la universidad porque tu padre te está obligando.

Estaba muy equivocado.

Sabía perfectamente en qué me convertiría el día de mañana, pero lo único que hice fue mentirle, porque si él conseguía ocupar el lugar de su padre, yo sería el enemigo número uno del club de moteros que un exmilitar fundó en IronCliff.

—Llévame a casa —cambié de tema—. Quiero darme una ducha, robarle el perfume caro que mi madre le regaló a mi padre por Navidad y preparar unas cuantas frases para hablar con Jody.

Su risa persistió.

—No te olvides de los condones. Y perfúmate la polla. Por si en algún momento la princesa decide arrodillarse ante ti y chupártela.

El muy imbécil siguió burlándose de mí. Al menos se decidió a poner en marcha el trasto que nos llevaba de la escuela a casa y condujo a una velocidad decente, lo justo para que mi cuerpo no se estrellara contra su espalda. Respiré hondo, dejando que el aire frío de IronCliff me llenara, y dejé que mi mente volara, soñando con el día en que, no muy lejos, sería sheriff y tendría la ciudad bajo control. Protegería el lugar de cualquier bastardo que intentara dañarlo, porque, aunque a veces no lo pareciera, ese sitio era mi hogar.

Siempre había sido un fanático de los superhéroes, pero con una diferencia; en lugar de capa, me vestiría de marrón, y en vez de luchar con poderes, lo haría con las leyes. No necesitaba nada más para sentir que podía marcar la diferencia y que sería un gran sheriff.

—¿Sigues pensando en doña Perfecta?

Miré a Zeke, confuso, y me di cuenta de que habíamos llegado a mi casa. Me bajé de su Yamaha roja y le tendí el casco. Antes de darle la espalda, le di las gracias con nuestro saludo de manos y puse rumbo a mi hogar.

—¿A qué hora paso por ti?

Su pregunta me detuvo y acabé mirándolo por encima del hombro.

—Dijiste que los Bandidos hacían una fiesta para dar la bienvenida a los nuevos Prospectos —me aferré al asa de la mochila —. No contaba contigo.

El flequillo negro de Zeke le cayó sobre las pobladas cejas y su mirada verdosa se apagó. Hizo que su preciada moto ronroneara, pero se quedó estático en la carretera.

—¿No quieres que vaya?

—A mí me da igual —me encogí de hombros y volví a acercarme hasta él. Tuve que soltar una sonrisa para que toda esa penumbra que lo devoró se esfumara—. Pasa por mí a las ocho y media. Throttle Point está a unos veinte minutos del bosque de los Proscritos.

Respiré aliviado y, sin decir nada más, arrancó el motor. Lo vi esfumarse calle abajo y zarandeé los hombros para liberar la carga que me provocaba llevar los libros en un solo lado. Aceleré el paso y busqué a mi madre, que estaba en el salón preparando los nuevos horarios de la armería que llevaba junto a mi padre; como solo se

hacían cargo ellos dos, montaban turnos para que ambos pudieran descansar y pasar más tiempo conmigo.

—¿Cómo estás, cariño? —me saludó cuando dejé un beso en la coronilla de su cabeza. Me senté a su lado y disfruté de la música ochentera con la que se deleitaba en las tardes que estaba sola en casa—. ¿Ya te has despedido de todos? La mayoría ni siquiera veraneará en IronCliff.

—Hemos quedado unos cuantos esta noche para hacer una fiesta. ¿Os parece bien si salgo un rato?

—Por mí, no hay problema. Y tu padre te pedirá que vuelvas antes de medianoche. ¿Con quién irás?

Le expliqué que saldría con Zeke y algunos compañeros de clase más. Incluso mencioné a Jody, puntualizando que era la hija de Harland Evers, el sheriff de la ciudad. Si la hija del sheriff iba a la fiesta, significaba que todos nos comportaríamos para evitar problemas. Mi madre sonrió y, tras dejarla a solas, me encerré en mi habitación.

Tiré la mochila a un rincón del cuarto y me quité la ropa para deshacerme de las prendas empapadas de sudor. Me alboroté el cabello y lo peiné como solía hacer Zeke cuando quería ligar con alguna chica. Mi reflejo en el espejo me devolvió una imagen que, por primera vez, me gustó. Era cierto que era delgado, pero mi genética me había regalado unos buenos abdominales. Era rubio, de ojos marrones, y tenía unas mejillas pronunciadas que mi abuela paterna siempre pellizcaba. El deporte que practicaba había definido mis brazos, y hasta entonces había rechazado a un par de chicas porque solo tenía ojos para la reina del baile.

Después de un rato de autoadmiración, me metí en la ducha y pensé en Jody. Terminé más caliente que la moto de Zeke y acabé masturbándome mientras el agua seguía acariciando mi cuerpo. Me tiré unos quince minutos y abandoné el baño cuando los dedos de los pies empezaron a arrugarse.

Busqué unos vaqueros rasgados y una sudadera oscura para la noche. Cuando escuché el coche de mi padre aparcando en la entrada, escondí los condones que me había comprado mi madre al pensar que tenía novia y bajé a reunirme con él antes de que Zeke pasara a buscarme.

—¿Adónde vas con esa sonrisa?

Le di un abrazo tras bajar las escaleras en un par de saltos.

—He quedado con unos amigos.

Mi padre alzó una ceja.

—¿Esos amigos tienen nombre de chica?

¿A quién quería engañar?

Él había ayudado al traerme al mundo.

Me conocía perfectamente.

—Jody Evers.

Golpeó mi hombro.

—Sé un caballero —fue lo último que dijo antes de que me marchara.

Salí de casa y esperé a que Zeke llegara. Me senté en el bordillo de la acera y miré mi reloj digital, que marcaba las nueve menos cuarto. Mi amigo se estaba retrasando y, como ni siquiera había recibido una llamada suya, me levanté con la intención de coger el transporte que me dejara cerca del barrio Hillstone.

Aunque el rugido de su vieja Yamaha me detuvo.

—Llego tarde —anunció. Sacó un pack de cervezas que ocultaba entre sus zapatillas y me las tendió una vez que me senté detrás—. No había nadie dispuesto a comprarlas por mí, así que hablé con el dependiente y le mostré mi chaqueta de cuero.

Su felicidad se debía a que llevaba puesta una de las viejas chaquetas de su padre. El cuero, desgastado por el tiempo, todavía conservaba el olor a gasolina. Quizás, hace unos años, aquella prenda brillaba con fuerza y el logo de los Bandidos de Carretera no estaba tan descolorido. Pero esa chaqueta seguía siendo un símbolo entre los moteros, y Zeke la lucía con el mismo orgullo con el que su padre lo había hecho.

—¿Cuándo podrás ser un Prospecto? —pregunté por el camino.

Zeke no aceleró.

Al parecer, la fiesta no le importaba.

Ni siquiera la invitación de Jody.

—El mes que viene el Presidente quiere hablar conmigo. Estoy seguro de que será un cabrón y me hará la peor prueba que pueda existir —soltó una risa mientras me lo contaba entusiasmado—. Me muero por ser uno de ellos, Alan. Son mi familia. Ya no lo hago por mi padre, lo hago por mí. Sé que he nacido para ser un Bandido.

Lo único que hice fue apoyarlo.

El club de moteros al que quería pertenecer Zeke nunca había despertado mi interés.

O quizá fue el desprecio que mi padre me inculcó lo que hizo que no sintiera curiosidad por una banda de hombres para los que su club era lo más cercano a una familia. Siempre estaban en los titulares de los periódicos, como si cada uno de sus movimientos fuera una provocación en IronCliff. Y la policía… bueno, ellos parecían preferir mantenerse al margen, observando desde lejos mientras el caos reinaba en la ciudad.

Pero eso cambiaría conmigo.

—¿No te gustaría hablar con Kayler?

—¿Con quién?

—Con el Presidente —dijo, como si fuera obvio que conociera a cada miembro del club—. Tú y yo siempre hemos estado juntos. Hemos sido amigos desde pequeños. Podríamos convertirnos en hermanos de carretera.

No quería joder su sueño.

Aunque, lamentablemente, el club terminaría con nuestra amistad.

Por suerte, llegamos al bosque de los Proscritos y no tuve que responder al maravilloso plan que se estaba formando en su cabeza. Me bajé de la moto y busqué desesperadamente a la dulce Jody Evers. Cuando la encontré junto a su grupo de amigas, alcé la mano y la saludé mientras me acercaba hasta ella. Fue Zeke quien me detuvo a mitad de camino.

—¿Qué haces?

Me rasqué la nuca.

—Saludarla.

—¿Quieres follártela o asustarla?

Lo miré furioso, pero a él no le importó.

—Dame las cervezas, idiota —tiró de mi sudadera y me obligó a pasar por delante de Jody sin dirigirle la palabra. Nos reunimos con los otros chicos de nuestra clase y me pidió que le quitara el ojo de encima a la rubia—. La idea es ignorarla para llamar su atención. Cuando se sienta desplazada por ti, sacudirá sus alitas de hada y reclamará tu interés.

—¿Por qué me estás dando clases de ligar? —Golpeé mi puño en la palma de la mano y hablé con ironía—. Es verdad. Siempre olvido que de los dos eres el único que ha follado. Mi enhorabuena, Ezequiel. ¿Algún consejo más? ¿O vas a joderme toda la noche?

Como bien dijo Zeke, en el momento en que Jody se dio cuenta de que no le estaba prestando atención, se acercó hasta nosotros y recogió una cerveza mientras me sonreía dulcemente. Esa noche se recogió su melena dorada y se vistió con un bonito vestido rosa que hacía que su tono de piel se viera más pálido de lo normal.

Nervioso, me bebí mi cerveza de un solo trago y agarré otra cuando olvidé todas las frases que memoricé delante del espejo. Solo quería llamar la atención. Ella me gustaba, pero no iba a pedirle que folláramos en un bosque. Yo no era Zeke; a él le daba igual el lugar mientras se sintiera satisfecho con su pareja.

—¿Podemos hablar a solas un momento?

—¿Tú y yo? —pregunté como un idiota.

Asintió con la cabeza y sostuvo mi mano para tirar de mí. Antes de seguirla, me bebí la segunda cerveza de la noche.

Zeke no tardó en soltar uno de sus comentarios.

—Si necesitas un condón, me lo pides.

Por suerte, Jody no nos escuchó.

—Que te jodan.

—A lo mejor jodes tú esta noche.

Su risa me siguió un buen rato, pero me olvidé de él cuando nos adentremos en el bosque de los Proscritos. Jody detuvo sus pasos a unos metros de la hoguera y yo me acomodé en el tronco de un árbol porque estaba demasiado nervioso. Ni siquiera sabía si podría besarla de forma natural sin parecer un chico patético dando su primer beso.

—Gracias por venir. Y me alegra que Zeke viniera contigo.

Escondí las manos en los bolsillos.

—No te preocupes por él —quise tranquilizarla—, no te molestará.

—Él me gusta.

Se me escapó una risa nerviosa.

—¿Qué?

—El idiota —ladeó la cabeza y siguió sonriendo con dulzura—. Me gusta.

«*No puede ser. No puede pasarme de nuevo*», pensé, y sentí celos hacia mi mejor amigo.

—¿Se lo podrías decir?

—¿Quieres que le diga que te gusta? —Jody afirmó con la cabeza—. ¿Me estás pidiendo que sea el gilipollas que os una?

—Eres su mejor amigo…

No quería seguir escuchándola, así que rodeé vagamente el árbol y regresé al lugar que jamás debí abandonar. Me posicioné al lado de Zeke y recogí otra cerveza bajo su atenta mirada. A la quinta cerveza, mi amigo me detuvo para preguntarme qué había pasado con la chica de mis sueños.

—¿Qué ha pasado?

—Le gustas tú.

—¿Qué?

—Eso mismo le he dicho —y volví a pegar mis labios al botellín.

Ignoré que Zeke me dejara con los otros chicos y seguí bebiendo sin control. Me tumbé en el suelo y observé el manto de estrellas que cubría IronCliff. Di un par de pataletas cuando pensé en Jody y protesté en el momento en que me levantaron del suelo. La cabeza

me daba vueltas y Zeke no dejaba de repetir una y otra vez que tirara la cerveza que aún sostenía.

Hicimos la misma ruta que había hecho con Jody y solté una carcajada cuando me crucé con ella, que se estaba arreglando el vuelo de su falda.

—Zeke dice que te gusto.

—Eres un cabrón —le escupí a Ezequiel.

—Tú escúchala —insistió mi amigo.

Estaba claro que el rato que estuvieron apartados de nosotros, habían estado follando. Así que no tenía ganas de escuchar lo bien que se lo habían pasado mientras yo ahogaba mi dolor en alcohol.

Noté unas manos en mi pecho y alcé la cabeza para ver quién estaba empujando mi cuerpo. Cuando mi espalda tocó el tronco del árbol, observé su intensa mirada azulada y me quedé inmóvil al sentir sus labios sobre los míos. Jody me besó.

No.

No solo me besó.

Mientras abría mis labios con su lengua y exploraba ese rincón húmedo, su mano se posó en mi entrepierna y frotó la polla. Se me puso el vello de punta y terminé jadeando bajo la atenta mirada de Zeke.

—¿Te gusto o no? —preguntó, insistente, con una mirada desafiante que no pude ignorar.

Me relamí los labios antes de darle una respuesta, sintiendo la tensión repentina que se había formado entre los dos.

—Me… me gustas.

No necesitó nada más. En un segundo, se lanzó sobre mí. Sus labios se aplastaron contra los míos, invadiendo mi boca con su lengua, y se aseguró de que mi cuerpo reaccionara, de que estuviera caliente y duro bajo su toque. Zeke se movió detrás de ella y, en un susurro, le pidió que no se detuviera.

No tenía ni idea de qué estaban tramando esos dos, pero en ese momento me vi incapaz de dejar de disfrutar de los besos de Jody. Sus labios eran increíblemente suaves y carnosos, como si cada beso me empujara a saborear más de la chica que tomó el control. Su lengua, escurridiza y traviesa, recorría mi boca con una intensidad que me dejaba sin aliento.

La cabeza me daba vueltas, no solo por el alcohol que ya me nublaba la mente, también por el calor que ella misma me provocó al masturbarme por encima de los pantalones.

—¿Eres capaz de hacer todo lo que yo te pida?

—¿De qué estás hablando? —confundido, los miré a ambos.

Jody se giró y besó a Zeke con la misma intensidad con la que me había besado. Hasta mi amigo fue capaz de meterle mano, cosa que yo no hice.

—Quiero acostarme con los dos —confesó, con la voz entrecortada—. Quiero que me deis placer. Me pone muy cachonda que dos amigos sean capaces de seducirme.

Alcé una ceja, algo confuso.

¿Eso significaba que primero se acostaría con él y después conmigo?

«*A la mierda*», exclamé para mis adentros. «*Estoy muy borracho. No me importa quién folle primero*.»

—Acepto.

Y por primera vez... su risa me taladró la cabeza.

—Ahora besaros vosotros dos —le pidió a Zeke.

Sin entender muy bien la dinámica que estábamos siguiendo, abrí los labios para preguntarle a qué se refería, pero antes de que mis palabras salieran de forma natural, mi amigo no dudó ni un segundo y rozó sus labios con los míos. Primero fue un toque leve, un beso suave, casi como una caricia para ver hasta dónde éramos capaces de llegar. Como no reaccioné, Zeke atrapó mi boca con más urgencia, besándome con desesperación hasta que su lengua rozó la mía.

Éramos dos chicos besándonos, bajo la mirada curiosa de la chica que me gustaba. Fue extraño, pero no incómodo. Estaba excitado, el calor de su cuerpo me envolvía y cerré los ojos para que el alcohol hiciera el resto. Estaba disfrutando del beso sin preocuparme de que el que estuviera allí, besándome, fuera Ezequiel.
Aferré mis manos a su camisa abierta y solo abrí los ojos cuando sentí que me faltaba el aire. Cuando nos separamos, nos miramos por un instante antes de dirigir nuestra mirada hacia la persona que nos había empujado a besarnos, disfrutando de su pequeño y sucio juego.

—Te has puesto duro —dijo, frotando su polla contra la mía.

Eché hacia atrás la cabeza y le respondí:

—Llevo un rato cachondo.

Jody ya no estaba cuando terminó el beso.

A Zeke no le molestó.

Pero a mí me disgustó que no me eligiera esa noche.

—¿Qué haces? —pregunté al notar cómo empujaba el botón de mis vaqueros y bajaba la cremallera para perder su mano en el interior de mi ropa interior. Cuando alcanzó mi polla, la dejó al descubierto—. Eh.

Protesté, pero fue inútil.

Zeke hizo lo mismo.

«*A lo mejor también está borracho*», pensé, mientras observaba cómo se desnudaba de cintura para abajo. «*Mañana no recordaremos nada. Lo olvidaremos todo*.»

—Te voy a dar un poco de placer.

—¿Tú me vas a dar placer?

Cuando pegó nuestras pollas, un escalofrío me puso el vello de punta. Las rodeó con ambas manos y dejó escapar un hilo de saliva para que fuera más fácil masturbarnos a los dos.

—Zeke —gruñí.

El roce de nuestras carnes, las caricias de sus manos y lo entretenido que estaba tocándome… me confundió. Ni siquiera fui capaz de detenerlo por las muñecas. Me limité a observar el tamaño de nuestras pollas y cómo las puntas se humedecían por el presemen que salía en pequeñas gotas.

—Tranquilo.

—¿Tranquilo?

Se me escapó un jadeo porque no dejaba de frotar mi raja con su pulgar. Busqué sus verdosos ojos e intenté pedirle una vez más que se detuviera, pero de repente mis caderas se pegaron a las suyas y mi cuerpo me pidió que me dejara llevar por el placer que me brindaba mi mejor amigo.

—Ronroneas como un gatito.

—Cállate, idiota.

Siguió apretando nuestras pollas y dejé que mi cabeza cayera sobre su hombro mientras me torturaba el labio. El sonido húmedo

que se escapaba de sus manos se intensificó cuando mi cuerpo pensó que era un buen momento para bañarlo con mi esperma. Me corrí con un gemido ronco y observé con cansancio cómo Zeke luchaba por ser el siguiente.

—¿Alan?

Nuestras miradas se encontraron.

Y entonces vi la lujuria en sus ojos.

Estiró los labios para sonreír y dejó caer su rostro para besarme. El gruñido que me tragué me confesó que él también se había corrido. Y allí nos quedamos. Uno pegado al otro mientras nuestras pollas seguían temblando por el contacto de sus callosas manos.

«*Espero olvidar todo esto*.»

***

Subimos a su moto cuando notó que el alcohol se esfumaba de su sangre. Me aferré a la parte trasera para no tener que tocarlo y observé en todo momento su figura, incapaz de comprender lo que había pasado entre nosotros.

Éramos dos chicos.

Mejores amigos.

Me gustaba Jody.

¿Por qué diablos me había tocado él?

Y lo peor de todo… ¿por qué me gustó correrme a su lado?

—Ya hemos llegado —su voz me sacó de mis pensamientos.

Me bajé de la Yamaha mareado y, cuando estuve a punto de caer, Zeke me detuvo. Al ver su mano sosteniendo mi brazo, me incorporé y lo zarandeé para que no volviera a tocarme.

Ni siquiera le dirigí la palabra.

—¿Estás molesto conmigo?

Silencio por mi parte.

Solo quería encerrarme en mi habitación, darme una ducha, dormir y olvidar que Zeke nos había masturbado.

—Me gustan los chicos y las chicas por igual.

Acabé encogiéndome de hombros.

—Muy bien por ti.

—Alan…

Antes de que siguiera justificándose, lo encaré.

—¿Quieres dejarme en paz de una puta vez? ¿No te das cuenta de que te estoy evitando? —acabé estallando. El alcohol me ayudó a soltar los secretos que había guardado para no hacerle daño—. Estoy harto de tu club. Estoy harto de ti. Y, por si no ha quedado claro, admiro el trabajo que hacen los agentes de la ley. ¡Y me importa una mierda que todos los moteros acabéis en prisión! Porque si el sheriff Evers no se encarga de los Bandidos, lo haré yo cuando ocupe su lugar. ¿Te ha quedado claro, Zeke?

El brillo de sus ojos se apagó y ni siquiera me esperé a que se defendiera de mis palabras. Lo dejé tirado en la calle y me refugié en mi casa. Lo que no esperaba era que mis padres siguieran despiertos. Estaba tan furioso con Zeke que no vi las luces del comedor. Me limité a observar mis zapatillas nuevas que estrené al pensar que obtendría la atención que deseaba de Jody.

—Estoy cansado. Han vuelto a robar en la armería. Y nadie hace nada —mi padre estalló y mi madre intentó consolarlo—. IronCliff está perdida. Esta ciudad está contaminada. Y todo desde que Kayler Draven montó su asqueroso club.

Intenté borrar la pesadez que dejó el alcohol en mi rostro antes de acercarme a ellos. Froté los párpados y pellizqué mis mejillas para dar algo de color a mi blanquecina piel.

—Larguémonos —propuse—. Alejémonos un tiempo de IronCliff.

—Alan…

Papá se levantó del sofá y me abrazó.

—Tienes razón, hijo. No quiero ver cómo esta ciudad se derrumba.

Mamá se acercó y se unió a nosotros.

«*Esperaré unos años para que IronCliff caiga. Y, cuando eso suceda, volveré para acabar con todo aquel que jodió la ciudad*», pensé, con desprecio.

Prólogo 2

Zeke Renton

Diecisiete años antes...

Jugué con la ruedecilla del mechero antes de encender uno de mis cigarros de la alegría. La marihuana que cultivaba el padre de Ava era demasiado buena para disfrutarla en soledad. Apoyé la espalda contra la pared, cerré los ojos y dejé que la brisa que entraba por la ventana alborotara mi cabello. Pensé en todo lo ocurrido en el bosque de los Proscritos y aún no comprendía por qué Alan se había enfadado conmigo. No solo me gritó, también rechazó la idea de unirse a los Bandidos porque decía que quería ser sheriff y los moteros no eran de su agrado. De alguna forma, el alcohol le nubló la cabeza. Mi amigo no era así, y mucho menos se habría alejado de mi lado por una estupidez como la de frotarnos la polla.

De repente, me incorporé del suelo, encajé el cigarro con fuerza entre mis labios y recogí la guitarra antes de sentarme en el alfeizar. Rasgué unos cuantos acordes, y la imagen de Alan jadeando cerca de mi cuello me puso muy cachondo. Ni siquiera eran las diez de la mañana, así que busqué distracción antes de acabar masturbándome como un poseso. Alterné entre las cuerdas y el porro y, cuando me aburrí, lo dejé todo y me desplomé en la cama.

—Felicidades, cachorro —la voz de mi padre me sacó del letargo. Se asomó a la habitación y me levantó de un tirón para darme un fuerte abrazo—. No todos los días se cumplen dieciocho. Date una ducha, ponte algo decente y llama a Alan para que nos acompañe a la cafetería de Charlotte. Le diremos que te prepare un buen plato de pancakes con bacon. Podrás abusar del sirope de arce. Te espero abajo.

Me guiñó un ojo antes de marcharse, y yo no dudé en llamar a Alan. Era la excusa perfecta para reunirnos y hablar sobre lo que

había pasado la noche anterior. Descolgué el teléfono y marqué el número de su casa. Mientras los tonos se repetían en mi oído, me froté el talón con el pie de lo nervioso que estaba por escuchar su voz. Pero nunca sucedió. Nadie de su familia respondió.

Sin más opción, llamé al idiota de Seax, un chaval de dieciséis años que vivía enfrente y admiraba a mi padre por llevar la chaqueta de cuero con el logo de los Bandidos de Carretera. Cuando aceptó, bajé a la planta principal y le expliqué a mi padre que Alan no estaba disponible. Se apenó, pero mantuvimos el plan.

Seax no tardó ni cinco minutos en aparecer en nuestra propiedad. Se frotó las manos en cuanto mi padre le dijo que podría ir de paquete en su Harley, y yo los seguí con mi moto hasta la cafetería de siempre. Saludé a un par de miembros del club y me senté junto a Seax mientras hojeaba la carta del local.

Pedí lo de cada año y esperé a que mi padre terminara su café para hablar con él.

—Estoy nervioso —confesé, y le dediqué una sonrisa a Charlotte cuando dejó el plato de pancakes sobre la mesa—. He oído que el Presidente ha rechazado a muchos futuros Prospectos.

—Eran unos críos sin rumbo. Tú llevas tres años taladrándome la cabeza con ocupar mi lugar —soltó una carcajada y detuvo la mano de Seax, que no paraba de echar azúcar en su zumo de naranja—. Si quieres llegar a Vicepresidente, tendrás que empezar desde abajo. Mancharte las manos de aceite y grasa, recoger la mierda que dejen los demás y ser el bufón de una banda de moteros ansiosos por joder a los nuevos. Soy tu padre, pero allí hay una jerarquía. No puedo ponerte las cosas fáciles, Zeke. Tendrás que luchar y ganarte su respeto.

Miré por la ventana y recordé lo emocionado que estaba por compartir mi chaqueta de novato con Alan. Pensé que, cada vez que me escuchaba con tanta atención, era porque quería seguir mi

camino. Crecimos juntos, éramos inseparables y… de repente, explotó.

—Yo también quiero ser un Bandido —intervino Seax, relamiéndose los labios cubiertos de sirope de arce—. ¡Y seré el mejor!

Mi padre soltó una fuerte carcajada y le revolvió la melena rubia. Lo miró con la calidez de un padre que nunca tuvo e intentó no destrozarle la ilusión.

—Así que tú también quieres ser parte del club.

—Quiero ocupar el puesto de Sargento de armas —dijo, formando una pistola con los dedos y simulando disparar—. Me encargaré de la seguridad del club y de que todos cumplan las reglas. Seax Hurst será el mejor Sargento de armas que los Bandidos de Carretera puedan tener.

Antes de que pudiera seguir con su discurso, una manaza le estampó la cara contra los pancakes. Miré por encima del hombro y me encontré con Henry, al que todos conocían como Ojo Tuerto. Perdió el ojo en la guerra y llevaba ese apodo con orgullo. Se sentó junto a mi padre y miró al chico tembloroso que pretendía ocupar su lugar.

—¿Quieres retarme o algo así?

—No, señor.

—Entonces olvida la idea de que vas a quitarme el puesto.

—Sí, señor.

—¿Eres idiota?

—No, señor. O quizás, señor. No lo sé muy bien.

Henry miró a mi padre y ambos estallaron en carcajadas.

—Felicidades, muchacho. Tu padre me ha dicho que hablarás con el Presidente. No te pongas nervioso —al parecer, le había contado todo—. Es un hombre de carne y hueso como nosotros. La única diferencia es que él creó el club y manda sobre los demás.

Pensé en darle las gracias, pero la llegada del Presidente me puso tenso. Su voz me erizó el vello de la nuca. Ojo Tuerto y mi padre se pusieron de pie y se marcharon con Seax tras ellos. Yo seguí con la vista clavada en la mesa hasta que el hombre pidió un café bien cargado y me dio una palmada en el hombro.

—¿Sabes cómo consiguió tu padre esa Yamaha roja?

Asentí y respondí:

—Hizo muchísimas horas extras en el taller.

—Exacto. Trabajo duro para que su hijo pudiera lucir esa desastrosa moto que tienes ahí afuera —le dio un sorbo a su café y su expresión no cambió—. No quiero verte montado en esa porquería si algún día te acepto como Prospecto.

—Entonces… —sentí que el corazón iba a estallarme en el pecho.

Pero al igual que la emoción me llenó por completo, el golpe de la realidad me dejó sin aire.

—Lo que intento decirte, Zeke, es que tienes que trabajar como tu padre antes de entrar al club. Quiero que los callos de tus manos crezcan y las cicatrices dejen historias en tu piel antes de perderte en la carretera con tu moto. Te lo digo porque te aprecio. Sé que serás un gran Bandido, pero antes de comprometerte, deberías vivir sin límites.

—¿Y cómo lo hago?

—No lo sé, muchacho. Sirve a tu país. Trabaja en el empleo de tus sueños. El único que puede encontrar su camino es uno mismo.

No pierdas tu juventud en el club.

Nuestra conversación terminó cuando el Secretario y el Tesorero mencionaron el nombre de la familia Clark.

—Theodore Clark ha cerrado la armería. Unos drogadictos lo asaltaron cuando estaba fuera.

—Encima, el cabrón nos ha señalado. Por suerte, dejará IronCliff.

Me puse de pie de un salto.

—¿La familia Clark se va?

—Sí, Ezequiel. Han recogido todo esta mañana.

No era posible.

Alan me lo habría dicho.

Habría luchado por quedarse…

Recogí mi chaqueta y salí corriendo de la cafetería. Nadie me detuvo, salvo mi padre, que estaba fumando un cigarro con Henry. Se acercó a mí y, al notar que los nervios me cegaban, me frenó.

—¿Adónde vas?

No podía decirle que iba detrás de Alan.
Él no lo comprendería.

—Tengo algo que hacer. Volveré pronto.

—¿Ha ido todo bien, hijo? —esperó una respuesta mientras me ajustaba el casco.

Noté cómo alguien se subía detrás de mí y rodeaba mi cintura con los brazos. Lo miré e intenté apartarlo, pero su agarre era más fuerte de lo que imaginaba.

—¡Ezequiel!

—Creo que… no —pero eso no importaba en ese momento—. Bájate, Seax.

—Voy contigo.

Gruñí.

—¡He dicho que te bajes!

—Cálmate —insistió mi padre—. Deja que te acompañe. Relájate y luego hablamos.

Acabé cediendo y conduje lo más rápido posible hasta la casa de los Clark. El Tesorero tenía claro que la familia iba a abandonar IronCliff ese mismo día, pero era imposible que desaparecieran de la noche a la mañana. Los gritos de Seax destrozaban mis oídos, aumentando mi furia, y el aire fresco de la ciudad me golpeaba en el pecho hasta dejarme sin aliento.

Cuando llegamos, Seax se bajó y yo dejé caer la moto que tanto apreciaba.

Peiné los mechones más rebeldes y golpeé la puerta con la esperanza de que alguien me escuchara.

Respiré aliviado cuando su madre me recibió.

—Hola, Ezequiel.

—¿Puedo hablar con Alan? Solo serán cinco minutos.

Olvidé mi cortesía con la señora Clark.

Cuando su mirada entristeció, supe que lo siguiente no me gustaría.

—¿No has hablado con él? —Vio en mi rostro que esa conversación jamás existió entre nosotros dos—. Lamentándolo mucho, tenemos que irnos de IronCliff. Nos mudaremos un tiempo

con mi padre… —todo lo que dijo dejó de tener sentido para mí—. Alan ya se ha ido con mi marido. Le diré que te llame. Espero que os vaya todo bien.

No.

Él no me llamaría.

Se fue odiándome.

Olvidándose de nuestra amistad.

Me quedé inmóvil frente a la puerta, incluso cuando la señora Clark ya se había refugiado en el interior. Seax rodeó mis hombros con un brazo y luchó por mantenerse de puntillas ante mí.

—¿Se ha ido tu mejor amigo?

—Eso parece —respondí con la voz ronca.

—Ahora podré ser yo tu mejor amigo.

Acabé encogiéndome de hombros.

—Yo también me iré —susurré mientras me liberaba de su brazo. Seax siguió mis pasos e insistió en que podíamos ser inseparables—. Me alistaré en el ejército. Estaré un tiempo fuera. ¿Quién sabe? Quizás tres años, cuatro, cinco o diez. Ahora mismo, tampoco me quieren en el club.

—Pero tu padre…

—Él no puede dar la cara por mí.

Nos sentamos en el borde de la acera y observamos el ir y venir de los coches. Seax seguía hablando sin parar y yo tenía la cabeza en otra parte. Solo podía pensar en Alan y en cómo me abandonó en mi peor momento.

«*¿Qué te he hecho para que me odies tanto? Yo lo habría dado todo por ti… y tú, en cambio, sueltas que me detestas*.»

Escondí la cabeza entre las piernas mientras me ahogaba en mis pensamientos.

«*La próxima vez que nos veamos, espero que tengas el valor de explicarme por qué me odias o serás un cobarde que no merecerá mi respeto*.»

Capítulo uno

Alan Clark

Tardé diecisiete años en regresar a mi ciudad natal. Durante el tiempo que estuve fuera de IronCliff, me esforcé al máximo para ser el mejor en todo lo que hacía. Complementé los estudios básicos mientras esperaba alcanzar la mayoría de edad y, mientras tanto, ayudé a mis padres en el negocio que levantaron desde cero tras abandonar la armería. A los veintiuno, buscamos una buena academia de formación policial. Aprendí defensa personal, tácticas operativas, derecho penal, manejo de crisis, uso de armas de fuego y entrenamiento físico.

Seguí creciendo hasta alcanzar el metro ochenta y cinco. Mi cuerpo se volvió más robusto y los músculos se marcaban bajo la ropa. Cuando me gradué, pasé por un período de prueba en el que trabajé con veteranos durante tres años antes de que me permitieran patrullar solo.

A lo largo de los años siguientes, continué ganando experiencia. Me asignaron casos más complejos, participé en investigaciones y terminé conociendo cada rincón de ColdCreek. Pero con el tiempo, la rutina me agobió. No me había esforzado tanto para quedarme atrapado en la calma de una ciudad donde nunca ocurría nada.

Le pedí a un oficial de confianza que gestionara mi traslado a IronCliff. Tardaron dos años en aprobarlo, como si no estuvieran seguros de que alguien quisiera regresar a ese lugar. Pero lo logré.

Después de diecisiete años, estaba de vuelta en casa y me convertí en la mano derecha de Harland Evers, el sheriff que dejó que nuestra ciudad se desplomara bajo su mando.

Cada mañana, antes de ocupar el asiento de copiloto del vehículo policial, pasaba por la cafetería de la señora Jones para

recoger el café y la rosquilla glaseada de Evers. Cuando terminaba su desayuno, conducía hasta las afueras de Crestview para vigilar desde la distancia el barrio más pobre de IronCliff. Solía mirarlo con desconfianza, y su falta de motivación en el trabajo me enfurecía. El sheriff Evers siempre tenía una sonrisa en el rostro, incluso cuando hablaba de los Bandidos de Carretera.

—¿Recuerdas a Ezequiel Renton? Estudió contigo en Crestview School. Hace un par de años ocupó el puesto de su padre cuando este falleció —hizo una pausa para beber de su café—. Si sigue así, ocupará el puesto de Kayler Draven en unos años —soltó una risa que casi lo ahoga. Me quedé cruzado de brazos mientras patrullaba a través del cristal, esperando a que dejara de hablar de los moteros. Aunque Harland no se detuvo—. ¿Te he dicho que mi hija se divorció el año pasado? La verdad es que ese chico no le convenía. Más bien, me gustaría que la cuidara alguien como tú. Eres un tipo amable, tienes un buen trabajo y, encima, eres muy atractivo.

Le habría dicho que estuve años enamorado de su hija Jody, pero opté por guardar silencio y tomarme mi trabajo más en serio de lo que él podría llegar a hacer como sheriff. Harland Evers seguía insistiendo con desesperación; estaba convencido de que, si alguna vez me cruzaba con su hija, terminaría perdiendo la cabeza por ella. Era como si no tuviera nada más que ofrecerme que su hija, y cada vez que me lo repetía, sentía cómo la vena de mi cuello se hinchaba ante la pesadez del hombre. No me molesté en explicarle que no estaba interesado en ella; me limité a asentir con la cabeza y seguir con mi trabajo, ya que Harland insistió un par de veces más por si se me ocurría visitarla.

Quería que Harland Evers me recomendara como su sucesor el día que no pudiera seguir como sheriff en IronCliff, pero jamás en mi vida me doblegaría y elegiría el camino más fácil; aceptar a su hija y conquistarla como él había imaginado en su cabeza.

No.

Por supuesto que no.

Estaba allí para demostrar lo calificado que estaba para el puesto que tanto ansié desde que era un adolescente.

Pero en medio de su charla interminable, escuché unos disparos. Fueron dos, rápidos, secos y precisos. Como si alguien hubiera planeado cada paso con exactitud, pero no calculó que nosotros estábamos cerca del lugar donde se había desatado el caos. Mi cuerpo no necesitó pensarlo demasiado; reaccionó al instante. Encendí la sirena, y mientras observaba por el rabillo del ojo los últimos movimientos de Harland, vi que seguía concentrado en su bebida caliente, ajeno a todo. Mi paciencia ya no daba más de sí, así que bajé la ventanilla y, sin control, lancé su café por la ventana para que se moviera de una maldita vez.

Treinta años en el servicio, y su mayor logro fue conseguir meter su enorme cuerpo de ciento cincuenta kilos en un coche de policía.

—No lo había terminado —protestó, pero no le di tiempo a seguir hablando. Le lancé una mirada cargada de rabia y, como era de esperar, pisó el acelerador sin dudarlo.

Mientras nos adentrábamos en Dust Hollow, la estampida de gente corriendo por las calles nos indicó que estábamos cerca. El barrio se desmoronaba bajo el miedo, y el sonido de los pasos apresurados se sumaba al estrépito de la sirena, guiándonos al epicentro del caos. A través de la radio, les pedí que encontraran un lugar seguro, y casi al instante, la persona detrás del jaleo dio un último aviso con la pistola que llevaba. Reconocí el sonido; no era demasiado fuerte, pero estaba familiarizado con él. Era una Glock 19, un modelo que conocía al dedillo. Sabía cómo sonaba, cómo se disparaba, y lo que eso significaba.

—Es un maldito atraco.

Antes de abandonar el vehículo, me acomodé el chaleco antibalas y rodeé con mucho cuidado el coche. Observé las azoteas, los bloques de pisos altos, incluso los negocios que quedaron vacíos. Y allí no había nadie. Excepto un callejón, donde aprovecharon la sombra para ocultar sus siluetas. Los visualicé en el instante en que uno de ellos se movió torpemente, delatándose sin querer.

Volví hasta el copiloto para recoger el megáfono y, con voz firme, me dirigí a los asaltantes.

—¡Aquí el oficial Clark! Sabemos que estáis ahí. Salid con las manos arriba y entregad vuestras armas. No quiero más problemas de los necesarios. Tenéis cinco segundos. Ni uno más, ni uno menos.

El silencio fue absoluto. Estaba seguro de que cualquier movimiento en falso podría desatar un enfrentamiento que jamás había vivido en ColdCreek, pero estaba dispuesto a enfrentarlo en IronCliff. No me intimidaban un par de hombres con el rostro oculto por pasamontañas y unas pistolas conseguidas en el mercado negro. Estaba allí para detenerlos y recordarles que nadie se burlaba de Alan Clark.

Esperé, escuchando el eco de mi propia voz y el susurro del viento entre los edificios. No hubo respuesta inmediata, y una parte de mí sabía que el tiempo se agotaba. Miré a Harland, que ya estaba fuera del coche, ajustándose el cinturón del revólver con una calma que, a esas alturas, me resultaba irritante. Tenía la mirada fija en el sitio desde el que habían disparado, como si su presencia sola fuera a intimidar a los delincuentes.

Le hice una señal con la mano, instándole a que me siguiera para rodearlos. Pero Harland, en su infinita terquedad, no me prestó atención. En lugar de escuchar mi indicación, avanzó con paso firme, confiado en su propia autoridad. Él pensaba que estaba actuando correctamente, convencido de que los criminales lo respetarían simplemente por ser el sheriff de IronCliff, como si la jurisdicción de su cargo bastara para hacerlos obedecer.

—¿Qué haces? —le susurré, sin comprender sus pasos en falso.

Pero Harland ya no me prestaba atención. Aceleró el paso hacia el callejón y, al llegar a la esquina, disparó al aire como si el simple sonido de su arma fuera suficiente para que se rindieran. Los dos encapuchados, que hasta entonces se habían mantenido inmóviles, reaccionaron al instante. El eco de los disparos resonó por todo el barrio y, antes de que pudiera hacer algo, vi cómo Harland caía al suelo, alcanzado por un tiro en el cuello. No tuvo tiempo de reaccionar; su cuerpo se desplomó sobre el asfalto, y aunque seguía aferrándose a su revólver, este no le sirvió de nada.

Los dos hombres armados corrieron hacia un vehículo que habían estacionado estratégicamente cerca del prostíbulo. Dispararon al aire para impedir que me acercara, y en ese momento recordé lo que debía hacer: primero auxiliar a un compañero antes de detener a esos cabrones que se habían reído en mi cara. Me acerqué rápidamente al sheriff y levanté su cabeza del suelo. Estaba respirando con dificultad, tenía el rostro pálido y la frente empapada en sudor. Presioné la herida de bala con mis manos y, sin perder de vista lo que ocurría a nuestro alrededor, me aseguré de que esos malditos no siguieran siendo una amenaza. El motor de su vehículo rugió y los vi perderse por las estrechas calles de Dust Hollow.

—Sheriff Evers —zarandeé su rostro al darme cuenta de que comenzaba a cerrar los ojos. La sangre seguía brotando a borbotones y mis manos se tiñeron de un rojo oscuro que se aclaraba al caer al suelo—. Voy a pedir ayuda. Tienes que aguantar.

Ambos sabíamos que no iba a sobrevivir, pero no quería que se fuera sin esperanzas. Harland me sonrió y acomodó su mano sobre mi hombro. Observé cómo su piel perdía el color bronceado que lo caracterizaba, y me acerqué a sus labios para escuchar sus últimas palabras.

—Eres un… buen chico. No lo… olvides.

Se desplomó en mis brazos, y me quedé allí parado, sin saber qué hacer, antes de avisar a mis compañeros. Los habitantes de IronCliff se acercaron, preguntando si necesitaba ayuda. Una mujer anciana me tendió su chal para tapar el cadáver del sheriff. Me quedé con las últimas palabras de Harland, después de haberme burlado de él durante horas. Siempre lo había visto como un inútil gordo y fácil de sobornar. Pero nunca se acobardó ante gente como la que acabábamos de enfrentar.

«*Podrías haberlo hecho mejor, Harland, pero lo intentaste*.»

***

Tras ser nombrado sheriff interino, todo ocurrió a gran velocidad. El departamento me observaba como si esperaran que tomara el lugar de Harland Evers, con la misma calma que lo rodeaba cada vez que algo sucedía en la ciudad. Lo que no sabían era que yo no iba a quedarme de brazos cruzados. Tenía que encontrar respuestas, y las primeras las iba a obtener en Dust Hollow, el lugar donde todo se fue al infierno la mañana del tiroteo.

Llegué a la zona por la tarde, cuando la luz comenzaba a desvanecerse y las calles dejaban de frecuentarse, por la delincuencia gratuita que se podía encontrar en el barrio más peligroso de IronCliff. El objetivo estaba claro; encontrar alguna prueba que me llevara hasta esos dos delincuentes. Recorrí el callejón donde todo ocurrió, atento a cualquier cosa que pudiera haber quedado atrás. No quería dejar ni un centímetro sin revisar. Fue entonces cuando algo brilló entre los escombros, como si alguien hubiera perdido una de sus pertenencias al salir corriendo. Me agaché y lo recogí.

Era una tarjeta, algo gastada, pero el logo era lo único que destacaba; un estudio porno. No era la pista que esperaba, pero no

podía pasar por alto que las personas de Dust Hollow no solían frecuentar los negocios de Hillstone. Parecía absurdo, pero algo me indicó que debía fijarme en el negocio de la señora Winter.

Guardé la tarjeta en el bolsillo y, sin pensarlo dos veces, me dirigí al estudio. Aunque tenía todo el tiempo del mundo, no podía permitirme esperar. Quería cerrar el caso de Harland Evers antes de que los de arriba, como el jefe de policía o el fiscal de distrito, interfirieran. Sabía que algunos ya se estaban armando de excusas para no abrirlo, diciendo que no había suficientes pruebas, pero yo no iba a permitir que eso detuviera lo que debía hacer. El peso de la ciudad estaba sobre mis hombros, y no descansaría hasta ponerla en orden, aunque tuviera que ir contra todo y todos.

Tenía la corazonada de que esos cabrones habían visitado el estudio. Supuestamente, Winter no prostituía a sus estrellas, pero no me fiaba de las personas que eran protegidas por los Bandidos. Y ella era una de ellas.

La nave no estaba lejos. La encontré fácilmente, a las afueras del barrio de clase media, cerca de los límites del Bosque de los Proscritos. Su estructura industrial pasaba casi desapercibida entre los demás negocios de la zona, como si todo hubiera sido diseñado para no destacar. Aporreé la puerta al llegar, y una chica con un diminuto traje de baño, que apenas cubría sus pechos, me atendió con una sonrisa amplia.

—¿Puedo ayudarle en algo, sheriff?

—¿Está Winter? Necesito hablar con ella.

—Justo está dirigiendo una escena. ¿Quieres esperarla dentro?

Acepté y atravesé el negocio detrás de ella. La calma se esfumó y los gemidos estallaron por todo el estudio. Se podían escuchar gritos, golpes secos y sacudidas húmedas que me ponían el vello de punta. Vi como dos chicas estaban teniendo sexo en una piscina pequeña mientras las grababan con cinco cámaras que filmaban

desde varios ángulos. Había hombres musculosos, mujeres jóvenes e incluso un enano que fingía ser el ginecólogo de cinco chicas que le chupaban la polla sin pestañear.

—El nuevo sheriff es muy guapo.

—Tienes razón, Mia. Me gusta más que ese gordo de Harland.

Ambas se aferraron a mis brazos y tuve que mirar hasta dónde eran capaces de llegar con sus inquietas manos.

—¿Tienes nombre, cariño?

—¿Cómo puedes llamarle cariño? ¿Ya te lo has follado?

Puse los ojos en blanco. No quería escuchar una discusión tonta por parte de dos veinteañeras que habían salido con el fin de distraerme. Aparté a una de ellas y seguí buscando a Winter. La mujer que me recibió en la entrada tenía razón; Winter dirigía a dos chicos cómo podían follar para que se viera estéticamente bien delante de la cámara. En el mundo del porno, si no querías perder una oportunidad, tenías que estar dispuesto a follar tanto con hombres como con mujeres.

—No me has respondido, sheriff.

—¿A qué? —solté un suspiro cansado.

—A tu nombre.

Fue una voz grave la que sonó detrás de mí y confirmó mi nombre. Noté una figura corpulenta y casi de mi altura detrás de mí, y con una risa característica que conocía muy bien reveló el secreto que jamás oculté.

—Estáis delante del sheriff Clark. Hace un tiempo, cuando éramos adolescentes, solía llamarlo Alan.

Ni siquiera lo miré.

—¿Vosotros os conocéis? —preguntó entusiasmada—. ¿Por qué no me has dicho que tienes un amigo tan guapo, Zeke?

Ezequiel rodeó mis hombros con su brazo y me observó con la misma intensidad con la que las chicas lo habían hecho. Al igual que yo, después de diecisiete años, había cambiado. Se había dejado la barba, que arreglaba con regularidad, había ganado algo de músculo y crecido un poco, aunque terminé siendo unos centímetros más alto que él. Pero seguía teniendo el cabello negro y rebelde, cejas pobladas y unos ojos verdes que te dejaban sin aliento. Porque el cabrón siempre había sido atractivo y era el único que ligaba más de los dos.

—Tienes razón, Lily. Sí que está guapo.

Aparté su mano.

—¿Qué haces aquí?

Primero la tarjeta tirada en el callejón, y ahora uno de los hombres de Kayler Draven aparecía en el estudio de Winter.

—La jefa me ha llamado. Quería hablar conmigo —siguió sonriendo, y dejó a un lado su trabajo. Volvió a rodearme con su brazo, que comenzaba a molestarme—. Pensé que, después de unas semanas en IronCliff, irías a visitar a tu amigo.

«¿*Qué amigo*?», le habría preguntado, pero me limité a pensarlo.

Golpeé mi placa con el dedo y Zeke soltó un silbido.

—¿Por qué tratas con tanta familiaridad a la ley? ¿No ves que estoy trabajando? —tuve que empujarlo y alejarlo de mi lado unos metros. Todos se me quedaron mirando ante la fría actitud que estaba teniendo con el motero—. Como tú bien has dicho, soy el sheriff Clark. No lo olvides.

Quizás se rieron de Harland Evers, pero no lo conseguirían conmigo, y mucho menos Zeke.

Capítulo dos

Zeke Renton

Era sorprendente que el hijo de perra se hubiera puesto más guapo, alto y fuerte. Y a quién quería engañar, desde que puso un pie en la ciudad estuve siguiendo sus pasos. No de forma obsesiva, pero tenía esperanzas de cruzarme con él y darme cuenta de que no había cambiado nada entre nosotros. Aunque en el momento en que me mostró su placa, me miró por encima del hombro y me recordó que tenía que respetarlo porque era el nuevo sheriff... entonces comprendí que nuestra amistad había muerto el día que se largó sin despedirse de mí.

Pero seguía sin comprender el odio de Alan, aunque intentara justificarlo. Admiraba que hubiera cumplido sus sueños, que se hiciera respetar en la ciudad de su abuelo y que tuviera los huevos para ocupar el lugar que dejó Harland Evers al morir. Solo podía decir cosas buenas sobre Alan y desear que me viera con los mismos ojos con los que yo lo miraba a él.

Se limitó a apartarme de su lado y a desviar su atención a las chicas de Winter, que no dejaban de coquetear con él. Solo tuve su atención cuando la preciosa Amy saltó sobre mi cuerpo, rodeó mi cintura con sus piernas y soltó una carcajada al verme en el negocio que protegía por petición de Kayler. La mirada curiosa del rubio se cruzó con la mía y maldije que ese cabrón siguiera poniéndome tan caliente.

Intenté soltar a Amy, pero esta me había echado demasiado de menos y se negaba a soltar al hombre que compartía con su hermano mellizo las noches en las que me sentía solo en mi apartamento. Reí junto a ella y esperé a que Winter dejara de grabar con los nuevos y me contara todo lo que había pasado con los hombres que le habían robado. Saqué mi cajetilla de cigarros y con una sonrisa, le ofrecí uno al nuevo sheriff.

—No fumo —soltó, demostrando lo buen niño que seguía siendo. Miró su reloj y solté otra carcajada al darme cuenta de que su madre había dejado de cortarle el cabello. Desde que llegó a IronCliff, dejó esas largas patillas que ocultaban parte de su angelical rostro.

—¿Qué te parece tan divertido? ¿Qué esté perdiendo mi valioso tiempo?

«¿*Por qué está tan amargado*?», me pregunté mentalmente. «*Ha venido solo. Quizás ni se ha casado*.»

—¿Puedo preguntarte yo a ti por qué estás en el estudio porno de Winter? —bajé forzosamente a Amy y le planté cara; lo seguía viendo como el niño que creció a mi lado, pero no iba a permitir que se creyera más que yo por el simple hecho de vestir de marrón y cubrirse la cabeza con un sombrero vaquero a juego con el uniforme —. Esto no es un prostíbulo. Te lo digo por si has venido a perder la virginidad.

Seguí con mi humor de siempre, pero a él pareció afectarle más de lo normal. Me cogió de la chaqueta de cuero y pegó su frente sobre la mía. Su pálida piel se puso roja, y estaba convencido de que sus venas empezaron a marcarse más de lo normal. Apretó la mandíbula y se mostró como una bestia rabiosa ante mí.

—Si sigues burlándote de mí, voy a detenerte.

Me tragué una carcajada.

—¿Y puedo saber qué he hecho, señor agente?

—Tocarle los huevos a la autoridad.

Bajé el tono de voz para que las chicas no nos escucharan.

—No sé cómo tendrá los huevos el sheriff, pero sí recuerdo cómo tenías la polla. ¿O has olvidado la vez que ronroneaste en mi hombro mientras nos corríamos juntos?

Alan estalló y echó hacia atrás el brazo para golpearme con todas sus fuerzas. Cuando Harland controlaba la comisaría de IronCliff, no importaba en cuántos problemas nos metiéramos los Bandidos, siempre nos librábamos de todo. Pero con la llegada del sheriff Clark, las cosas cambiarían y a peor.

—Estáis asustando a mis chicas —la voz firme de Winter lo detuvo—. Si vais a golpearos como animales, será mejor que salgáis de mi estudio. No tengo ganas de que dos idiotas me jodáis el día. Si tengo que llamar a Kayler, lo haré —me miró a mí primero y después desvió sus ojos negros a los de Alan—, y contigo haré lo mismo, guapo de cara. Que estés ocupando el puesto del gordo de Evers no te convierte en el rey de IronCliff.

—Lo lamento, Winter. He hecho una de mis bromas y al sheriff Clark no le ha parecido divertida —suavicé el ambiente que se creó entre los tres y aparté las manos de Alan, que seguía aferrado a mi chaqueta—. Quiero hablar contigo y me iré.

Ella me hizo una señal para que la siguiera hasta su despacho, pero Alan nos detuvo.

—Yo también necesito hablar contigo. He encontrado esta tarjeta…

Winter lo cortó.

—Atiendo al motero, y luego le atenderé a usted, sheriff.

No estaba en el estudio para temas importantes en los que el club estuviera implicado, así que no me importó que Alan se uniera a nosotros. Más bien, fui yo quien le dijo a Winter que le dejara escuchar nuestra conversación para que se calmara un poco. Nos encerramos los cuatro y, mientras que Winter se servía una copa de su vino favorito, Amy descansaba sobre mis piernas mientras me explicaba lo cansada que estaba del bukkake que habían grabado esa misma mañana.

Acaricié sus piernas y ella escondió el rostro en mi cuello mientras observaba lo tenso que estaba Alan en la silla. Nos miraba de reojo, pero no era capaz de hacerlo directamente.

Su rutina en IronCliff se había vuelto aburrida; solo iba al trabajo, al gimnasio y al bar de Brent, porque, al parecer, no cocinaba. Alan no sabía divertirse y solo trabajaba para que los demás lo vieran como la autoridad que necesitaba nuestra ciudad.

—¿Qué te ha contado Kayler?

Dejé de jugar con Amy.

—Dice que esta mañana te has encontrado la caja fuerte reventada. Las cámaras de seguridad han grabado a un par de tíos corpulentos, así que descartas a tus estrellitas —ella asintió, confirmando mis palabras—. No eres la única que está sufriendo estos asaltos repentinos. Unas cuantas tiendas de Crestview han amanecido con la misma suerte que la tuya. Los Bandidos estamos patrullando…

—¿Patrullando? —soltó una risa sarcástica—. ¿Qué os creéis que sois? ¿Policías?

Me estaba cansando su actitud de mierda.

—Hago vuestro trabajo, sheriff Clark. ¿O ya habéis encontrado a los asesinos de Harland? —no le dejé responder—. Por supuesto que no. Y me apuesto lo que quieras a que te han pedido que te olvides del tema. Enséñale los individuos que has grabado, Winter.

Winter reprodujo el vídeo y Alan lo miró con atención.

—Son… o se parecen… —dudó— a los hombres que mataron a Harland.

Por fin se dio cuenta de que el enemigo que compartíamos estaba ahí afuera, dispuesto a jodernos a ambos.

—El dinero me da igual, pero el club tiene que hacerse responsable. ¿Qué hubiera pasado si alguna de mis estrellitas hubiera estado en el estudio? ¿Qué le habrían hecho?

Sostuve el rostro de Amy y froté mi nariz contra la suya para hacerla reír.

—No te preocupes, mujer. Ahora mismo llamaré a Seax para que monte guardia con cinco hombres. ¿Te parece bien?

Se levantó de su asiento y me dio la espalda para llenarse la copa de vino.

—¿Me mandáis a vuestro Sargento?

—Eso mismo.

Su risa confundió al sheriff.

—Entonces el asunto es más serio de lo que pensaba.

Levanté a Amy de mi regazo, le di un azote y me acerqué hasta Winter.

—Tenemos un negocio, cariño. El club siempre cumple su palabra. Si te envío a Seax, es porque quiero la máxima seguridad. Olvídate de esos cabrones. Pienso encontrarlos.

—¿Y qué pasa con él?

Ambos miramos a Alan.

A él no le gustó ni una pizca que me estuviera burlando de su autoridad delante de Winter. Pero me importó una mierda. Solté una risa y le pedí a Alan que me siguiera. Sin protestar, caminó detrás de mí hasta la parte trasera de la nave, donde había aparcado mi moto.

Me encendí otro cigarro y lo observé sin apartar la mirada.

Alan ya no parecía el niño indefenso de ojos marrones; su cuerpo fortalecido intimidaba o atraía a partes iguales. En el fondo,

una parte de mí se moría de ganas de apretarlo entre mis brazos y darle vueltas como cuando éramos críos, pero otra parte aceptaba que debía mantener la distancia.

—Después de tantos años te tengo delante y no soy capaz de bombardearte con preguntas —seguí fumando—. Es jodido ver a mi amigo y darme cuenta de que te comportas como un puto desconocido.

Alan sacudió la cabeza, pero no se alejó.

Se quedó ahí, dejándome sentado sobre la moto mientras manteníamos aquella extraña conversación. El cielo se oscurecía poco a poco y el aire se volvía más frío, hasta el punto de que nuestras palabras se convertían en nubes de vaho que se disipaban en la noche.

—El día que supe que sería sheriff, me di cuenta de que nuestra amistad no iría a ninguna parte.

—¿Y cuándo te diste cuenta? ¿Un mes antes de largarte? ¿Dos? ¿Tres?

Arrastró su melena hacia atrás. Siempre hacía eso cuando las palabras exactas se le quedaban atascadas en la lengua.

—Un año.

—Fuiste falsamente mi amigo durante un año. Joder… realmente no vi lo cabrón que fuiste conmigo. Para mí, aunque no te lo creas, fuiste alguien importante en mi vida —solté, cansado de haberme torturado pensando que fui el culpable de todo—. El día que te largaste sin avisar, corrí para detenerte. Pero ya no estabas. Y ni siquiera me llamaste. Ese día… dejó de importarme hasta el club.

Otra vez su risa cargada de sarcasmo estalló.

—Ja —ladeó la cabeza—. Siempre estabas con el club. Dudo que te olvidaras de esa panda de delincuentes.

—Búrlate de mí, pero deja a mi familia en paz.

—¿Tu familia? —pareció sorprendido—. Tu familia jodió a la mía.

—¡Y una mierda! —grité, tiré el cigarro y me levanté de la moto —. No sé qué te dijo tu padre, pero fueron unos drogadictos los que asaltaron la armería. En vez de actuar como un hombre, tu padre recogió a su familia y se largó con la polla entre las piernas.

Alan reaccionó sin dudarlo.

Su puño se estrelló contra mi cara con una fuerza que me hizo perder el equilibrio, y en cuestión de segundos, el suelo se convirtió en mi realidad. Un dolor punzante se expandió desde mi mandíbula hasta el cráneo, pero el golpe no terminó ahí.

Antes de que pudiera recuperar el aliento, se abalanzó sobre mí y su peso cayó con toda la rabia que llevaba contenida. No me dio tregua. Un segundo impacto me sacudió la cabeza, y el mundo se tambaleó por un instante. Sentí el sabor metálico de la sangre en la boca y el ardor en la mejilla, pero la adrenalina no me dejó detenerme.

Rodé sobre el suelo, esquivando su siguiente ataque. Sus manos intentaron atraparme, pero aproveché su propio impulso en su contra y lo derribé de cara al suelo. Su cuerpo golpeó la tierra con un ruido sordo, y en un solo movimiento, me coloqué encima de él, sujetándole los brazos con firmeza.

Alan forcejeó con furia, su espalda se arqueó en un intento desesperado por liberarse. Sus músculos tensos vibraban con cada sacudida, pero mi agarre no cedió. Sentí su respiración agitada bajo mi peso, caliente contra la fría noche, y su frustración latía en cada movimiento torpe por escapar.

Sin darme cuenta, mi palpitante polla se acomodó contra su trabajado culo de sheriff. Que me odiara y se viera tan jodidamente atractivo me puso muy cachondo. Poco a poco, su resistencia

comenzó a ceder. Sus intentos por librarse se volvieron más erráticos, más débiles.

El aire a nuestro alrededor seguía impregnado del olor a tabaco, mezclado con el sudor y la tierra removida por la pelea.

—¿Qué cojones estás haciendo?

Al parecer, se dio cuenta de que lo estaba golpeando con mi miembro.

—¿Por qué me odias? —mis pensamientos me delataron—. ¿Es porque te dije que me atraían tanto los hombres como las mujeres? ¿Sentiste asco cuando te toqué?

Luchó por levantarse del suelo, pero no lo consiguió.

—¡Qué cojones estás haciendo, Zeke!

Me acerqué hasta su rostro y le solté la verdad.

—Me has puesto muy cachondo, gatito.

No estaba seguro de hasta dónde acabaríamos, pero mientras tanto, pensaba divertirme con él.

Capítulo tres

Alan Clark

Zeke había perdido la cabeza.

No solo se atrevió a insultar a mi familia, sino que esperó a que la furia me cegara para derribarme con una facilidad humillante. Antes de que pudiera entender qué había pasado, ya me tenía atrapado contra el suelo. Su peso me aplastó, inmovilizándome en un agarre férreo que me dejaba sin aire. Me retorcí, forcejeé con toda la rabia que tenía en el cuerpo, pero era como chocar contra una pared de puro músculo. Cada intento por liberarme… solo le divertía más.

No le bastó con humillarme. El muy bastardo frotó su polla contra mi trasero, regodeándose en mi desesperación. Sentí su aliento caliente junto a mi oído, su mirada inquisitiva y una burla en su voz que delató las intenciones que tenía alguien como él.

—Me has puesto muy cachondo, gatito.

Eso me dio la energía que necesitaba para seguir luchando bajo su cuerpo. Intenté golpearlo, pero su agarre era demasiado firme y su fuerza, en ese momento, parecía abrumadora. Me obligué a pensar, a no desperdiciar la poca movilidad que me quedaba. Si no podía quitármelo de encima con fuerza bruta… tendría que usar su propio peso en su contra.

Solté un movimiento brusco con la cadera, fingiendo otro intento desesperado de escape, pero esta vez giré con todo el cuerpo, provocando la reacción que esperaba. En el instante en que perdió estabilidad, me deslicé lo justo para liberar un brazo. Bastó una fracción de segundo para atrapar su muñeca y torcerla hacia atrás en un ángulo que lo hizo gruñir de dolor.

No le di tiempo a reaccionar. Me impulsé con todas mis fuerzas, girando sobre mi eje y arrastrándolo conmigo. Su espalda golpeó el suelo con un impacto seco, y esta vez fui yo quien terminó sobre su pecho. Sujeté sus brazos contra la tierra con la misma rabia que todavía me quemaba por dentro.

Su respiración agitada chocó contra la mía. Ahora era él quien estaba atrapado. Lo miré a los ojos, manteniéndolo inmovilizado, y apreté con tanta fuerza que mis dedos dejaron marcas en su piel.

La risa de Zeke me desconcertó.

—¿Sigues burlándote de mí?

Abrió los ojos y esbozó una sonrisa ladeada.

—No te he mentido cuando te he dicho que verte cabreado me excita demasiado —hizo una pausa, aguantando el dolor al que estaba sometido. Yo era capaz de romperle las muñecas para que no pudiera subirse a su moto—. ¿Me vas a decir que no te está volviendo loco la idea de tenerme debajo de ti?

«*Se acabó*», pensé, echando hacia atrás mi cabeza para golpearlo.

Lo que no imaginé fue que teníamos espectadores.

El sonido de unos aplausos rompió el silencio, y al alzar la vista por encima del hombro, me encontré con el Presidente de los Bandidos de Carretera. Se acercó con calma y, con un gesto amable, me indicó que soltara al idiota de su Vicepresidente. A regañadientes, obedecí, apartándome de Zeke con la misma mala gana con la que había aceptado su orden.

Mientras tanto, el motero se frotó las muñecas sin apartar la mirada de mí. Seguía atento a cada uno de mis movimientos, con el cuerpo aún en tensión. Sabía que, si volvía a intentar algo, yo estaría listo para derribarlo otra vez.

—Vuelve a casa, Zeke.

Su sonrisa se esfumó.

Aunque ni siquiera protestó.

Recogió la moto que habíamos derribado durante la pelea y sacudió la cazadora cubierta de tierra. Kayler Draven esperó a que nos quedáramos a solas y encendió un puro con la misma actitud de Zeke; pero, al menos, su Presidente no me provocó.

—Durante años tuve una buena amistad con Harland Evers —comenzó con su discurso para intentar controlar al sheriff de IronCliff—. Nos hacíamos favores mutuamente. Cuando él necesitaba algo, los Bandidos estábamos allí para brindarle esa ayuda que los demás le negaban. Y, cuando yo necesitaba que apartara la mirada de los asuntos del club, Evers cumplía con su promesa y seguíamos siendo tan amigos. Tú eres joven. Solo tienes treinta y cuatro años. Estoy seguro de que a veces no se puede ser correcto ni en un lugar como este. Si quieres que te respeten, puedes contar con nosotros.

Sacudí mi sombrero y lo miré atónito.

—¿Crees que puedes silenciarme?

—No te estoy silenciando, sheriff Clark. Los Bandidos no hemos hecho nada malo. Solo quiero que te des cuenta de que nosotros no somos el enemigo.

Se me escapó una risa.

—Tu club ha estado implicado en tráfico de drogas, extorsión, robo de vehículos, peleas clandestinas, contrabando de armas y Dios sabe cuántas cosas más. He visto informes sobre secuestros exprés, incendios provocados y agresiones a quien se atreviera a meterse en vuestro camino. Y eso sin contar los cadáveres que aparecen en las cunetas con más balazos de los que harían falta para acabar con un hombre —me crucé de brazos y ladeé la cabeza, estudiándolo—. Así que dime, ¿los Bandidos seguís siendo unos santos?

Kayler dejó caer su puro y avanzó hacia mí, reduciendo la distancia entre nosotros con pasos lentos… aunque firmes. No me moví. Solo llevé una mano a la funda de mi arma, asegurando el agarre mientras lo miraba con el mismo desafío con el que él intentaba imponerse.

—¿Extorsión? Sí —empezó a enumerar los crímenes que habían cometido bajo la atenta mirada de Harland—. Robo de vehículos, peleas clandestinas y algún que otro secuestro… también. En cuanto al tema de los asesinatos, deberías darme un nombre y un apellido para poder comprobar que el club está detrás. ¿Tienes pruebas de que seamos unos asesinos, sheriff Clark?

No, no las tenía.

Harland Evers se encargó de hacerlas desaparecer. Borró informes, manipuló pruebas y enterró cualquier rastro que pudiera incriminarlos. Expedientes desaparecidos, testigos que cambiaban sus declaraciones de la noche a la mañana y cadáveres que jamás llegaron a ser vinculados al club. Todo lo que alguna vez apuntó a los Bandidos de Carretera terminó reducido a polvo antes de que alguien pudiera usarlo en su contra.

—¿Sheriff? —insistió.

No me quedé con las ganas de amenazarlo.

—Si las encuentro, me encargaré de que acabéis tras las rejas, y no será una visita fugaz. No habrá tratos, no habrá escapatoria. Haré que os pudráis ahí dentro hasta que el único camino de salida sea en una bolsa negra. ¿Me has entendido, Presidente de los Bandidos?

Kayler solo estiró los labios en una sonrisa tensa, y con ese gesto, la reunión improvisada llegó a su fin. No dijo nada más, pero su mirada permaneció clavada en mi espalda mientras me daba la vuelta. Sabía que me estaba observando, como si esperara una última reacción de mi parte. Arranqué el motor de mi vehículo,

dejando que el rugido del coche rompiera el silencio, y me alejé de Hillstone a una velocidad permitida en la que podía quemar las ruedas por el asfalto.

No solo estaba atrapado en la encrucijada de encontrar a los asesinos de Harland, ahora también me había ganado el título de enemigo número uno de los Bandidos. Y lo peor de todo era que estaba cansado de su prepotencia. Todos ellos pensaban que estaban por encima de mí, como si pudieran hacer y deshacer a su antojo en IronCliff. Pero estaban muy equivocados. No me iban a intimidar, y pronto lo sabrían.

***

Era la quinta noche consecutiva en la que Brent me servía alitas de pollo, aros de cebolla y una densa salsa de queso cheddar. Los dedos se me quedaron impregnados de aceite, pero necesitaba alimentarme antes de meterme en la cama. Si mi alimentación dependiera de mí, habría acabado en los huesos porque no era capaz ni de hornear un trozo de pollo en el mini horno que tenía en el apartamento. Le di un trago a mi refresco burbujeante y me relajé al fondo del bar mientras los demás clientes disfrutaban de sus bebidas alcohólicas tras una jornada agotadora.

Tenía suerte de que el bar de Brent estuviera bajo el bloque de viviendas donde me había instalado.

Mojé uno de los aros en la salsa y, cuando estuve a punto de llevármelo a la boca, una mujer de cabello rubio me miró fijamente sin disimulo. Bajé la cena y recordé que no vestía el uniforme de sheriff; me había dado una ducha después del enfrentamiento con Zeke y Kayler y bajé con ropa deportiva para sentirme más cómodo.

—¿Alan Clark? —Se levantó de su asiento y se acercó con una sonrisa en el rostro. No podía ignorarla. Aunque no estuviera de servicio, mi deber era estar disponible las veinticuatro horas para el pueblo. Me puse en pie para atenderla, y ella ocupó el asiento de enfrente para descansar—. Soy yo —soltó una risita—, Jody Evers.

«*Jody Evers*», su nombre resonó en mi cabeza.

La analicé con más detenimiento, fijándome en detalles que en su momento pasaron desapercibidos. Aquella chica perfecta que conocí en el instituto ya no era la misma. Su cuerpo, antes delgado, ahora lucía unas curvas que, para su altura, no le quedaban mal, pero alteraban la imagen que tenía de ella. Había cortado su larga melena dorada, dejándola más corta, y el maquillaje que solía resaltar su mirada azulada ahora parecía haber apagado algo de su intensidad. Parecía cansada, como si los años y las vivencias hubieran dejado su huella en ella, pero, a pesar de todo, seguía con esa sonrisa que la caracterizaba, esa que parecía capaz de enfrentarlo todo sin perder su esencia.

—Jody —rodeé la mesa y la abracé, procurando no parecer maleducado. Ella me correspondió con un gesto cariñoso y luego me senté de nuevo para charlar mientras terminaba mi cena—. Siento no haberte dado el pésame en persona. Estaba ocupado con el trabajo.

—Recibí tus flores. Eran preciosas. Mi padre te tenía mucho aprecio durante el tiempo que trabajasteis juntos patrullando —dijo con un tono suave—. Estuvo días insistiendo en que tuviéramos una cita. ¿Te lo puedes creer? ¿Tú y yo? —Su risa sonó forzada; imaginé que la pérdida de su padre todavía la tenía destrozada—. Los chicos como tú no salen con personas como yo.

Bajé mi bebida y alcé una ceja, confuso.

—Tú siempre fuiste la chica popular.

—Y si hubiera escogido a alguien con las ideas claras, el chico malo de Crestview School no me habría dejado embarazada ni desaparecido cuando nació su hija.

De repente, un nombre cruzó mi mente.

—Zeke…

—No —soltó una carcajada—. Él ni siquiera podía verme. Cuando descubrí que te marchaste de IronCliff, fui a visitarlo para ver cómo estaba y me cerró la puerta en las narices unas cinco veces —confesó con cierta resignación—. Luego se alistó en el ejército y yo terminé saliendo con Edgard. Mientras mi padre pagaba todos nuestros caprichos, él era feliz. Pero cuando descubrió que estaba embarazada… me abandonó y se largó de la ciudad para que no le reclamara nada.

Y por ese motivo Harland Evers insistió en que tuviera una cita con su hija; temía que se quedara sola con una niña sin padre. Quería que su nieta tuviera una figura paterna conmigo.

—Lo lamento muchísimo, Jody.

—No importa. Estamos bien las dos. Mi padre me dejó la casa y algo de dinero. Trabajo en la peluquería que hay al final de la calle —estiró el brazo y tocó mi cabello—. Deberías visitarme un día. Te haré un corte de pelo gratis. ¿Qué te parece?

Seguía notando cómo el aceite se me escurría entre los dedos y no tenía una respuesta clara para Jody. La miré con cierto recelo y no me vi capaz de ser el cabrón que quería ser con ella si volvía a reírse de mí como cuando éramos adolescentes.

—Bueno…

—¿Y si tenemos una cita? —Eso sí que no me lo esperaba—. No fuimos muy cercanos en el instituto, pero me habría gustado conocerte un poco más. Podemos ser amigos. Salgamos un día.

A Zeke le había golpeado.

Y a Jody la complací con gestos en los que no estaba de acuerdo.

Me encogí de hombros y terminé aceptando.

—Está bien —dije, algo cansado—. Podemos ir a tomar algo.

—Genial —exclamó emocionada. Anotó su número en una servilleta y me la colocó en la mano para que no la perdiera—. Llámame. Vivo cerca de ti.

«*Así que tu padre también te dijo dónde vivía*».

Se levantó del asiento y se marchó del bar de Brent con una sonrisa que con los años había perdido brillo. Aproveché la soledad que tanto anhelaba y me acomodé en el respaldo de la silla, apoyando la cabeza en la pared. Cerré los ojos unos segundos y dejé que los murmullos de los clientes no me afectaran.

Hasta que la silla volvió a crujir y maldije por no tener el descanso que buscaba.

Esta vez, no era una vieja compañera de clase.
Era el bastardo al que había golpeado.

Con el rostro lleno de hematomas y esa sonrisa que intenté borrar con violencia, Zeke cogió una servilleta de papel y la zarandeó en el aire.

—No quiero pelear contigo. Solo quiero hablar.

—Ya le he dejado las cosas claras a tu Presidente —gruñí, viendo cómo se devoraba una de mis alitas y la escupía en la servilleta que usó como bandera de paz—. No pienso tener una relación cordial con los Bandidos.

—¿Puedes olvidarte del club durante cinco minutos? ¡Y por Dios! ¿Quién diablos hace esta comida? Está asquerosa.

Le arrebaté el plato de frituras y clavé los codos en la mesa para aproximarme a él.

—¿Qué quieres, Zeke?

—Recuperar nuestra amistad —chasqueó los dedos al aire y le pidió unos chupitos a Brent. Se dio cuenta de que guardé el número de Jody en mi cartera y arrugó el ceño, como si eso le molestara. El dueño del local nos sirvió las bebidas y Zeke insistió en que bebiera con él—. Empecemos de cero. Como si fuera la primera vez que me conoces. En estos diecisiete años han pasado muchas cosas en nuestras vidas. ¿Cómo está tu familia? ¿Te casaste? ¿Tienes pareja?

Terminé aceptando el chupito porque el idiota no tenía pensado dejarme en paz. Antes de responderle, me tragué un segundo y un tercer vaso de alcohol que me tendió con una sonrisa pícara.

—Mis padres están bien. Abrieron una floristería en ColdCreek.

—Increíble.

Sí, era sorprendente que un matrimonio dedicado a vender armas terminase ofreciendo ramos de flores a sus clientes.

—No me he casado. No soy capaz de mantener una relación estable.

Zeke respiró aliviado.

Pero siguió con ese humor que me taladraba la cabeza.

—Así que prefieres las relaciones de una noche. Te las follas y luego olvidas su nombre.

—No. He estado en relaciones que han durado dos o tres años, pero cuando empiezan a querer algo más de mí… termino dándoles la espalda porque no soy capaz de corresponderles —dije con sinceridad, sabiendo que nunca encontraría a alguien que me comprendiera. No podía casarme por miedo a que esa persona

terminara siendo viuda debido a mi trabajo—. ¿Y tú? ¿Solo quieres escuchar mi historia?

Rio.

—Me alisté en el ejército cuando el Presidente me dijo que no estaba preparado para ser un Prospecto. Era un chaval de mierda que vivía bajo la sombra de mi padre. Todo el mundo me veía como el hijo de, sin pensar que yo tenía mi propia lucha interna. Creía que podía seguir sus pasos, que tenía lo que hacía falta, pero no tenía ni idea de lo que era enfrentarse a la vida, al verdadero peligro. Mi padre se había ganado su respeto con sangre y sudor, yo solo era su hijo, alguien que no había tenido que demostrar nada hasta ese momento.

»Cuando me dijeron que no estaba listo para el club, me dolió. Pero lo entendí. Necesitaba salir, ver el mundo, conocer lo que era la verdadera guerra. Estuve en un par de conflictos, y lo que vi, lo que hice, me cambió. No fue solo la violencia, sino todo lo que aprendí sobre sobrevivir, sobre quiénes son realmente las personas cuando se les arrebata todo. En el ejército aprendí a estar solo, a confiar únicamente en mí mismo, a no dar nada por sentado. Ya no era el niño que pensaba que todo le sería fácil. Volví a casa cuando mi padre murió. Nadie pensaba que su final llegaría tan pronto, pero el tiempo no espera a nadie.

»Regresé a un club en ruinas, con hombres que ya no seguían las reglas que el Presidente había establecido junto a Jack y mi padre. El vacío que dejó fue enorme, y yo no estaba preparado para llenarlo. Nadie lo estaba. Mi padre fue irremplazable, pero no podía quedarme atrás. El club necesitaba liderazgo y, aunque sabía que no iba a ser fácil, estaba dispuesto a tomar el mando.

»Luché por el puesto de Vicepresidente. No iba a permitir que el nombre de mi padre se usara como excusa para no darme una oportunidad. Sabía que muchos pensaban que estaba allí solo por ser su hijo, pero no me importó. Mi apellido no sería suficiente para

ganarme su respeto. Fue mi determinación, mi capacidad para tomar decisiones difíciles, lo que me permitió ganarme a los demás. No fue un camino fácil, pero entendí que, para ser un líder, a veces hay que pelear tanto con los demás como con uno mismo. Con el tiempo, el club vio que no era simplemente el hijo de Hugh. Me gané el derecho a estar donde estoy ahora. A ser el Vicepresidente.

Realmente pensé que Zeke había conseguido la confianza del club solo por ser el hijo de Hugh Renton, pero al escuchar su historia, me di cuenta de que había peleado mucho más de lo que me había contado. Durante la noche, mientras seguíamos bebiendo, la conversación se volvía cada vez más confusa y difusa. Sus palabras, que normalmente me habrían irritado, se desvanecían entre anécdotas de una juventud compartida. El alcohol desdibujaba todo, incluso el recuerdo de lo que sentía por él.

¿Quién era Zeke?

¿El tipo que odiaba?

¿El miembro de una banda criminal que me había hecho la vida imposible?

¿Qué me llevó a detestarlo realmente?

No, lastimosamente no tenía respuestas.

Algo en mí cambió… como si la rabia que llevaba dentro se hubiera evaporado al ritmo de las copas.

De repente, era como si hubiéramos vuelto a ser esos dos adolescentes del instituto, riendo por nada, compartiendo las horas sin preocuparnos de nuestras obligaciones. La conexión entre nosotros, aunque fugaz, era tan fuerte que olvidé por completo lo que me había hecho. Olvidé que lo detestaba, que me había sentido humillado por él demasiadas veces en el pasado. Ya no estaba frente al hijo de un motero que había ocupado su lugar; ahora solo veía a un viejo amigo. Y no pude evitar sonreír un poco.

—Chicos, es hora de cerrar —anunció Brent, sacándome de mis pensamientos.

Me levanté torpemente, golpeando sin querer el cuerpo de Zeke. Sin pensarlo, rodeó mis hombros con su brazo y, sin rechistar, salimos juntos del bar. La luz amarilla de las farolas del barrio iluminó nuestro paso. Todo parecía demasiado normal, demasiado tranquilo para nosotros dos. Me sentía casi en paz.

Le dije que vivía en uno de los pisos del bloque y, de repente, sin previo aviso, Zeke me agarró de la sudadera y me empujó contra el muro de piedra. El golpe me sacó de mi trance y mis ojos se agrandaron por la sorpresa, pero algo en mí, algo más allá de la ira que debería haber sentido, se desvaneció en un segundo.

—¿Qué demonios…? —intenté reaccionar, pero la sorpresa se transformó rápidamente en otra cosa.

Antes de que pudiera reclamarle, Zeke se lanzó sobre mis labios con una urgencia que no había anticipado. Sus besos eran desesperados, como si quisiera borrar toda la historia entre nosotros en ese único segundo. Su lengua se abrió paso con fuerza en mi boca, y sentí su rodilla separando mis piernas, empujándome contra la pared para evitar que pudiera siquiera pensar en escapar. El alcohol en mi cuerpo amplificaba la sensación, el calor y la desesperación.

Cuando el aire empezó a faltar, me separé un poco de él, pero el peso de sus palabras me golpeó en la cara.

—¿Vas a preguntarme de nuevo qué estoy haciendo? Porque si es así, quiero que sepas que me muero de ganas por follarte…

«*A la mierda todo*», pensé antes de lanzarme a besarlo.

Sus palabras se ahogaron en mi boca y, con cada beso, olvidé el odio, la rabia y todo lo que nos había distanciado. Lo único que hice

fue perderme en su boca, en esos besos húmedos que me dejaron caliente junto al portón de mi hogar.

Capítulo cuatro

Zeke Renton

Durante mucho tiempo deseé llevármelo a la cama, y por fin ese sueño se hizo realidad. Seguimos besándonos hasta su habitación y me deshice de la sudadera que ocultaba su tonificado cuerpo. Los curiosos ojos de Alan siguieron mis manos mientras recorrían cada rincón que fui desnudando. Le bajé los pantalones, se quitó las zapatillas deportivas y acabé jugueteando con el elástico de su ropa interior, dándole tiempo a escapar de mí.

Y eso no sucedió.

Se movió rápido, empujándome contra la pared, y sentí su húmeda lengua acariciando mi cuello. Enredé los dedos en su cabello en el momento en que sus dientes pellizcaron un trozo de piel. Frotó su erección sobre mis vaqueros y me bajó la cremallera sin que tuviera que pedírselo. El gatito estaba tan caliente que pensé que se correría ahí mismo antes de que hundiera mi polla en su trasero.

—Vamos a la cama.

—¿Quieres follar de una forma más cómoda? —soltó con tono burlón.

Pasé los brazos por detrás de sus rodillas y lo levanté del suelo para lanzarnos sobre aquella cama mediana que estaba dispuesto a destrozar. Soltamos una carcajada por el cambio de escenario y me quité las botas antes de posicionarme entre sus piernas.

—¿Vas a ponerte encima?

—¿Quieres ponerte a cuatro patas?

Me dolía demasiado la polla como para buscar una buena postura. Alan liberó su miembro, apoyó las manos sobre mi camiseta

y me empujó hasta que mi espalda tocó el colchón. Alcé una ceja, confuso, y seguí cada uno de sus movimientos. Buscó un gel y un condón en la mesita de noche y luego se acomodó para follarme él a mí.

—Alan…

—¿Qué?

Mientras envolvía sus dedos con el preservativo, agarró mi polla y empezó a masturbarme. Se me escapó un gemido y luché por incorporarme, pero fue casi imposible. Estaba demasiado caliente y borracho para controlarlo.

—Creo que no lo has entendido, gatito. El que se muere de ganas de follarte soy yo a ti.

Su risa estalló en mi oreja y me erizó la piel.

Presionó su pecho contra el mío y mordió el lóbulo de mi oreja para manejarme.

—No esta noche.

—¿No esta noche? —repetí sorprendido—. ¿Has practicado sexo anal con alguien?

Agitó el lubricante, y el gel rosado acabó bañando sus dedos.

—Con mujeres —confesó, y siguió torturando mi polla con esa mano áspera y callosa de sujetar su arma con determinación—. No pienso destrozarte.

Azotó mi trasero y localizó mi temblorosa entrada para prepararla. Me mordí el labio para contener los jadeos y disfruté de la masturbación hasta que su dedo se coló en mi interior.

Nunca me habían follado hasta ese día en que el sheriff decidió ser el primero. El calor que me recorrió bajo la piel hizo que quisiera sentir hasta dónde era capaz de llegar. Su mirada oscura me dejó sin

aliento, y mis caderas empezaron a sacudirse para devorar un par de dedos que exploraban mi agujero.

—Gatito…

Se dio cuenta de que una gota de presemen se formaba en la punta de mi polla. Alan dejó de masturbarme y me pidió que me pusiera a cuatro patas sobre el colchón.

—¿Tienes miedo?

—Te estoy entregando mi culo. ¿Por qué iba a estar asustado?

En el fondo, el corazón me iba a mil por hora. Alan me odió por lo que hice en el pasado, y no quería imaginar qué pasaría cuando el alcohol dejara de ser una excusa para los dos. Me sentí rígido bajo su cuerpo y respiré tranquilo cuando su pausada voz me dio órdenes simples que acaté.

—Relájate —me quitó la camiseta, y volví a hundir las manos en la cama—. Esta noche serás mío.

«Hijo de perra.»

Tardó un minuto en prepararse y, cuando esos segundos se hicieron interminables, brinqué al notar cómo su glande presionaba mi entrada y empujaba hacia adentro mientras sostenía mi polla en su mano. Se me escapó un gemido ronco y cerré los ojos ante una sensación que jamás imaginé que disfrutaría. La lujuria nos poseyó y dejé que el sheriff moviera sus caderas y me follara como él quisiera.

Me mantuve quieto, tragándome mis gritos mientras él se movía de forma desenfrenada. Poseyó mi cuerpo y se lo entregué de forma voluntaria en una noche en la que el dolor y los recuerdos nos golpearon a ambos.

—¿Estás bien, Zeke?

Intentó detenerse, pero se lo impedí con mi voz.

—Sigue, gatito. Me gusta —confesé, mientras sentía mi polla hincharse más en su agarre.

La cama crujió mientras seguía penetrándome, y noté que mis brazos me fallarían en cualquier momento. Sincronizó sus movimientos de muñeca con las embestidas, y me estremecí al imaginar que era capaz de tocar mis órganos con su enorme polla. Entonces busqué su rostro de placer y terminé con sus labios saboreando mis jadeos.

—Zeke —susurró mi nombre mientras golpeaba mi trasero.

Se me adormilaron los brazos por el peso de su pecho en mi espalda y, antes de caer, me rodeó la cintura y me levantó hasta que quedamos arrodillados. Nuestra piel se empapó con el sudor del otro, y eché un brazo hacia atrás para sostenerme de su cuello.

—Sigue follándome.

Estranguló mi polla con una sonrisa y frotó la raja con el pulgar para hacerme correr más rápido de lo que imaginé.

—¿Vas a correrte?

—¿Tú qué crees? —volví a morderme el labio, intentando prolongarlo—. Si sigues golpeando mi interior, me vas a destrozar.

—¿No era eso lo que querías hacer conmigo? —soltó mi miembro para girar mi rostro. Pensé que me besaría, pero sus ojos ardientes me dejaron claro que estaba jugando conmigo… y eso me volvía loco—. Querías destrozarme. Convertirme en tu juguete. ¿Qué pasa si quiero acabar en tu garganta? ¿Me dejarías follarte la boca?

¿Me estaba poniendo a prueba?

Aparté sus manos de mi cuerpo, me alejé del calor de su pecho y solté un gemido al liberarme de su polla. El cabrón se veía demasiado atractivo con las mejillas sonrojadas, el flequillo rubio

cayéndole sobre la frente y ese aura dominante que no le pegaba a un gatito como él.

Me tumbé boca arriba, cerca de sus pelotas, y abrí la boca para que considerara mi garganta como un segundo agujero que podía rellenar con su polla. Alan se llevó las manos a la cabeza y se acercó a mi rostro.

—¿Puedo?

—Es todo tuyo, gatito.

Se quitó el condón, fastidiado, y me embistió la garganta con ese miembro que me volvía loco. El sabor salado de su presemen y el sudor se mezclaron en mi boca mientras sus movimientos se volvían más frenéticos. No dejó de masturbarme, asegurándose de que no fuera el único en correrse, y siguió bombeando en mi interior hasta que fui el primero en explotar.

Los ojos se me llenaron de lágrimas, la saliva se acumuló bajo mi lengua, y los gritos estuvieron a punto de estallar. Solo me liberó cuando sus chorros de semen brotaron por toda mi boca.

Se apartó, y tuve que escupir lo que quedó en mis mejillas. Recuperé el aliento mientras su mano acariciaba mi espalda y terminó tumbándose sobre mí cuando el éxtasis dejó de calentar nuestros cuerpos.

—Joder… ha sido increíble.

Su corazón latía sobre mi espalda. Me limpié los labios y lo miré, satisfecho.

—Casi me destrozas la tráquea. ¿Cómo vas a recompensármelo? ¿Vas a pedirme que me quede esta noche a tu lado? —me burlé, pero él ni se inmutó.

Aunque sabía que él no me pediría que me quedara, decidí descansar a su lado, sin importarme si eso le molestaba. Después de

entregarle mi trasero, era lo mínimo que podía hacer por mí.

***

Olvidé silenciar el maldito teléfono.

Tampoco se me pasó por la cabeza que alguno de mis hermanos se atrevería a llamarme a las tres de la madrugada. Agradecí que Alan siguiera durmiendo y, antes de abandonar la cama, besé su espalda y busqué el teléfono móvil. El cabrón consiguió que me pusiera romántico. Saqué el aparato del interior de mis vaqueros y aproveché que la ventana de la habitación estaba abierta para descansar en el alféizar de piedra.

—Espero que sea importante —fue lo primero que dije al descolgar la llamada.

Me encendí un cigarro mientras Seax no dejaba de hacerme preguntas estúpidas.

—¿Por qué no iba a ser importante? ¿Crees que perdería mi tiempo contigo a estas horas? ¿Te has dado un golpe en la cabeza o estás más gilipollas de lo normal?

Mientras Seax se alteraba al otro lado de la línea, seguí observando al gatito que dejé descansando en la cama. La idea de que perdiera la cabeza y decidiera follarme esa noche… me dejó deslumbrado y con ganas de más. Hasta el muy bastardo fue considerado conmigo a la hora de ponerse un maldito condón.

—Se nota que últimamente te estás limitando a pajearte. Tienes un humor de mierda. —Seguí jugando con mi cigarrillo y disfruté de la helada brisa nocturna sobre mi cuerpo desnudo—. Siempre has intentado seguir mis pasos, pero acabaste como Myrton; pagando la suscripción de la página de Winter y haciéndote pajas con esos

vídeos sucios en lugar de echar un polvo y despejar la cabeza. No me sorprende que estés más atontado de lo normal.

Mi risa estuvo a punto de despertar a Alan. Bajé el tono de voz y vi, por el rabillo del ojo, cómo se cubría con las sábanas que empapamos con nuestro sudor.

—Vete a la puta mierda. Me da igual lo que estés haciendo ahora mismo. ¡Me importa una mierda si estás follando con alguien! Lo único que quiero es que subas tu trasero a la moto y te dirijas a Thunder Bay —concluyó, sin darse cuenta de que había firmado su sentencia de muerte por gritarme con todas sus fuerzas—. Han derramado demasiada sangre en el puerto. Tenemos que ir. Órdenes del Presidente.

De repente, el teléfono móvil de Alan empezó a sonar.

—Un momento —susurré.

—Zeke…

Vi cómo se levantaba de la cama, recogía el dispositivo que estaba tirado en el suelo y le daban la misma información que me había dado Seax. A diferencia de mí, él se lo tomó de otra manera. Dio un par de pasos hasta su armario y, antes de vestirse, se limpió la polla con un trapo que guardaba en la cajonera. Colgué mi llamada con el Sargento de Armas y me acerqué hasta el sheriff.

—Tengo que irme.

—¿Al puerto?

Asintió con la cabeza.

Terminé vistiéndome con la misma rapidez que él y seguí sus pasos en todo momento. Abandonamos el apartamento, salimos del bloque y Alan me hizo un gesto con la cabeza para que me subiera en su vehículo oficial.

Me acerqué hasta él antes de perderlo de vista y rodeé su cintura para arrastrar su cuerpo hasta el mío. Bajo su atenta mirada, le planté un beso que nos dejó jadeando y le di una palmada en el trasero que todavía me moría de ganas por saborear.

—Te veré allí, gatito —parecía menos molesto con el calificativo que le elegí—. Un Bandido no puede dejar su moto atrás.

Me puse la chaqueta de cuero y conduje a una velocidad razonable para que Alan pudiera seguirme con su coche. Las farolas cortaban la oscuridad mientras avanzábamos, y el rugido de otros motores me dieron la bienvenida al acercarme al puerto. Aparqué, me quité el casco y busqué a Seax antes de que el sheriff empezara con sus preguntas.

Seax tenía acorralado al único testigo que quedó con vida. Según su relato, un grupo de hombres enmascarados con pasamontañas irrumpió en Thunder Bay y acribilló a los pocos vendedores de droga que operaban en la zona. No fue un simple ajuste de cuentas, sino una limpieza metódica. El líder del grupo se acercó con calma y le tendió una bolsita con su mercancía, invitándolo a probarla. No solo buscaba quedarse con las ganancias de los distribuidores, sino también absorber a sus clientes y adueñarse del mejor punto de venta en IronCliff. Su intención era clara; eliminar la competencia y consolidarse como el único traficante capaz de controlar el mercado.

—¿Qué opinas?

Nos apartamos del hombre.

—Pocas personas conocen la distribución de Thunder Bay. Ese viejo mencionó que el líder tenía acento mexicano. Puede ser un cártel o simplemente alguien que quiere fastidiar a los chinos —me mostró el cóctel de drogas que manejaban los otros—. Kayler permitió que Qian Bo operara en el puerto para burlar a la DEA, y, además, nosotros ganábamos algo de dinero y un enemigo menos. —Se dio cuenta de que no estábamos solos. Alan se acercó mientras

observaba el escenario sangriento que dejaron. Había cuerpos destrozados, el asfalto teñido de sangre y el aire cargado de la violencia que desataron. —Iré a hablar con el Presidente.

Golpeé su hombro y me acerqué hasta Alan.

—¿Un ajuste de cuentas? —me preguntó, mostrándome la bolsa que le habían dejado al hombre. Terminé encogiéndome de hombros porque realmente no tenía una respuesta que nos ayudara—. ¡Joder! —enfureció al darse cuenta de que había tráfico de drogas y eso lo limitaba como sheriff—. Tendré que llamar a los federales.

Me dio la espalda y se centró en su deber.

Capítulo cinco

Alan Clark

Mi teléfono no dejó de sonar, pero tuve que ignorarlo. Estaba en asuntos más urgentes. Eché un vistazo rápido a la pantalla antes de guardarlo en el bolsillo; era Zeke. No tenía tiempo para él en ese momento. Si quería hablar, tendría que esperar.

—Escuchadme con atención —dije, levantando la voz para atraer las miradas de todos. Apoyé ambas manos sobre la mesa. Cuando se centraron en mí, recorrí con la mirada a los agentes reunidos—. Ya no hay dudas. El cártel Gómez está detrás del asesinato de Evers.

Un silencio tenso llenó la habitación. Nadie habló, así que seguí.

Señalé el tablero de corcho, donde un caos de fotos, informes y pruebas estaban sujetos con chinchetas de colores que daban veracidad a mis palabras. En el centro, la imagen de Evers en la escena del crimen; su cuerpo estaba tendido sobre el asfalto, con un charco oscuro de sangre expandiéndose bajo su cuello. Alrededor, estaban las fotos de los dos sicarios captados por las cámaras del prostíbulo, junto a sus fichas policiales, con líneas de hilo rojo conectándolos directamente con el cártel Gómez.

Junto a sus rostros, los informes detallaban sus arrestos previos; extorsión, tráfico de armas y asaltos con violencia. En la esquina superior derecha, destacaba la imagen de una Glock 19 incautada en la escena, con el número de serie limado. Al lado, un documento confirmaba que otras armas similares habían sido encontradas en operaciones contra el cártel meses antes del asesinato de Harland Evers. Más abajo, marqué un mapa de la ciudad con varias ubicaciones resaltadas en rojo y azul. Una de ellas señalaba el lugar donde mataron a Evers. Otra, la carretera estatal donde una cámara había captado a Miguelito Gómez la misma mañana del asesinato.

—Para empezar, sospechamos del cártel Gómez porque intentó reunirse con Evers anteriormente —golpeé con dos dedos la foto de Themo Gómez paseando por IronCliff—. Dos de sus hombres fueron detenidos hace meses por distribuir droga en la ciudad. Su red se desmanteló, su jefe acabó escondiéndose y sus operaciones se fueron a la mierda. ¿Sabéis qué significa eso? —Me giré hacia los agentes—. Que Evers fue un obstáculo para ellos al ignorarlos.

Me acerqué a las fotos de los sicarios y golpeé las imágenes con los nudillos.

—Estos dos, los que mataron a Evers, trabajaban para el cártel. Sicarios a sueldo. Uno tenía antecedentes por extorsión, el otro, vínculos con el tráfico de armas. Y, por desgracia, sigo sin entender por qué actuaron de forma tan cobarde y novata, siendo hombres que fundaron su primera arma cuando eran niños.

Pasé al arma homicida, señalando la foto de la Glock 19.

—El arma que usaron fue una Glock 19. Modelo estándar, pero con el número de serie limado. Ya habíamos visto esto antes. ¿Y a quién solían caerle estas armas? —Arranqué una hoja con el listado de incautaciones y la levanté—. Al cártel Gómez.

Finalmente, tomé la carpeta de la mesa y saqué una foto borrosa de una cámara de tráfico.

—Y aquí está la última pieza. Miguelito Gómez, el sobrino del jefe. Lo captamos saliendo de la carretera estatal la misma mañana del asesinato. Sabíamos que él se encargaba de la distribución de drogas. Leí los viejos informes de Harland sobre Miguelito, y destacaba que su negocio terminó cuando los Bandidos de Carretera le frenaron. Aun así, trabajaron a sus espaldas y pusieron el punto de mira en el actual sheriff. ¿Casualidad? Lo dudo. Themo Gómez está moviéndose a través de su sobrino para seguir con su negocio ahora que Evers no está.

Me enderecé, clavando los ojos en cada uno de los presentes.

—El mensaje que nos están enviando estos cabrones es que, si los dejamos actuar, derramarán sangre. Y no voy a permitir que un cártel pasee por nuestra ciudad con una estúpida sonrisa en los labios. Los vamos a encontrar, y los llevaremos de vuelta al lugar de donde nunca debieron salir. ¡De la puta cárcel!

El teléfono volvió a vibrar en el bolsillo y el nombre de Zeke volvió a parpadear en la pantalla. Apreté la mandíbula y lo ignoré otra vez.

—Lo primero es que tenemos que dar con ellos antes de que escapen. Vamos a dividirnos en dos grupos —seguí hablando con firmeza mientras paseaba las manos por la mesa—. El primero se encargará de la inteligencia. Encontraréis el paradero del cártel y confirmaréis que está vivo. También necesitamos reunir cualquier pista nueva sobre los sicarios. Queremos saber si se han movido por la ciudad o están intentando salir después de la masacre de Thunder Bay. Revisad todas las cámaras de seguridad de la ciudad, desde las de tráfico hasta las de los negocios. No olvidéis contactar con las estaciones de policía más cercanas, hay que cortarles todas las rutas de escape.

Miré a uno de los agentes, un veterano con el que solía contar para las investigaciones más complejas.

—Tú, crea una lista de todos los miembros del cártel que tengamos en nuestros archivos. Vamos a comprobar si alguno tiene vínculos con los sicarios. El cártel puede que haya caído, pero si están actuando así, es porque hay alguien dando órdenes desde dentro. Necesitamos saber quién está manejando los hilos ahora.

Me giré hacia otro agente en la esquina.

—Jaden, coordina la búsqueda en los prostíbulos y bares de la zona. Sabemos que estos sicarios frecuentaban esos lugares. Que se

les vigile de cerca. Si están ahí, los vamos a atrapar. No quiero que se nos escapen.

Todos asintieron, y me apoyé de nuevo en la mesa, mirando las fotos.

—El segundo grupo se encargará de la investigación directa —continué—. Vamos a realizar una redada en todos los puntos de distribución de drogas que tengamos identificados. No podemos esperar a que nos traigan información; vamos a buscarla directamente. Vamos a interrogar a todos los distribuidores menores, incluso a los más pequeños. Alguien tiene que saber algo.

Pausé un momento, clavando mi mirada en todos ellos.

—Este no es un caso cualquiera. Si el cártel Gómez está detrás de esto, no estamos persiguiendo a unos asesinos, estamos ante una guerra. Y no voy a dejar que esta ciudad se convierta en su campo de batalla. Vamos a por ellos con todo lo que tenemos.

Los agentes se miraron entre sí, asintiendo con determinación. Sabían lo que estaba en juego, y yo también.

—Y, por último, —añadí, mirando mi teléfono que volvía a vibrar — mantendremos el contacto en todo momento. Si alguno tiene alguna novedad, que me lo haga saber. No quiero sorpresas. Ahora, ¡a moverse!

Cuando los agentes salieron, me quedé unos momentos solo, mirando la pantalla del teléfono. Zeke. Otra vez él. No tenía tiempo para sus juegos, pero algo me decía que debía atenderlo.

Suspiré irritado y finalmente descolgué.

—¿Qué quieres? —pregunté con la voz áspera.

—Te estoy esperando fuera —colgó sin darme opción de responder.

No tenía tiempo para tonterías, pero caí de nuevo en su juego. Rodeé el edificio y lo encontré en el callejón. Zeke estaba allí, esperándome como si nada. Su presencia ya ocupaba el espacio, y cuando se acercó, lo hizo de forma peligrosa, rozando su cuerpo contra el mío con una confianza que me hizo tensarme. Alcé una ceja, sin saber si me estaba poniendo a prueba o si solo disfrutaba de la situación.

—A estas alturas ya sabrás que Themo Gómez es el que está detrás de todos nuestros problemas —susurró, mientras sus dedos acariciaban mi barbilla, deslizándose hacia mi cuello. Fue un roce sutil que me hizo tragar saliva sin poder evitarlo—. Kayler me ha pedido que trabajemos juntos. Que encontremos a Themo y le dejemos claro que no puede distribuir su heroína en nuestro territorio.

Mi cuerpo reaccionó de forma instintiva y, aunque intenté alejarme, no pude evitar que mi respiración se acelerara. Zeke lo sabía. Sabía cómo acercarse, cómo provocar. Lo odiaba y, al mismo tiempo, me atraía. Puse mis manos sobre su pecho, empujando ligeramente para apartarlo, pero no sin un toque más brusco de lo necesario.

—El problema es que no sabemos si es Themo o Miguelito quien está detrás del asesinato de Harland. Dile a tu Presidente que lo mejor para los dos es que trabajemos por separado. La ley, por un lado, y vosotros, por otro. Os lo estoy poniendo fácil. ¿No crees?

Lo miré directamente a sus ojos verdosos, sin querer mostrar debilidad ante el hombre que me negaba a aceptar que sentía placer al follarlo. Pero Zeke no se apartó, al contrario. Se acercó aún más, y sus labios estuvieron a punto de rozar los míos. Podía sentir su aliento caliente y mentolado recorriendo mi piel.

—¿Rechazas mi ayuda?

Mis manos se apretaron en su camisa, y un nudo se formó en mi estómago. Sabía que no debía caer en su juego, pero era difícil no

hacerlo. Tragué saliva, intentando mantener el control.

—No te necesito —intenté mantenerme firme.

Me alejé, forzando la distancia entre nosotros, pero su mirada seguía fija en mí, como si me estuviera devorando. Antes de que pudiera dar un paso más, su teléfono sonó, y me quedé quieto, escuchando la conversación que tuvo con Kayler Draven. Al parecer, los Bandidos estaban un paso por delante de nosotros.

—¿Y aceptó reunirse contigo? ¡Menudo bastardo! —soltó una carcajada—. Estaré en quince minutos. Estoy en Crestview, enfrente de la comisaría. Ahora mismo os veré.

Zeke pasó por mi lado, y tuve que detenerlo antes de que alcanzara su moto.

—¿Con quién va a reunirse?

—¿No has dicho que no podemos trabajar juntos? —me golpeó con mis propias palabras—. Será mejor que sigamos cada uno su camino, sheriff Clark.

No, no podía perder esa oportunidad.

Necesitaba encontrar a Gómez y que pagara por sus delitos.

—Por favor, Zeke.

Odiaba hincar la rodilla ante él.

—¿Por favor qué, gatito?

«*Contrólate. Es idiota. Te está provocando*.»

—Llévame con vosotros. Déjame reunirme con él también. Sé que lo habéis encontrado.

Su risa me dejó claro que no me pondría las cosas fáciles. Volvió a acercarse a mí y acomodó sus manos en mi trasero. Hundió sus dedos en ese trozo de carne que lo volvía loco y me retó.

—Quiero algo a cambio.

Suspiré.

Estaba perdido.

Pero seguiría luchando.

—¿Qué quieres, Ezequiel?

Me mordí el interior de la mejilla furioso, pero Zeke intentó tranquilizarme masajeando mi culo.

—Dame tu cuerpo. Deja que sea mío por una noche. Quiero follarte como tú hiciste con el mío. Si me dejas saborearte —sus labios acariciaron el lóbulo de mi oreja y noté cómo me ponía duro bajo los pantalones de pana—, convenceré al Presidente.

La idea de ser versátil no estaba mal, pero dejarme follar por Zeke… era una putada que no podía evitar.

—Es tuyo.

Y sellamos el trato con un beso que me dejó temblando en aquel sucio y oscuro callejón.

***

A regañadientes, Kayler aceptó que fuera con ellos. La idea era actuar como un motero porque Themo Gómez se negaba a tener contacto con la policía de IronCliff. Zeke me dejó una de sus chaquetas de cuero y me subió la cremallera hasta arriba.

—Te queda jodidamente bien el cuero.

—¿No deberías centrarte en la misión en vez de ponerte cachondo?

Zeke acarició la curva de mi cuello cuando soltó la cremallera de la chaqueta, consiguiendo que se me pusiera el vello de punta.

—Es un problema muy grave que me pongas tan caliente, gatito.

Agradecí que llegara Kayler, quien nos condujo hasta la zona industrial. El cártel Gómez se escondía en un viejo almacén de El Yunque, y mientras caminaba entre los moteros, no pude evitar sentir que la situación estaba a punto de desbordarse. Me posicioné al lado de Zeke, quien caminaba relajado, y me di cuenta de que, además de Themo, su sobrino Miguelito también estaba presente. Ambos parecían tener la misma ambición peligrosa.

—Siempre he querido tener una chamarra como la suya —comentó Miguelito, tirando ligeramente de mi chaqueta. Al principio no reaccioné, pero al ver su mirada curiosa, me tensé, temiendo que me descubriera.

—Olvídense de mi sobrino, es un poco pendejo —respondió Themo, sin perder la calma, mientras estrechaba la mano de Kayler y señalaba una mesa improvisada en la que ya tenía un poco de su heroína preparada para que la probaran—. Ahora, Presidente, hablemos en serio.

Nos sentamos, y Themo comenzó a hablar:

—Mira… lo que estoy proponiendo está fácil. Quiero que trabajemos juntos. IronCliff es el lugar perfecto para meter mi negocio. Y quiero hacerlo con ustedes. Los Bandidos tienen el terreno, y yo tengo el producto. Mi heroína en tu ciudad, pero con tu ayuda. Ya sé que hay desconfianza, pero estoy dispuesto a hacer las cosas bien. Te ofrezco un quince por ciento de las ganancias. ¿Qué opinas?

Kayler, el Presidente de los Bandidos de Carretera, se quedó callado, evaluando las palabras de Themo. No era fácil de impresionar, pero tenía que admitir que la propuesta era tentadora. La heroína podía ser una mina de oro, y el control de la distribución en IronCliff podría poner a su banda en una posición aún más poderosa.

—¡De puta madre, ¿verdad?! —insistió Themo, mostrando su entusiasmo—. Lo que te estoy ofreciendo es un trato limpio, sin broncas. Sin gritos ni pleitos. Sabes que podemos hacerlo, y tú también lo sabes.

Miguelito siguió observando cómo la conversación se desarrollaba y se inclinó hacia Kayler con una mirada ansiosa.

—Vamos, Presidente, no te vas a arrepentir —dijo Miguelito, con una sonrisa confiada—. La gente ya está buscando algo nuevo, y nosotros podemos dárselo.

El aire estaba cargado. Themo sabía lo que hacía, y lo estaba haciendo bien. Estaba presionando las teclas correctas, jugando con la ambición de Kayler. Pero este no era un hombre que tomara decisiones a la ligera. Primero tenía que consultarlos con los otros miembros del club. Y segundo, estábamos allí para localizar a ese cabrón.

—¿Vas a aceptar o no? —dijo Themo, lanzando una mirada desafiante hacia el Presidente. Ya había lanzado su oferta, y ahora esperaba ansioso una respuesta.

Permanecí callado, observando desde un rincón, sabiendo que si el Presidente aceptaba, las cosas cambiarían. La ciudad cambiaría. No iba a ser fácil, pero era claro que el cártel estaba dispuesto a arriesgarlo todo.

Mientras Themo presionaba a Kayler, yo me mantenía alerta, sin perder detalle de cada palabra que se intercambiaban. Mi mente no

paraba de dar vueltas; si la situación se complicaba, ¿cómo íbamos a salir de ahí? La tensión era palpable, el ambiente estaba cargado, como si todo estuviera a punto de estallar.

De repente, un ruido seco, como un estruendo a lo lejos, me hizo tensarme. Nadie en la sala pareció escucharlo, todos estaban absorbidos en la conversación. Pero yo lo supe, era el primer indicio de lo que se venía. Mi mano se desplazó instintivamente hacia la funda de mi pistola, aunque no había hecho el movimiento a tiempo para anticipar lo que venía.

Un segundo después, el caos estalló. Los disparos comenzaron a llenar el aire como una tormenta descontrolada. El sonido de las balas resonó fuerte, deteniendo todo en la sala de golpe. El impacto de las primeras detonaciones perforaron la madera y el metal, haciendo que la mesa se desplomara por completo, mientras las partículas de polvo y escombros volaban a nuestro alrededor. Miguelito no tuvo tiempo de reaccionar. Un disparo certero lo alcanzó en el pecho y cayó al suelo con un grito ahogado. La sangre se expandió bajo su débil cuerpo.

Todos buscamos un rincón para refugiarnos, pero el fuego no cesaba. No pude identificar a los atacantes al principio, el humo lo dificultaba todo, pero algo en el sonido de las balas me indicó que eran mis hombres, los del departamento de policía. El retumbar de las Beretta 92FS y el rugido de los M4 Carbine eran inconfundibles. Actuaban sin previo aviso, como siempre había temido. Era mi maldito trabajo adivinar esas balas, y podía escuchar claramente el tipo de armas. Sabía que algo se había descontrolado.

Me agaché sin pensarlo, buscando algo de cobertura entre los escombros, pero Zeke ya estaba allí, protegiéndome sin que se lo pidiera. En cuanto los disparos empezaron a sonar, él se plantó frente a mí, usando su cuerpo como un escudo. Su mirada estaba fría, más seria de lo que había visto en mucho tiempo. Ese no era un tiroteo cualquiera, todos lo sabían. Y, por mucho que la situación se complicara, Zeke no iba a dejar que me desplomara tan fácilmente.

—¡Quítate de ahí! —le grité a Zeke, intentando cubrirme mejor. Pero él no me escuchó, se movió rápidamente, colocándose aún más cerca de mí, usando su cuerpo para proteger el mío, aunque ambos estábamos atrapados entre las balas que volaban en todas direcciones.

—¡Te estoy protegiendo, no te muevas! —gritó, empujando con fuerza mi hombro para alejarme de la línea de fuego.

«*Serás idiota*», pensé.

Antes de que lo mataran delante de mis narices, me lancé al suelo, tirándolo conmigo. Rodamos rápidamente, buscando cobertura entre unos viejos casilleros de metal. Las balas seguían silbando cerca, pasando como fantasmas a nuestro alrededor, pero el sonido de los disparos se atenuó un poco detrás de la estructura que nos protegía. Los dos quedamos en el suelo, inmóviles, con el corazón latiendo a mil por hora, esperando que el caos se apaciguara lo suficiente para respirar.

«*Ni tú ni yo moriremos hoy*», y lo abracé con más fuerza.

Capítulo seis

Alan Clark

No me sorprendió ver a Themo huyendo; en el fondo era lo que deseaba después de no tener una respuesta por parte del Presidente de los Bandidos. Corrió hasta la salida y siguió esquivando unas balas que ni siquiera estallaban a un par de metros de su recorrido. El humo de la pólvora y el eco de los disparos aún flotaban en el aire, como un recordatorio de la masacre que estábamos viviendo. Escapó con los pocos hombres que quedaron con vida y dejó el cuerpo frío de su sobrino sin importarle cómo podría quedar después del ataque que nunca ordené.

Zeke me cogió del brazo e intentó movernos del rincón que ocupamos, pero tuve que sacudir la cabeza para que no hiciera ningún paso en falso.

—Se está escapando.

Su instinto de supervivencia se había deteriorado con los años. Tuve que golpearme el pecho para que comprendiera que debajo de la chaqueta que me prestó y mi camisa de vestir, me protegía un chaleco antibalas porque no confiaba en esa reunión que organizaron con el cártel.

—Si seguimos aquí, moriremos.

Las balas siguieron inmovilizando nuestros pasos un par de minutos más. El silbido de los proyectiles cortaba el aire a centímetros de nosotros, rebotando contra las estructuras metálicas del almacén. Rodeé su cuerpo con todas mis fuerzas y seguimos refugiados para que ninguno de los dos fuera asesinado por hombres que, se suponía, debían protegernos. Cuando el eco de los últimos fogueos se silenció, conseguí respirar en paz.

Miré a nuestro alrededor y solo me encontré con el cuerpo de Miguelito. No solo lo dejaron sin vida, también terminó siendo un colador, su sangre se expandía en la superficie de las losas como un charco viscoso y oscuro. Terminó siendo un cadáver sin identidad ante la desfiguración de su rostro. Me quedé mirándolo por un momento, sintiendo cómo la culpa me pesaba en los hombros como una carga imposible de soltar.

No solo perdí a Themo, también descubrí que los hombres que dirigí no me hacían ni caso. Actuaron por su cuenta y atacaron a los Bandidos con la idea de acabar con todos ellos, excepto el cártel. A él parecieron protegerlo.

Y eso fue vivir una traición dentro de otra.

—Lo lamento —dije, con la voz grave y ayudando a Zeke a ponerse de pie.

—Tenemos que salir de aquí.

Ni siquiera me miró. Giró la cabeza de golpe, buscando a su Presidente.

—¡¿Kayler?!

—Estoy bien. ¿Cómo están los otros?

—Todo bien —empezaron a responder los otros Bandidos.

Mientras ellos se reunían, me acerqué hasta el cuerpo de Miguelito y busqué en el interior de su destrozada ropa alguna prueba que pudiera llevar a la comisaría. No llevaba ni su carnet de identificación. Ni un puto documento. Nada que explicara su presencia en ese lugar, nada que sirviera para esclarecer lo ocurrido. Me sentí como Harland Evers, hundido en la misma mierda, sin poder ser el sheriff que siempre deseé. La corrupción de IronCliff había consumido hasta el único rincón donde pensé que podría respirar con tranquilidad.

—Serás hijo de puta.

Uno de los moteros se me lanzó al darse cuenta de que quienes nos habían disparado eran hombres que seguían mis órdenes.

—¿Esa era tu idea? ¿Matarnos a todos?

Bajó la cremallera de la chaqueta de cuero y arrancó los botones de la camisa de un simple tirón.

—Joder —soltó otro—. Tú sí que venías bien protegido.

Miré a Zeke y agradecí que no apartara la vista. Se acercó hasta nosotros y detuvo a uno de sus hermanos cuando intentó descargar toda su ira en mi cuerpo.

—Estás olvidando lo más importante —le gruñó—. Themo ha desaparecido. Ha conseguido escapar.

Volví a mirar la puerta del almacén y todos los hombres que llegaron para auxiliarlo habían desaparecido en cuanto se detuvo el fuego. La rabia también creció en mi interior, pero no me moví. Estaba dispuesto a dejarme golpear por los hombres de Kayler si eso significaba pagar por las malas acciones que cometieron los demás.

—¿Por qué han actuado tus hombres por su cuenta?

Busqué la voz del Presidente.

—No lo sé.

Dije de forma ridícula, sin tener una respuesta clara.

Kayler se encendió un puro que sacó de la chaqueta de cuero y se acercó para plantarme cara.

—¿Te estás riendo de nosotros? ¿Esa es tu puta venganza?

—Yo...

Me interrumpió:

—Sigues con vida porque uno de los nuestros decidió protegerte con su propio cuerpo.

Sacudió su chaqueta y pasó por delante de nosotros para marcharse del lugar donde aún se podía respirar la guerra que empezamos los policías con Themo Gómez.

—Si descubro que fuiste tú quien los mandó a atacarnos, será mejor que te despidas de tu familia. Porque pienso matarte con mis propias manos.

Los otros hombres le siguieron y yo me quedé allí, pensativo. La única persona que me protegió y se quedó a mi lado hasta el final fue un motero al que me esforcé por odiar. Zeke me protegió y le dio la espalda a sus hermanos para que yo siguiera respirando.

Apreté los puños y empecé a ver difusa la línea que había entre la lealtad y la traición. Observé mis manos ensangrentadas y miré a Zeke una última vez.

¿Realmente mis amigos eran los hombres en los que podía confiar... o siempre me equivoqué de bando?

***

Terminamos en el bar de Brent y pedimos unas cuantas copas mientras intentaba borrar todo lo que había sucedido en El Yunque. Mientras acomodaba el botellín de cerveza a mis labios, me centré en los ojos verdosos de Zeke, que no dejaban de observarme, como si quisiera transmitirme calma con su mera presencia.

—¿Confías en mí?

—¿Por qué no iba a hacerlo?

Él fue el único que luchó por nuestra amistad, el que insistió en llevarnos bien cuando yo solo quería verlo entre rejas junto a los otros miembros del club. Le di otro trago a mi cerveza y me incliné un poco hacia él, presionando mi estómago contra la mesa para acortar la distancia entre nosotros.

—No he mandado a nadie a mataros.

—Tranquilo, Alan —curvó los labios en una sonrisa—, confío en ti.

Entrecerré los ojos con cansancio y me dejé caer en el asiento.

—Si yo estuviera en tu lugar… habría disfrutado de esa desgracia.

Tuvo la oportunidad de vengarse de mi actitud de mierda y, aun así, decidió quedarse a mi lado, como el buen amigo que dejé tirado.

Soltó una carcajada, se levantó y recogió sus cosas.

—Ya te lo dije una vez —intenté recordar aquellos días en los que nuestros únicos problemas eran las hormonas alborotadas por ser un par de adolescentes—. Siempre serás mi amigo, pase lo que pase. Siempre confiaré en ti.

Antes de que se marchara, lo sujeté del brazo y lo miré con desesperación, ansiando que se quedara a mi lado.

—¿Adónde vas?

Relajó los hombros.

—Deberíamos descansar.

—Espera —insistí. Me puse de pie y me planté delante de él, sin importarme lo que pudieran pensar los demás—. Quédate conmigo esta noche. Te prometí mi cuerpo. Es todo tuyo.

Creí que de esa forma lo retendría, pero me equivoqué.

Zeke acarició mi mentón y desvió la vista hacia su moto, que seguía aparcada frente al local de Brent.

—Estás borracho, gatito. Necesitas descansar.

«¡*No, joder*!»

Me mordí el labio y solté la primera barbaridad que se me pasó por la cabeza.

—Fóllame, Zeke. Jódeme hasta que ninguno de los dos tenga fuerzas para seguir.

Realmente había perdido la cabeza, pero necesitaba la compañía de ese motero que me hizo disfrutar del sexo después de tanto tiempo.

Zeke se rindió, me cogió del brazo y me obligó a atravesar el negocio de Brent hasta que nos escondimos en los baños de hombres. Intenté decirle que subiéramos a mi apartamento, pero acabé abriendo los ojos cuando sus labios silenciaron mis palabras. Su lengua se coló en mi boca y reclamó cada rincón húmedo con descaro.

Lo aparté de mi lado cuando me faltó el aliento y tiré de su oscuro cabello para que me diera un momento antes de que siguiera devorándome.

—¿No es lo que querías? ¿Qué te follara ahora mismo?

Eché un vistazo rápido al asqueroso rincón que eligió para bajarme los pantalones. No era el olor a orina y cerveza lo que me molestaba. Lo que realmente me irritaba era que alguien pudiera ver al sheriff ofreciendo su trasero al motero que tantas jaquecas me había dado.

Coló su mano dentro de mi ropa y solté un jadeo cuando acarició mi polla con su piel áspera.

—Hazlo antes de que me arrepienta.

—Gatito —dijo, aproximándose peligrosamente—, en el momento en que te penetre lo único que vas a querer es tener cada centímetro de mi polla enterrado en tu interior. Grita todo lo que quieras y deja que esos borrachos nos escuchen. No pienso dejar que huyas de mí.

Giró mi cuerpo y estampó mi rostro contra los azulejos del baño. Presionó mi espalda para inmovilizarme y me bajó los pantalones para torturarme con sus manos. Cerré los ojos porque era consciente de lo que podría pasar una vez que le entregara mi cuerpo. Ese capullo era tan fuerte como yo, pero con la diferencia de que yo traté bien su cuerpo y este podría follarme hasta hacerme añicos por dentro.

Aunque esa idea se esfumó cuando se apartó de mi lado y se arrodilló detrás de mí. Mi tembloroso agujero, que estaba haciendo presión para protegerse, se estremeció ante la caricia rasposa de su lengua. Apreté la mandíbula para que no se me escapara ningún gemido y golpeé la pared cuando su lengua empezó a follarme.

—Zeke…

Estiró su brazo por mi espalda y tiró de mi cabello para que echara la cabeza hacia atrás. Siguió dilatando mi entrada y me moví, acalorado, ante el placer que me estaba dando con la boca. Gemí de forma patética y se me escapó una lágrima traicionera que murió en mis labios hinchados.

—Joder, Zeke —sacó ese trozo húmedo y lo sustituyó por un par de dedos—. ¿Vas a follarme o no?

Se levantó del suelo y siguió jodiéndome con sus dedos mientras yo me arqueaba de forma desesperada para que llenara todo mi interior. Acomodó su barbilla en mi hombro y con la mano libre entrelazó nuestros dedos mientras pegaba mi cuerpo contra la pared.

—Estás muy caliente, gatito. Deberías tomártelo con más calma. La idea es que disfrutemos los dos.

Me estaba comportando como una perra en celo y el cabrón me pedía paciencia. Sacudí la cabeza y terminé topándome con sus verdosos ojos que no dejaban de observarme.

—Si sigues presionándome la próstata…

—¿Qué? —preguntó, y echó un vistazo rápido a mi polla—. ¿Vas a correrte?

Mis caderas siguieron agitándose y agradecí que me liberara de sus curiosos dedos. Cuando se posicionó en mi entrada para estimularme con su polla desnuda, me masturbé mientras sentía cómo mi corazón brincaba en el pecho.

—¿Quieres que te folle?

—Sí —murmuré.

—Dilo.

—Joder, Zeke.

Me estaba poniendo de los nervios.

—Dilo —se burló.

Mordió mi oreja, lamió mi mejilla e intentó besarme, pero nunca lo hizo.

—Quiero que me folles de una maldita vez.

—¿Cuánto deseas mi polla? Vamos, gatito. Dilo.

Su risa se fusionó con mis gruñidos y, como estaba harto de su descaro, aproveché que él seguía vestido para girarme sobre mis zapatos y empujarlo hasta la tapa del váter más cercana. Cayó con fuerza al fondo del baño y separé las piernas para caer sobre la punta de su polla.

Atrapé la ropa que me abrigaba el pecho con los dientes y, bajo su atenta mirada, sostuve el miembro que necesitaba en mi interior. Que los dos fuéramos hombres grandes y bien dotados… no facilitaba ese momento caliente.

—Gatito.

—Cállate, joder —le pedí.

—Me sorprende que sigas siendo la parte dominante.

—No paras de torturarme —tuve que recordarle.

Y siguió mostrándome esa sonrisa que me estaba volviendo loco.

—Está bien.

Me quitó la chaqueta y la camiseta para que dejara de morderla y se acercó a mi pecho para lamer mis pezones. Me aferré a su cabeza y sentí un cosquilleo que no dejaba de ponerme más cachondo. Todo me daba vueltas gracias al alcohol, y sus dientes hicieron que el dolor se sintiera jodidamente bien.

Terminó atrapándome con sus brazos y, antes de que pudiera reaccionar, Zeke hundió su polla en mi interior. Se me abrieron los ojos ante la estocada que estuvo a punto de matarme.

Me faltó el aliento y lo único que pude hacer fue echar la cabeza hacia atrás mientras luchaba por una bocanada de aire y el motero me follaba como si no hubiera un mañana. Mordió hasta casi destrozar mis pezones y sentí cómo sus dedos se clavaban en mis caderas.

—Tu interior me va a volver loco.

Tuve que aferrarme a sus hombros para no caerme al suelo y cerré los ojos ante los latigazos que sentí en mi interior cuando encontró mi próstata con su miembro.

—Zeke… más despacio —supliqué.

Movió su boca hasta mi cuello y clavó los dientes, provocándome un grito. La intención era follarme, aunque no pudiera soportar el dolor. Sin embargo, ese maldito dolor, provocado por su polla, terminó transformándose en un placer tan intenso que recorrió todo mi cuerpo y me obligó a ceder completamente a él.

—Estás loco.

Mis gruñidos fueron música para él.

Zeke nos levantó del váter y volvió a golpear mi espalda contra los azulejos helados. Pasó sus manos por detrás de mis rodillas para impulsarme con más fuerza y sentí cómo mi agujero se aflojaba en cada embestida.

—Qué cachondo me tienes, gatito.

Escuchamos cómo la puerta del baño se abrió y, cuando una mirada curiosa nos vio follando en la casa de Brent, salió corriendo. Sentí que me moría de vergüenza.

—Nos han visto —dijo, soltando una carcajada.

Aunque lo olvidé rápido.

Mis gemidos siguieron en aumento y el aire del ambiente se hizo más espeso. Siguió empujando con brusquedad y bajé la cabeza hasta su hombro, temeroso de que me soltara. Zeke aguantó bien mi peso y gruñó al sentir mi respiración agitada envolviendo su piel.

—Voy a correrme —le expliqué cuando mis dedos de los pies se encogieron y mi abdomen se tensó—. ¿Me has escuchado, Zeke?

A él no le importó que bañara nuestros estómagos con mi corrida. A él lo único que le importaba era llenar el agujero que tanto ansió y que estuvo a punto de rechazar cuando le propuse que me jodiera.

—Alan.

Era raro que dijera mi nombre.

Y eso me sorprendió.

Eché la cabeza hacia atrás y terminé con sus labios saboreando los míos mientras me estremecía al sentir cómo liberaba su maldita semilla en mi interior. Me llenó con su semen y se tomó todo el tiempo del mundo para tenerme entre sus brazos antes de que pudiera escapar de él.

—Te odio —confesé, temeroso de que fuera capaz de follarme de nuevo.

—Mentiroso.

—¡Que te jodan!

Antes de que pudiera enfadarse o recordarme que acabamos en aquel baño por mi culpa, se lanzó a besarme de nuevo. Fingí que, bajo los efectos del alcohol, me gustaba demasiado que ese motero hijo de perra me devorara la boca sin escrúpulos.

Capítulo siete

Zeke Renton

Aparqué la moto en el taller y busqué al novato que se encargaba de cuidar nuestras preciosuras. Se había ganado la etiqueta de Prospecto, pero aún tenía que ganarse el respeto que todos conseguimos cuando empezamos desde abajo. Me encendí un cigarro mientras revisaba su trabajo y una sonrisa se me escapó al pensar en Alan. Me costó dejarlo en la cama y no follarlo de nuevo después de la intensa noche que compartimos.

—Creo que voy a vomitar si te veo sonreír de nuevo —Seax me arrebató el cigarro de marihuana y se sentó a mi lado mientras observábamos al novato—. ¿Pasaste la noche con el sheriff? Y, por favor, no me des detalles. No me he levantado de buen humor y no estoy dispuesto a escuchar cómo te lo has follado un par de veces antes de reunirte con nosotros.

Golpeé su hombro y solté una carcajada para hacerle rabiar un poco más. Desde que su interés amoroso solo lo veía como un simple amigo, Seax odiaba a cualquiera que pudiera ser feliz. Se fumó mi cigarro de la felicidad y, con una sonrisa, nos dirigimos al club después de darle el visto bueno por el trabajo que había hecho en mi Harley Dyna Wide Glide. Incluso se tomó el tiempo de abrillantar los detalles de fuego que pinté en la carcasa. Realmente habíamos encontrado un buen mecánico que nos seguiría en la carretera.

—Me prometiste que no tendría problemas si operaba en el puerto, y de repente matan a unos cuantos de los míos porque Themo Gómez va diciendo por ahí que ahora es su territorio —la voz de Qian Bo me sorprendió. Cerré la puerta y me senté al lado del presidente—. ¿Qué me estás ocultando, Kayler?

El presidente parecía molesto por todo lo que había pasado en las últimas veinticuatro horas; hasta tenía la cara llena de cortes por no haberse concentrado cuando se pasó la cuchilla por las mejillas. Golpeó la mesa y me miró directamente a mí para recordarme que una parte de la culpa era mía.

—Siento lo de tus hombres. Y si te di el apoyo de los Bandidos fue porque confío en ti. No pienso dejar que ese cártel trabaje con su mierda de droga en IronCliff. Ayer tuvimos una conversación —se dejó caer en su trono de cuero— y solo puedo decirte que pienso encontrarlo y dejarle las cosas claras. Mandaré a Myrton y a unos cuantos más para que os ayuden con el puerto. Yo tampoco quiero a la DEA controlando nuestros negocios.

—Eso espero, Kayler. No quiero malgastar mi dinero con los Bandidos y que jodan mi negocio.

Qian Bo salió del club y nos quedamos todos en silencio hasta que fui capaz de romperlo con mis palabras.

—Alan no mandó a sus agentes a que nos atacaran.

La tensión aumentó. Perdí el apoyo de los demás, ya que Kayler lo vivió en carne propia y no se fiaba del sheriff Clark.

—Llevas diecisiete años sin tener contacto con él… ¿por qué pondrías la mano en el fuego para protegerlo?

—Es mi amigo.

El presidente se burló de mí presionando sus dedos en mis mejillas, recordándome que no dejaba de sonreír cada vez que susurraba su nombre o simplemente cuando pensaba en él.

—Alan Clark fue directo conmigo y me dijo que nunca trabajaría con nosotros. Él no es Harland Evers. No está dispuesto a mirar a otro lado si nos metemos en problemas o intentamos proteger lo que es nuestro —golpeó la mesa de madera y miró a los demás—.

¿Qué habría pasado si ayer uno de los nuestros hubiera caído? ¿A quién defenderías? ¿Al club o al hombre que te estás follando?

Me levanté irritado de la mesa y lo encaré.

—¡¿Por qué me miras como si fuera un puto desconocido?! Estás hablando conmigo. Te estás dirigiendo a Ezequiel Renton. Creo que hace años me gané tu respeto y me convertí en Vicepresidente por una buena razón —apreté la mandíbula e intenté tranquilizarme, pero no pude—. Si descubro que Alan me está traicionando… no me haría falta una votación para deshacerme de la persona que está jodiendo a mi familia. ¿Lo has entendido? ¡¿Me habéis entendido?!

No hizo falta que golpeara su martillo para finalizar la reunión. Me levanté de mi asiento y salí fuera. Me senté sobre la moto y observé lo despejado que estaba el cielo hasta que Kayler interrumpió el momento en el que necesitaba algo de paz mental. Se cruzó de brazos y chasqueó la lengua para llamar mi atención. Cuando la obtuvo, tiró de mi camiseta negra y me recordó que tenía el mismo tatuaje que él grabado en mi pecho.

—Me hace feliz saber que tu familia está por encima de esa persona. Y soy consciente de que el sheriff Clark te gusta demasiado. Y ese también es mi miedo. Los hombres somos idiotas. Haríamos cualquier cosa por amor. Incluso fastidiar a los demás sin darnos cuenta.

—Alan no mandó a sus hombres a ejecutarnos.

—Está bien. Por ahora te creeré.

Me bajé de la moto y me acerqué hasta él.

—Pero quiero saber algo.

—Tú dirás —dije, alzando una ceja.

—¿Qué harás si descubres que nos está traicionando? ¿Realmente serás capaz de llevarlo al bosque de los Prescritos y

deshacerte de él?

La simple idea de acomodar el cañón de mi pistola contra la cabeza de Alan me quitaba el sueño. Por eso me enfrenté a ellos y me convencí de que ese hombre con el que jugaba cuando éramos niños jamás me traicionaría.

—Lo haré —solté, sabiendo que eso no sucedería.

Aunque Kayler no estaba del todo seguro.

Damon cortó nuestra conversación y nos mostró el producto de Themo Gómez, que se expandió por todo IronCliff en menos de diez horas. Recogí la bolsa con su maldito polvo blanco y presioné los pequeños cristales azules que se convirtieron en su marca personal.

—He encontrado esta mierda cerca del colegio de Hillstone. Nuestro amigo le ha puesto hasta nombre. Se llama La Lupe. Los chavales ya la están comprando y no tardarán en correr la voz. Le doy un par de días a la DEA para jodernos a todos por culpa de Themo Gómez.

El rostro de Kayler se enrojeció.

—Encontrad a sus camellos y partidles las piernas para dejarles un mensaje de los Bandidos. Si no nos respetan, entonces tendremos que arrastrar a esos bastardos hasta el fondo del mar —aprovechó que Seax pasó por delante de nosotros y lo detuvo—. Vigila a tu amigo y asegúrate de que el sheriff no esté implicado. Confío en Zeke, pero no en el otro.

Mi discurso no sirvió de nada.

Adentró sus manos en los bolsillos de sus vaqueros negros y se alejó de nosotros después de mandarme a golpear a un par de hispanos que traficaban por la zona de clase media.

Le hice una señal a Seax y le pedí que me siguiera. Imaginé que, si se encontraban por Hillstone, no tardarían en rondar por el

negocio de Winter, pensando que, en vez de un estudio porno, se tratara de un puticlub como el que asaltaron el día que mataron al sheriff Evers.

***

—¿Tenemos que escondernos? —Seax comenzó a impacientarse—. Los hemos encontrado. Solo hay dos imbéciles que no se esperan que los ataque. Rompámosles las piernas como dijo el Presidente y dejemos claro a Themo que no son bienvenidos.

Teníamos que esperar. Era extraño que dos de los hombres de Themo Gómez descansaran en uno de los callejones de la zona industrial sin la intención de vender la droga de su jefe. Si estaban medio ocultos y mirando sus relojes, era porque esperaban a alguien importante.

—Relájate.

—¿Cómo quieres que me relaje?

—Pensaba que eras mi amigo —le recordé.

Su risa burlona desvió mi atención hacia él.

—Soy tu amigo cuando a ti te interesa —escupió al suelo antes de sentarse para descansar—. Cuando te dejó tirado Alan, ni siquiera me diste la oportunidad de ser un buen amigo. Te largaste. Me abandonaste como él hizo contigo. ¿Y ahora te interesa tenerme de tu lado?

Lo agarré por la chaqueta y presioné mi frente contra la suya.

—¿Has olvidado lo que pasó en el ejército? ¿Qué habría ocurrido si no hubiera intervenido el día que se te fue la cabeza? ¡Joder! Habrías matado a alguien y perdido la oportunidad de ser quién eres ahora —quería abrirle los ojos y recordarle que estaba a mi lado porque, en el fondo, lo consideraba un amigo—. La próxima vez que intentes pisotearme, recuerda de lo que soy capaz. ¿Entendido?

Odiaba chantajearlo. Detestaba recordar el infierno que vivió cuando se alistó para estar a mi lado en el ejército. Y me jodía que él tampoco confiara en mí.

Lo solté cuando comenzó a tener dificultades para tragar saliva y lo dejé recuperar el aliento entre toses apagadas. No necesitaba que se desmayara, solo que recordara que no tenía el control de la situación. Después, volví a concentrarme en los hombres de Themo.

Las horas pasaban lentamente. El sol ya no golpeaba con la misma fuerza, y el calor se volvía más traicionero, colándose entre la ropa y pegándose a la piel. Solo podíamos esperar, atentos a cualquier movimiento. Seax, que al principio parecía tener toda la paciencia del mundo, terminó revolviéndose inquieto sobre el asiento de la moto. Sacó un sándwich envuelto en papel arrugado de una de las alforjas de cuero y empezó a darle bocados pequeños, como si así pudiera engañar al hambre y al aburrimiento.

El sonido de las motos a lo lejos nos mantenía alerta, pero nunca era el ruido que esperábamos.

Después de dos largas horas, algo cambió. Un coche negro se detuvo junto a los hombres de Themo. Nadie se bajó de inmediato. Hubo un intercambio de miradas, un par de gestos de confirmación y una sonrisa torcida que dejó claro que se conocían. Fue suficiente para que Seax dejara de masticar y se acercara al arbusto que se había convertido en nuestro camuflaje.

Finalmente, las puertas se abrieron y los vimos. No eran sicarios ni traficantes. No eran peces gordos del cártel. Eran policías. Y no

cualquier tipo de policías. Ambos estaban al mando del sheriff Alan Clark.

«*Joder*.»

—Tu novio… —calló al lanzarle una mirada llena de ira.

Sacaron un maletín del vehículo y lo abrieron bajo la atenta mirada de los otros dos. Contaron el dinero que escondían y lo intercambiaron por un teléfono móvil, que imaginé estaba lleno de información.

—Saca tu pistola.

—¿Por fin nos vamos a divertir?

—La idea es sacarles información.

Seax me zarandeó los hombros con urgencia y se puso de pie de un salto. No hubo tiempo para pensarlo dos veces. Saltó el arbusto, y yo lo seguí, con la pistola firme en la mano. Queríamos ponerlos nerviosos, obligarlos a rendirse, que entendieran que ya estaban jodidos por desafiar a los Bandidos.

Pero los hombres de Themo no tenían intención de hablar.

El primer disparo nos sorprendió. Luego vinieron más, tantos que perdí la cuenta cuando el aire se llenó de plomo. Los agentes corruptos se tiraron al suelo, cubriéndose la cabeza como si eso pudiera salvarlos. Seax y yo apenas logramos rodar hasta un refugio improvisado; un viejo puesto de vigilancia que ya no servía para nada.

—Hijos de puta… —Seax revisó el cargador con una mueca, mientras esquivábamos las balas que pasaban cerca.

Nos tenían en la mira, pero tampoco querían quedarse a pelear. El fuego cruzado duró unos minutos, hasta que las balas dejaron de silbar.

—¿Se han rendido? —solté en voz baja, sin moverme del refugio.

Seax asomó apenas la cabeza, frunciendo el ceño.

Los hombres de Themo seguían allí, de pie entre el polvo y los casquillos, pero no nos apuntaban. En lugar de eso, habían girado sus armas hacia los policías caídos, temblando como perros mojados.

—Eh, tranquilos… —intentó decir uno de los agentes, pero su frase murió cuando el cañón de una pistola se apoyó contra su sien.

Yo ya sabía cómo iba a acabar eso. Seax también lo supo, porque ni siquiera intentó moverse.

Los disparos retumbaron en la quietud del aire. Un fogonazo tras otro, marcando el final de aquellos cabrones. Uno terminó con los ojos abiertos de par en par, atrapado en su espasmo final, mientras el otro, con la mandíbula colgando, intentó moverse antes de que otro tiro lo mandara directo al infierno.

Los hombres de Themo se quedaron quietos, observando los cadáveres como si fueran la basura que acababan de tirar al suelo.

No dijeron nada. No nos miraron. Solo alzaron el brazo y gastaron su última bala.

Seax soltó el aire que había estado conteniendo y chasqueó la lengua.

—Nos han hecho el trabajo sucio —murmuró, mirando los cadáveres con desdén.

—Esos cabrones acaban de quitarse la vida —guardé mi pistola y dejé que mi mirada se deslizara por los cuerpos caídos. Los billetes de cien dólares revoloteaban con la brisa, esparciéndose por el suelo como hojas secas. Algunos quedaron atrapados en los charcos de sangre, empapándose lentamente, mientras otros, arrugados y

manchados de rojo, mostraban las caras de Benjamin Franklin, como si él también hubiera sido parte de la masacre.

Seax recogió un teléfono móvil y me lo pasó. Me lo guardé sin decir nada.

No valía la pena ensuciarse más las manos con esos cabrones. Escogieron el camino rápido y sentenciaron sus vidas a cambio del silencio.

—Larguémonos —dije.

Seax asintió, aún con la mandíbula tensa.

La única persona que me podía dar respuestas era el cabrón por el cual me enfrenté a mi familia.

«*Espero que no estés implicado*», pensé, sintiendo cómo mis venas se tensaban bajo la piel. «*Si descubro que has sido un chico malo, pienso castigarte, gatito*.»

Capítulo ocho

Zeke Renton

Estaba tan furioso que subí los escalones del edificio de tres en tres. Cuando llegué frente a su puerta, la aporreé con todas mis fuerzas. Le había prometido al Presidente que protegería a la familia, incluso de Alan. Cuando este me recibió, apreté los puños con tanta fuerza que sentí los nudillos crujir. Me abalancé sobre él, decidido a sacarle la información que necesitaba. Mis manos se cerraron alrededor de su cuello porque me recibió con la piel húmeda y envuelto en una toalla oscura que apenas le cubría la cintura.

Lo arrastré hasta el interior del comedor y estampé su espalda contra la pared más cercana. Cerró los ojos y su respiración entrecortada rozó mi piel mientras un par de gotas de agua caían de su cabello mojado, recorriendo su cuello y empapando sus pómulos rosados. Noté cómo empezaba a quedarse sin aliento y, en un intento por librarse, me dio un manotazo en el hombro, exigiendo que lo soltara.

—Eres un puto bastardo.

Al soltarlo, se echó hacia adelante y su cabeza tocó mi abdomen tenso. Intentó recuperar el aliento, su rostro estaba descompuesto, y con la voz entrecortada me preguntó por qué lo estaba agrediendo.

Saqué el teléfono móvil que habíamos conseguido en el intercambio y lo lancé al suelo con fuerza.

—¿Tienes contacto directo con Themo Gómez?

Alzó una ceja, claramente desconcertado.

—¿Qué? —preguntó.

—¡Responde!

—¿Quieres tranquilizarte? —me pidió, con una calma que me desquiciaba—. No sé qué te pasa, Zeke, pero sería mejor que bajes el tono y hablemos más despacio. Sé más claro, joder.

Mi cabeza no podía pensar con claridad.

«*Hijo de puta*», gruñí interiormente, al darme cuenta de lo jodidamente sexy que estaba después de su ducha, pidiéndome en un tono casi amable que me relajara. «*Te habría follado si no estuviera tan confundido contigo*.»

Intentó alejarse, pero lo retuve. Le robé otro gemido de dolor al presionar más fuerte su cuello y pegué mi frente contra la suya. Lo que no había anticipado era que mi cuerpo también lo terminaría acorralando.

—Otros dos de tus agentes se han reunido con Themo Gómez. No solo parecía que se llevaban demasiado bien —le conté todo lo que había visto—. También le entregaron un maletín de dinero a cambio de ese teléfono móvil.

El color rosado en sus mejillas y la presión de mis manos alrededor de su cuello, que había dejado sus labios hinchados, provocaron que mi cuerpo reaccionara. Sin pensarlo, froté mi erección contra la suya, sintiendo cómo se tensaba también.

—Ese teléfono es de Harland —me explicó.

—¡Me da igual de quién sea! ¿Mandaste a tus agentes?

Se cansó de mi locura y, con una rapidez impresionante, impactó su puño contra mi abdomen. El dolor me dejó sin aliento y perdí toda la fuerza. Él aprovechó para derribarme al suelo con una de sus llaves, dejándome completamente vulnerable. En un cerrar de ojos, ese gatito que quería alimentar con mi leche se acomodó sobre mí y me miró como si no comprendiera nada de lo que había dicho.

—Relájate —siguió insistiendo. Recogió el teléfono que había lanzado al suelo, lo encendió y, al intentar desbloquearlo con su

huella dactilar, apareció un mensaje que le alertaba que no reconocía su dedo pulgar—. Has olvidado por qué volví a IronCliff. Quiero limpiar esta ciudad que ha corrompido hasta la ley. ¡Joder, Zeke! Dijiste que confiabas en mí. Lo dijiste antes de follarme.

Tenía razón. Le di mi palabra. Él era mi amigo.

Bajó la barbilla hasta su pecho desnudo, y un suspiro escapó de sus labios, cargado de frustración.

—Si tú tampoco estás de mi lado… ya no me queda nadie. Por primera vez, en mucho tiempo, estoy solo.

«*Mierda*», pensé, antes de lanzarme a su boca para besarlo con fuerza. «*Si Kayler decide matarme, será mejor que me lo folle antes de abandonar el mejor placer que teníamos en la vida; el sexo*.»

—¿Qué haces? —preguntó al ver cómo me apartaba de sus exquisitos labios.

Él no lo entendería. Todos pensábamos que nos había vendido al cártel, pero en lugar de convencer al Presidente, estaba dispuesto a follarlo de una forma que me volvía loco.

Alan me miró confundido, pero no detuvo la mano que despojó su cuerpo de la toalla, dejándolo completamente desnudo. Incluso lo tiré de nuevo al suelo mientras acariciaba sus músculos tonificados, apartando sus piernas a un lado para dejar su trasero expuesto.

—Esto me está volviendo loco —se dio cuenta de que mi erección se hacía más evidente al ver el espectáculo frente a mí—. Déjame follarte, olvídate de las preguntas.

Me dio su respuesta cuando levantó su brazo para quitarme la camiseta. Me incliné hacia adelante, atrapando sus labios con los míos, mordí su labio hasta hacerle sangrar. Saboreé un par de gotas carmesí antes de dejar que mi deseo tomara el control.

Marqué su cuerpo con mis dientes, dejando mordiscos profundos que lo hicieron retorcerse de placer. Cada marca que dejaba sobre su piel le recordaría que me pertenecía.

Bajé la mano por su espalda hasta llegar a su trasero, que se agitaba al sentir mis dedos acariciando los pliegues de su rosado agujero.

—No pierdas la cabeza —me pidió entre gemidos, y esa voz me desarmó por completo.

Quería detener la ansiedad y el dolor que me causaba pensar que ese hombre era un traidor, pero en lugar de eso, lo besé, disfrutando del sabor de su cuerpo.

Lo penetré con dos dedos, y cuando suspiró, introduje el tercero, seguido del cuarto, haciéndolo gemir más fuerte.

—Sube la pierna para follarte mejor —acabó tendido en el suelo, y abrí sus piernas, para poder llenarlo con mi polla—. Hoy no retengas tus gemidos. Canta para mí, gatito.

Las caderas de Alan se movieron con fuerza, y subió sus manos a mi pecho, buscando que nuestras miradas se encontraran. Lo único que consiguió fue un beso profundo, disfrutando de la intensidad que emanaba de él.

—Zeke... hazlo ya.

No quería ceder tan fácilmente.

Mi intención era ser duro.

Un hijo de perra dispuesto a castigarlo.

Cogí mi erección palpitante y acaricié ese agujero que necesitaba penetrar. Su rostro se sonrojó, y sus ojos se pusieron en blanco ante el cosquilleo que lo recorrió por completo.

—Mira esas lágrimas —dije, mientras acariciaba una gota de presemen que brotó de su miembro—. Últimamente te encanta ser follado.

—Ezequiel —jadeó—. ¿Por qué no dejas de hablar de una maldita vez? ¿Vas a follarme o no?

Me estiré sobre él sin rodeos, aprovechando lo suficientemente abierto que estaba para penetrarlo. Me moví con fuerza, sujetándome de sus caderas para hacer las embestidas más intensas. Se estremeció, y me tumbé sobre él mientras seguía mordiendo ese trozo de carne que tanto me excitaba.

Alan arañó mi espalda y echó la cabeza hacia atrás, luchando por no perder el control. Lo levanté del suelo y lo acomodé sobre mí para que él también se moviera. Cansado de mis mordiscos, tiró de mi cabello y golpeó el suelo con sus enormes pies, hundiéndose sobre la polla que lo torturaba.

Apretó su trasero, gruñendo cuando terminó de vaciarme, atrapándome hasta dejarme seco.

—Tienes que dejar de correrte en mi interior.

Solté una carcajada.

—Dame una buena razón.

El sheriff no respondió, pero cada uno de sus movimientos seguía encendiéndome. Se apartó de encima de mí, y vi cómo mi semen resbalaba por sus largas piernas. Acomodó las manos en su cintura y, con ese tono autoritario que nunca lo abandonaba, exigió que le diera placer con una mamada.

—Chúpamela.

Le guiñé un ojo y empecé a lamer su polla antes de devorarla. Su felicidad se reflejó en su amplia sonrisa, y los gruñidos no tardaron en llenar la habitación. Acaricié su trasero mientras

saboreaba cada centímetro de él, hasta que mis dedos llegaron a sus pelotas, y la polla se encajó en mi garganta.

Me cogió la cabeza con ambas manos y se movió sobre mí como la primera vez. Subía y bajaba con velocidad, los latidos de mi corazón resonaron en cada embestida. Sus gemidos fueron nuestra balada de la noche, y el placer estalló cuando no pudo controlarse y terminó eyaculando.

Ambos éramos unos bastardos.

Cuando me liberó de su polla y me tragué hasta la última gota de su semen, cayó de rodillas ante mí y acaricié su tembloroso cuerpo.

—Me arde la piel —tocó los mordiscos de su hombro.

—Te lo has ganado.

No quería que protestara, así que, después de reír, lo besé con fuerza, empujando mi lengua contra la suya en un gesto que calló cualquier intento de queja.

Capítulo nueve

Zeke Renton

Le preparé el desayuno para que me perdonara después de dejar su cuerpo marcado con mis dientes y los hematomas que le provoqué al aferrar mis dedos a su piel mientras lo saboreaba. Alan, mientras tanto, encontró una forma de desbloquear el teléfono de Harland y buscó la información que habían comprado el par de agentes a los hombres de Themo Gómez.

Decoré su plato con unos huevos revueltos, saqué el bacon que tosté en el horno y le acomodé un par de rebanadas de pan que podría mojar en el café como cuando éramos unos adolescentes. Me senté a su lado, dejé mi cabeza caer sobre su hombro desnudo y respiré el aroma que desprendía su cabello.

Apartó la vista de la pantalla y me miró confundido. Le di vueltas al plato para que se alimentara y le sonreí dulcemente para que no me echara de su apartamento a las seis de la mañana.

—Me gritas, terminas jodiéndome… ¿y encima me haces el desayuno?

Le habría besado para que borrara ese rostro de pocos amigos que lucía después de despertar adolorido en el suelo del comedor. Me atreví a acariciar sus suaves mejillas y me prometí a mí mismo que me afeitaría para gustarle un poco más.

—Lo lamento.

—¿Qué lamentas, Zeke?

«*Cállate y desayuna*.»

Aunque no podía decirle eso.

—Por desconfiar en ti.

Alan entrecerró los ojos y levantó el cubierto de la mesa para saborear el manjar que le preparé. Se lo comió sin rechistar mientras seguía con el aparato de Evers.

—Deberíamos dejar de follar cada vez que estamos borrachos o furiosos —se me volvió a escapar una risa que le puso el vello de punta.

Escupió el bacon y golpeó su cabeza contra la mía para que me alejara de su hombro.

—Eso no me importa. Ambos nos hemos aprovechado del otro —me miró a través del rabillo del ojo mientras seguía buscando algo de información—. Así que dúchate, come lo que quieras y lárgate de mi apartamento. Tú y yo no estamos en una relación para que te comportes como una novia ansiosa por mi perdón.

—Pero…

—Solo somos amigos —concluyó; y, por una parte, me hacía feliz, pero por otra me molestó—. ¡Los encontré! —cambió de tema inmediatamente—. Esos cabrones estaban buscando la información que tenía Harland de ellos. Al parecer, no fue tan mal sheriff como pensé. Tenía fichados a esos desgraciados que terminarían dándonos la espalda si decidían traicionarnos a cambio de dinero. ¡Hijos de perra! El día del tiroteo en El Yunque, lo que querían era matarme. No iban a por vosotros, me querían a mí…

Giré su rostro y atrapé mis labios con los suyos.

Le sorprendió que lo besara y giré su cuerpo aprovechando que estaba sentado en un taburete para quedar cara a cara.

—No voy a dejar que te hagan daño.

Soltó el móvil y pasó su mano por mi cuello.

—¿Y tú si puedes hacerme daño a mí?

No dije nada, opté por el silencio y en ponerme atractivo para él sacando los morros. Hizo un gesto desagradable por ver mis labios aproximándose a los suyos y recogió el plato de la mesa y me dio la espalda.

—¿No te ves manteniendo una relación con un hombre?

Su risa sarcástica me dejó inmóvil en mi asiento.

—No te lo diré dos veces, Zeke. Podemos follar como dos amigos que empiezan a ayudarse en un tema serio como el de Themo Gómez, pero no pasará nada más entre nosotros dos. ¿Lo entiendes?

Realmente no.

Y se lo habría dicho, pero terminó encerrándose en el baño y solo salió de su escondite cuando me marché de su apartamento.

***

Mientras que los otros Bandidos hablaban de reunirse con Themo para llegar a un acuerdo con el cártel, acomodé mi mejilla en la palma de la mano y recordé las frías palabras de Alan. Era cierto que nunca tuve una relación seria con un hombre, pero tampoco tuve exclusividad con una mujer. Y, para cuando me apeteció tener algo más íntimo con alguien, esa persona me golpeó con su desprecio y me dejó claro que lo único que estaba bien entre nosotros dos era el sexo.

Le aclaré a Kayler que Alan no estaba detrás de los hombres que se reunieron con los camellos de Gómez y seguí protegiendo a mi gatito para que nadie lo tuviera en su punto de mira. Él era mío y nadie más podía ponerle una mano encima.

—¿Dónde tienes la cabeza? —Damon me golpeó la frente y tuve que desviar toda mi atención hacia él—. ¿Estás bien?

—Me han rechazado.

Frunció el ceño.

—¿Qué tienes? ¿Cinco años?

—Eso creo —me encogí de hombros.

Empecé a comportarme como un lunático delante de mis hermanos. Así que luché para seguir siendo el cabrón de Zeke y me acomodé en la silla mientras observaba como Kayler y Jack le daban instrucciones a Themo para que nos encontrara en el club. Después de meses recorriendo las calles de IronCliff, el muy gilipollas no era capaz de situar el taller en el mapa.

Di un par de vueltas alrededor de la mesa y borré de mi cabeza la dulce e irresistible mirada de Alan. Cuando el sonido de unos vehículos aparcaron delante del negocio, ocupé mi silla y me encendí un cigarro mientras arrugaba el ceño.

Themo Gómez no llegó solo; siempre iba escoltado por los hombres que le lamerían la mierda del zapato por el simple hecho de trabajar a su lado. El Sargento de Armas le cedió su puesto y tuvimos que ser buenos anfitriones con el cártel. Hasta le servimos un buen whisky que guardábamos para ocasiones especiales.

El hispano se quitó las gafas de sol y dejó su calva al descubierto al quitarse el sombrero de pana que le daba un toque sofisticado para ser un gran hijo de puta. Aceptó la copa que le llenó Damon y olfateó el licor.

—Se ve bueno. Pero yo tengo un tequila que le gana por mucho a esta cosa —dijo, haciendo chocar los hielos contra el vaso—. Estoy aquí para hacer negocios con los Bandidos. Ya te lo dije, Presidente, no quiero broncas con ustedes. Insisto, podemos llevar la fiesta en paz.

Kayler se acomodó en su asiento y no apartó la mirada.

—¿Cuánto me ofreces?

Eso me sorprendió.

—Por todo lo que ha pasado últimamente… —se rascó la barba negra y espesa— te doy un cuarenta por ciento. Me dejas distribuir La Lupe en IronCliff y a principios de mes tendrás tu parte. ¿Qué chingados? —soltó una carcajada—. Voy a mandar a unas cuantas de mis morras para que entretengan a tus hombres. ¿Qué dices?

—¿Dinero y putas? —El Presidente miró a Jack y este sacudió la cabeza—. ¿Y si quiero a uno de tus chicos?

Miró al que parecía más joven y se tensó ante la curiosa mirada de Kayler. Themo Gómez los miró a ambos y volvió a reír.

—Está bien, como quieras. Soy buen amigo cuando se me necesita o cuando alguien me echa la mano en mis peores momentos. Perdí a mi sobrino y luego fui perdiendo a varios de los míos. Esas muertes me jodieron, la neta. Por eso quiero que me des la mano y hagas negocio conmigo, igual que con los chinos. La Lupe es un buen producto, podemos sacarle una buena lana.

«¿*Cuándo lo mandará a la mierda*?»

—A Qian Bo le prohibí ciertas zonas.

—¿Límites, Presidente? Claro, los acepto encantado.

Tuve que intervenir:

—Kayler —le gruñí, al darme cuenta que estaba negociando en serio con ese cabrón. La mano de Jack se posó sobre mi hombro y busqué el apoyo de mis hermanos, pero ninguno estuvo dispuesto a apoyarme. Hasta Seax bajó la cabeza—. ¿Qué estáis haciendo?

—Tu Vicepresidente ha olvidado su lugar. ¿Aquí es normal tanta rebeldía? Los míos se cortarían la lengua antes de interrumpirme.

Pero bueno, qué voy a saber yo de la jerarquía de los moteros. Yo tengo mis reglas —siguió mirándome con esos ojos oscuros—, y ellos las acatan sin chistar.

De alguna forma defendió mi actitud.

—No hemos perdido la costumbre los Bandidos de otros grupos, por eso los roles dentro de la hermandad se heredan, pero también se ganan con esfuerzo —dijo, señalándome con una mirada fulminante—. No tengo hijos, ni la intención de tenerlos. Así que, si algo me pasa, no me queda más opción que cederle la silla al idiota que acaba de interrumpirme.

—Entonces el cabrón tiene suerte —dijo, dándole otro trago a su bebida—. Será mejor que los deje a solas, señores. Creo que ya es el momento ideal para que platiquen y decidan si están a favor o en contra de trabajar juntos. No olviden que nosotros nos encargaremos de la parte más pesada. Ustedes se van a encargar de recoger las ganancias que nos deje La Lupe. Que tengan un buen día. Pronto te llamo, Presidente.

Themo Gómez se marchó y esperé unos minutos antes de insistirle a Kayler, pero no me dejó hablar.

—Si vuelves a quedar por encima de mí, te cortaré la lengua —no le hizo falta enseñarme su navaja; sabía que era capaz—. Me estoy ganando su confianza. Y, si no lo entiendes, es problema tuyo y no mío. ¿Te ha quedado claro, Zeke?

Todos me miraron como si estuviera loco, pero yo veía en sus ojos algo mucho peor; debilidad. Nos había dejado como unos tontos, negociando su mierda de droga en nuestra mesa, riéndose en nuestra cara, como si no fuéramos capaces de defender lo que era nuestro.

Recogí lo poco que me quedaba de orgullo y salí del club. No iba a quedarme ahí para escuchar más estupideces. Llegué al taller, les pedí a los chavales que me dejaran en paz, y ahí, solo con mi ira,

empecé a descargarla. Golpeé todo lo que encontré; la maquinaria, los bancos, lo que fuera… nada me importaba. La rabia que me dejó ese cabrón de Themo Gómez me quemó por dentro, y no había manera de controlarla.

«*Haré que te burles de tu puta madre, Gómez*.»

Capítulo diez

Alan Clark

Me sorprendió que Jody Evers apareciera en la oficina y exigiera una cita con el sheriff. Intenté insistir en que no era el momento adecuado, pero la hija de Harland no pareció inmutarse. Se dejó caer en el sillón al fondo del despacho, como si fuera lo más natural del mundo, y con una sonrisa desafiante, me soltó que no se movería de ahí hasta que aceptara ir con ella al restaurante donde había reservado mesa para los dos.

Así que no me quedó otra opción que ceder.

Le pedí a Jody que me diera quince minutos. Necesitaba darme una ducha rápida, cambiarme a algo más cómodo y despejarme un poco antes de reunirme con ella. Aunque la insistencia de la hija del antiguo sheriff me incomodaba, no podía rechazarla tan directamente. La miré un instante mientras se acomodaba en el sillón, y me sorprendió lo caprichosa que podía ser a nuestra edad.

Estuve un rato en los vestuarios y, cuando terminé de secarme, saqué de mi casillero unos viejos vaqueros y una camisa blanca que me remangué por los brazos. Me afeité un poco con la cuchilla de un solo uso y me peiné hacia atrás para que no me molestara. Cuando el aroma del desodorante me envolvió, dejé los baños de la comisaría y me reuní con ella. Fue entonces cuando me fijé en su vestimenta; el vestido que había elegido para la cena era elegante, de una tela roja que abrazaba sus curvas con una precisión que no podía ignorar. El color resaltaba su piel y cada movimiento suyo parecía subrayar la seguridad que siempre había tenido.

Sabía lo que quería, y aunque yo no compartía esa intención, era difícil no notar lo que su presencia significaba. Pero, por dentro, seguía siendo firme en mi decisión; no quería nada con ella.

—¿Nos vamos?

Sostuve su mano y ella rodeó mi brazo con el suyo. Salimos juntos de la comisaría, palpé el bolsillo trasero para comprobar que llevaba la cartera. Ella se dio cuenta y jugó con su melena rubia mientras esperaba que rompiera el silencio que nos acompañó hasta el vehículo. Intenté comportarme como un caballero y le abrí la puerta para que se acomodara en el asiento del copiloto.

—¿Estás nervioso? —preguntó, soltando una suave risa.

—¿A qué te refieres?

Arranqué el motor y mantuve la mirada fija en la carretera. Vi a Jody jugar con su bolso mientras decidía si era el momento adecuado para pintarse los labios. Cuando lo decidió, se inclinó hacia adelante y presionó la barra de labios para recalcar ese tono rojo que eligió para la ocasión.

—¿Estuviste muy enamorado de mí?

Alcé una ceja ante su curiosa pregunta.

Y no le mentí.

—Tenía diecisiete años. Me ponías cachondo. Y creo que no era el único.

Pasó su cabello detrás de la oreja y acomodó su mano sobre mi rodilla.

—Antes no hubieras sido capaz de decírmelo.

—Habría sido ridículo soltarte algo así.

—Pero Zeke siempre ha sido tan directo… —cuando mencionaba a Ezequiel, sus ojos se iluminaban por la ilusión que le hacía recordar al motero en su etapa más joven—. Y tú…

«¿*Tan idiota*?» Le habría dicho, pero llegué antes de lo que pensé al restaurante.

Volvió a pegarse a mi brazo y, en cuanto entramos en el local, Linda, la dueña, nos llevó hasta la mesa que ocuparíamos. Mientras Jody seguía jugando con sus rizos, me centré en la carta que dejaron. Ni siquiera bebí el vino que me sirvieron, me limité a beber agua y escoger un buen plato que me llenara el estómago.

—A veces imagino qué habría pasado si hubiera elegido a otra persona.

—¿Lo dices por Zeke? Pensé que te rechazó.

Su risa nerviosa la delató.

Eso le molestaba.

—Él estaba obsesionado con vuestra amistad.

Saboreé mis tallarines y la miré mientras ella seguía hablando.

—¿Vosotros dos…?

Me encogí de hombros.

—Nosotros dos, ¿qué?

—¿Habéis estado…?

Era muy molesto que no terminara sus preguntas. Y, aunque estuviera muerto de hambre, tuve que alejarme de mi plato y adivinar lo que intentaba decirme.

—Conmigo puedes ser directa, Jody. No me voy a enfadar.

Aunque ella me buscaba con otras intenciones, tenía la necesidad de saber qué pasaba entre Zeke y yo cuando nadie más nos miraba. Llegué a IronCliff con ganas de acabar con los moteros y terminé por recuperar una amistad que di por muerta.

«*Aunque sigue siendo un capullo*.»

—¿Habéis estado juntos? —Eso empezó a darme dolor de cabeza y ella se dio cuenta de lo irritado que estaba. Se acercó hasta mí para susurrarme la verdadera pregunta que se le quedó en la punta de la lengua—. Juntos. Hablo de forma sentimental.

—No —respondí con sinceridad. ¿Por qué iba a tener una relación amorosa con él? Ella respiró más tranquila hasta que le solté lo que se temía—. Hemos follado un par de veces. No estaba en mis planes, pero a quién quiero engañar. Somos dos adultos. No nos hace falta estar en una relación para pasárnoslo bien.

Jody se atragantó con su propia saliva y tuvo que darle un buen trago al vino.

—¿Eres gay?

—No.

—Pero vosotros…

—Más bien bisexual. O ahora podría entrar en el rango pansexual —me encogí de hombros—. Nunca me he molestado en buscarme una etiqueta. Es molesto… ¿Te encuentras bien?

Se puso pálida y lo único que podía destacar de su rostro era el colorete rosado, el rojo de sus labios y las sombras a juego que había en sus párpados.

Intentó levantarse de la mesa, pero la detuve al darme cuenta de que sus ojos se llenaron de lágrimas. Noté cómo se le disparó el pulso y arrastré mi silla hasta la suya para tranquilizarla. Una pareja de ancianos que se encontraba a un par de metros, se quedó mirando el espectáculo. Los lloriqueos de Jody resonaron por toda la sala y tuve que tenderle una servilleta de tela para que se sonara los mocos.

—Pensé que… ahora que habías vuelto… quizás tú y yo…

—¿Tú y yo? —le dije la verdad—. No estoy interesado en ti, Jody. Fuiste mi amor platónico en la adolescencia. Y eso ya acabó.

Siguió llorando como una niña pequeña.
Acaricié su espalda y deseé tener un poco más de tacto con ella, aunque tampoco estaba dispuesto a mentirle para no romperle el corazón. Si lo único que buscaba de mí era a alguien para que la cuidara junto a su hija, yo no era la persona indicada. Si quería un amigo para desahogarse, no dudaría ni un instante en tenderle mi mano cada vez que me necesitara.

—Eras perfecto. La persona indicada para mí.

—Jody…

—No —se levantó de la mesa y lanzó la servilleta que la protegió de las miradas curiosas—. Primero Zeke y ahora tú. Estoy cansada de que todos me den la espalda.

Me empezó a cansar la adolescente atrapada en el cuerpo de una adulta.

—Jody, escúchame —mi voz sonó firme—. No puedes pasarte la vida esperando que los demás llenen el vacío que sientes.

Se quedó quieta, con los puños apretados a los lados de su cuerpo.

—No se trata de que todos te den la espalda. Se trata de que esperas que estemos donde tú quieres, cuando tú quieres, y de la forma en que tú quieres. Y cuando no lo hacemos, te sientes traicionada.

Ella respiró hondo, como si intentara contener las lágrimas, pero no dijo nada.

—Sé que has pasado por mucho, que perdiste a tu padre y que la vida no ha sido justa contigo. Pero no puedes quedarte atrapada

en eso. Tienes una hija que te necesita. Eres una mujer fuerte, no puedes quedarte estancada en lo que pudo haber sido.

—No es tan fácil… —susurró con la voz temblorosa.

—Nunca lo es —admití—. Pero si sigues esperando que alguien venga a salvarte, te vas a quedar esperando toda la vida.

Me sostuvo la mirada un momento y vi algo cambiar en su expresión. Tal vez no era el discurso que quería escuchar, pero sí el que necesitaba. Jody apretó los dientes y, antes de que pudiera decir algo más, su mano salió disparada.

El golpe me dio de lleno en la mejilla. No fue fuerte, pero el ardor se esparció rápido por mi piel.

La miré en silencio, sin tocarme la cara, sin reaccionar de más. No iba a darle el gusto de verme perder la paciencia.

—Eres un cabrón —murmuró con la voz ahogada en lágrimas.

—Y tú necesitas crecer de una vez.

Su labio tembló, pero no me pegó otra vez. Se quedó ahí, respirando agitadamente, con el rostro rojo por la ira y la tristeza.

—Ojalá pudiera odiarte —susurró.

—Pues inténtalo, a ver si así te centras en otra cosa.

Me sostuvo la mirada un segundo más, pero al final giró sobre sus talones y salió del restaurante a toda prisa.

Solté un suspiro y me pasé una mano por el rostro. No era la primera vez que me golpeaban por decir la verdad.

—Se le ha escapado, sheriff —el señor rio y la mujer se enfadó con él.

Vi por los cristales como paraba un taxi y desaparecía de Crestview. Volví a sentarme en la silla y disfruté de la cena que ya se

había enfriado. Sabía que todos me estaban mirando, pero estaba cansado de ser amable con ella solo por ser la hija de Harland y la chica que se clavó en mi corazón cuando era pequeño.

De repente, mi teléfono móvil sonó y colgué la llamada al ver el nombre de Zeke.

«*No quiero más problemas por esta noche*.»

***

Salí del restaurante con el rostro aún ardiendo por la bofetada de Jody, el estómago lleno y el peso de una conversación que había salido peor de lo que esperaba. Aflojé la mandíbula y solté un suspiro, dejando esos problemas sin sentido atrás; no tenía tiempo ni paciencia para seguir con eso. Había cosas peores en IronCliff que me robaban el sueño.

Caminé hacia mi coche con las llaves en la mano, repasando mentalmente la cantidad de cosas que tenía que resolver al día siguiente en la oficina.

Pero algo me detuvo.

Un grito.

Era femenino.

Fruncí el ceño y giré la cabeza, ubicando la dirección de donde provenía. El dolor se estalló en el callejón del restaurante, a menos de quince metros de mi coche. El grito se repitió, acompañado de una voz amenazante.

No lo pensé dos veces y salí corriendo.
Me moví con pasos rápidos, firmes, sintiendo la molesta ausencia del peso de mi arma en la cadera.

«*Joder*.»

Había salido con tanta prisa de la comisaría que terminé dejando la pistola en el cajón del escritorio. Así que no me quedó otra que enfrentarme a esos cabrones con las manos vacías. La luz de una farola rota apenas iluminaba la entrada del callejón, pero entre las sombras vi tres siluetas. Una mujer forcejeaba con dos tipos. Uno la sujetaba de los brazos y el otro parecía registrar su bolso mientras ella intentaba zafarse.

—¡Eh! —gruñí, avanzando sin perder tiempo—. Soltadla ahora mismo.

Los dos tipos levantaron la cabeza al mismo tiempo. Ambos estaban cubiertos con pasamontañas, al igual que los hombres de Themo Gómez. El que tenía sujeta a la mujer aflojó el agarre, pero no la soltó del todo. Su compañero, en cambio, se giró hacia mí con una calma inquietante.

—Mira nada más… —murmuró—. Si no es el mero sheriff en persona.

La forma en que se me dirigió me confirmó que trabajaban para el cártel.

La mujer aprovechó para soltarse del bastardo y corrió en mi dirección, tropezando con los adoquines.

—Ve al restaurante. Linda sigue dentro —le ordené sin apartar la vista de los dos miserables que intentaron hacerle daño—. Corre.

Cuando reaccionó, sus tacones resonaron contra el pavimento mientras desaparecía del callejón.

—Todo un pinche héroe —se burló uno de los hombres.

Vi un destello metálico en su mano, y todas mis alarmas se dispararon. Giré el cuerpo a tiempo para evitar que la navaja me atravesara el estómago, pero el filo rozó mi costado izquierdo. Un

dolor punzante se extendió por mi piel mientras retrocedía con un gruñido.

Apreté los dientes y lancé un puñetazo sin dudarlo. Mi puño conectó con la mandíbula de uno de ellos, pero el otro me golpeó el costado herido y me arrebató el aire.

No estaban allí para asaltar a la pobre mujer.
Estaba convencido de que Themo Gómez los mandó para provocarme y que cayera en su trampa.

Intenté apartarme, pero el dolor de la herida me retrasó un segundo. Eso me hizo entender que el arma blanca no solo rasgó mi costado, sino que cortó la carne de forma más profunda.

De repente, envolvieron mi cabeza con una bolsa de plástico. Me inmovilizaron en el suelo, de rodillas ante ellos, y agitaron mi cabeza para que respirara el polvo que había en el interior. Un ardor extraño me recorrió la garganta. Intenté respirar, pero el aire se sintió espeso, demasiado pesado. Mi visión se emborronó en los bordes mientras mi cuerpo perdía la poca fuerza que me quedaba.

—Me imagino que ya ubica a La Lupe, sheriff. Nuestro jefe quiere que le demos una probadita, para que vea que es la mejor chingadera que hay en el mercado. Esta vez va por la casa, así que relájese y disfrute el regalito.

Sus risas empezaron a sonar muy lejanas, y eso que estaban pegados a mí.

Intenté resistirme.

Intenté luchar.

Pero la oscuridad me envolvió antes de poder hacer nada más.

Capítulo once

Zeke Renton

Seax llegó con la frente empapada en sudor, los ojos desorbitados y nada más abrir la boca, supe que me traía malas noticias. Intentó recuperar el aliento, pero no lo consiguió del todo. Su pecho subía y bajaba con agitación, y cuando finalmente logró hablar, escupió lo que más me temí.

—El sheriff… está muy grave en el hospital. Lo han atacado. —Sus palabras llegaron a mí como un golpe en el pecho. Hizo otra pausa, su rostro arrugado por la preocupación. —Lo dejaron tirado en una calle de Throttle Point. La dueña del restaurante… llamó a la ambulancia.

Lo cogí de la chaqueta de cuero, mi mente se negó a aceptar lo que escuchaba, pero la expresión de Seax era tan seria que mi cuerpo reaccionó de inmediato. El nudo en mi garganta me decía que no se trataba de una broma. Me transmitió la información que probablemente le dio el doctor Keough cuando Alan ingresó.

Salí corriendo, sin pensar ni un segundo más. Arranqué mi moto con furia, y de reojo vi que el Sargento de armas siguió mis pasos, como si fuéramos una sombra en la noche. Aceleramos a toda velocidad, atravesando las calles sin importar el peligro. Dejé mi preciosa Harley frente a las puertas del hospital, y el caos de las urgencias me dio la bienvenida, como si fuera un día más. El hospital estaba lleno de gente con dolores menores, pero mi mente solo pensaba en Alan, en cómo debía estar él, en lo que había sucedido.

Nos movimos con rapidez, deslizándonos entre la multitud mientras buscábamos al sheriff. Fue entonces cuando me crucé con Chris. Lo agarré de la bata blanca con tanta fuerza que sentí que lo estaba ahogando, y sin pensarlo, posé mi frente sobre la suya.

—¿Dónde está?

—Zeke… —La desesperación en su voz casi me derrumba.

— ¡¿Dónde está?!

Seax me empujó con firmeza, apartándome de Chris, que parecía temblar, como si tuviera miedo de darme la respuesta que yo no quería escuchar.

—Seguidme. —Su voz temblaba, pero la gravedad de la situación se reflejaba en sus ojos. Nos condujo hasta la habitación donde Alan descansaba, rodeado de cables, monitores y un montón de máquinas que emitían pitidos constantes.

Allí estaba, tirado sobre la cama, con la respiración pesada, conectado a tantas máquinas que parecía un prisionero de su propio cuerpo.

—¿Qué le ha pasado?

Chris suspiró, mirando el suelo, buscando la forma de decirme lo que ya temía.

—Una sobredosis de heroína. — Su voz temblaba, como si cada palabra le costara. — Alguien lo encontró con una bolsa en la cabeza, y lo asaltaron, le obligaron a inhalar esa droga. Es el contrabando que está circulando…

Mi mano actuó por instinto. Saqué el arma, y el sonido del seguro al quitarse retumbó en mis oídos como un disparo. La empuñé con fuerza y la apoyé contra la cabeza de Chris, tan cerca que podía sentir su respiración. Si en su lugar hubiera estado Nathan, todo habría sido diferente, mucho más complicado. Pero en ese momento no había espacio para dudas. Mi pulso se mantuvo firme.

—Tienes que salvarle la vida.

Solo volví a la realidad cuando Seax me tiró al suelo con una fuerza inesperada. Me derribó sin esfuerzo, como si fuera una pluma

en sus manos. Me deslicé un par de metros antes de intentar levantarme, pero Seax ya tenía su arma dorada apuntándome, y su rostro era todo odio.

—Si vuelves a asustarlo, los problemas los tendrás conmigo. — Su tono no dejaba lugar a dudas. Algo había cambiado en él, y yo lo sabía.

—Chicos, — nos interrumpió el pelirrojo, su tono más serio que nunca — estamos en un hospital. Haced el favor de guardar vuestras armas.

Accedí, aunque mi cabeza estaba llena de pensamientos oscuros. No podía dejar de pensar en lo que había pasado, en lo que podía pasar. La idea de perder a Alan me estaba consumiendo por dentro.

—Alan se pondrá bien, no hay duda de eso. Le hemos administrado medicación para contrarrestar los efectos y lo hemos estabilizado. — Chris no me miraba a los ojos. Su mirada se perdía en el infinito. —Sin embargo, temo que los efectos secundarios serán bastante graves. Es probable que haya perdido la movilidad de uno de sus miembros—. Sus palabras pesaban como una lápida. — Su sistema nervioso se ha visto afectado, y eso le causará mucha debilidad. Lo que más necesitamos ahora es paciencia. Tendrá que guardar reposo absoluto durante varios días, y si no se cuida, el daño podría empeorar.

«*Gatito*», pensé, mientras miraba a Alan a través del cristal.

El sonido de los monitores era casi insoportable, parecía un recordatorio cruel de su sufrimiento.

Escuché como Chris y Seax se alejaban por el pasillo, y aproveché el momento para colarme en la habitación. Como había dicho el doctor, su sistema nervioso quedó severamente afectado, y eso lo dejó dormido durante un par de días. Durante esos días, no me moví de su lado; me aseé en las duchas del hospital, comí

cuando no pude aguantar el hambre, pero siempre regresaba a su habitación.

Cuando finalmente despertó, fue como un respiro para mi alma.

—Zeke… — Intentó mover el brazo izquierdo, pero no consiguió ni el más mínimo movimiento. La frustración en su rostro era palpable.

—¿Qué me sucede?

—Al parecer, socorriste a una chica y los hombres de Themo te atacaron. —Hablé despacio, sin querer asustarlo más. —Acabaste consumiendo esa mierda…

—Ellos me asfixiaron. —Cerró los ojos y hundió la cabeza en la almohada, como si quisiera desaparecer. —¿Por qué siento tan pesado mi lado izquierdo?

—Chris dijo que tu sistema nervioso se ha visto afectado. —No quise esperar a que se asustara, así que hablé rápido—. Necesitas descansar, Alan. Necesitas pasar el relevo hasta que te recuperes.

—¿Estás loco? ¡Ese hijo de puta está ahí fuera! —La rabia en su voz me hizo apretar los dientes. —¡Riéndose de todos nosotros!

—Lo sé.

Intentó quitarse el catéter, pero lo detuve de inmediato.

—¿Adónde vas?

—Al trabajo.

—Tienes que descansar.

Lo volví a tumbar en la cama con más firmeza.

Me miró con el ceño fruncido, su mirada cargada de frustración. En ese momento su odio hacia mí era innegable. Había algo en su mirada que me desgarraba por dentro. Me habría gustado decirle

que lo hice porque me importaba, pero preferí guardarme mis pensamientos para no hacer las cosas más difíciles de lo que ya eran.

***

Cuando Chris nos permitió regresar a casa, llevé inmediatamente a Alan a su apartamento. No quería dejarlo solo, así que me quedé con él, incluso cuando se negó a dejarme pasar la noche a su lado.

Preparé algo de comida y se la llevé a la cama en una bandeja de plástico que había guardado al fondo de un armario.

—Cualquiera diría que me estoy muriendo.

—Solo he preparado algo de comida. Necesitas alimentarte bien —le acomodé el cojín detrás de la espalda—. Si quieres volver a ponerte el uniforme, tendrás que dejar de consumir esa porquería que llamas comida.

—Quéjate a Brent. Es él el que cocina en su local.

Dejó de protestar como un niño y se comió el pollo y las verduras que había asado en el horno. Cuando terminó, recogí la bandeja y volví a sentarme a su lado.

—¿Sabes que te odio, verdad?

Sonreí y busqué una forma de molestarlo.

—Lo sé, gatito.

—Deja de llamarme gatito.

—¿Por qué? —empujé su cuerpo y me coloqué detrás de su espalda. Lo rodeé con mis brazos y lo provoqué con mis palabras

mientras dejaba descansar mi cabeza sobre su hombro—. Eres tan arisco como un gato.

Se tensó, y su respiración se volvió más profunda. Intentó zafarse, pero no lo dejé ir.

—No soy un maldito gato.

—Entonces, ¿por qué sigues huyendo?

Su cuerpo tembló ligeramente, como si una parte de él quisiera resistir, pero otra, la más vulnerable, quería ceder. Deslicé mi mano en el interior de sus pantalones de pijama y aproveché que no llevaba ropa interior para acariciarlo.

—Zeke...

El sonido de mi nombre en sus labios me excitó, pero esa noche solo lo complacería de esa forma.

—Lo ves, gatito. Ronroneas como uno.

—Vete a la mierda… ¡Aaah!

Lamí mis dedos para lubricar su erección y la acaricié hasta que se puso dura y palpitante en mi mano. Su espalda se arqueó sobre mi pecho, y aparté su cabello dorado de su frente.

Paseé mi pulgar por la punta y recogí las perlas de presemen que derramó mientras movía su pierna derecha.

—¿Vas a decirme que no quieres correrte?

—Por favor.

Seguí moviendo mi mano con firmeza, pensando que en cualquier momento perdería el control, pero me equivoqué. Pasó su mano por encima de la mía y buscó mi mirada con intensidad.

—Córrete. No lo pienses más y córrete, gatito.

Lamí la curva de su cuello y observé expectante cómo los chorros de semen brotaban de su miembro, derramándose sin control.

Noté cómo mi respiración se aceleraba, al igual que la suya, y lo abracé hasta que se quedó dormido, dejando atrás su actitud de niño castigado.

—Cuando estés mejor, pienso follarte, y no podrás escapar de mí.

Capítulo doce

Zeke Renton

Tiré las gafas de sol y metí las manos en el interior del chaleco para no perder la calma. Cuando me anunciaron que nos reuniríamos de nuevo con Themo Gómez después de lo que le hicieron a Alan, se me pasó por la cabeza que los hombres a los que consideraba mi familia me estaban saboteando. Aunque intentaron dejar claro que eso nunca ocurriría y que estaban en desacuerdo con la decisión que tomaron para herir al sheriff.

Cuando mis uñas dejaron de rascar los callos de mis manos, saqué un cigarro y lo fumé bajo la atenta mirada de Kayler y Jack. El último, al no tener una alta posición en el club, era el único que no intentó ascender de forma ambiciosa; se conformó con poco y siguió siendo el consejero del Presidente, ya que habían sido amigos desde jóvenes. Puso la mano sobre mi hombro e intentó adoptar la actitud de un padre preocupado por su cachorro.

—Nadie imaginó que haría daño a Alan.

Gruñí como una bestia.

—Dime una cosa, Jack —me acerqué a él y apoyé mi frente sobre la suya para que no escapara—. ¿Qué habría pasado si esos cabrones se hubieran dirigido a tu hijo?

El bueno de Jack guardó silencio, pero mi trasero terminó besando el suelo cuando el Presidente perdió la compostura. Me empujó con todas sus fuerzas y se quitó la chaqueta de cuero. Vi cómo se remangó las mangas de su jersey y, antes de levantarme del suelo, su mirada intensa se encendió, y me di cuenta de que cometí un error al mencionar al hijo de Kane.

—Si vuelves a mencionar a Jakeb en alguna de tus putas teorías, te corto la polla. Y me da igual que seas tú la persona que elegí para

sucederme el día de mañana —sus puños golpearon con fuerza mi pecho, y me sostenía únicamente por el chaleco de cuero—. Te respeto por quién eres y por quién fue tu padre. Fue un gran amigo, pero no pienso permitir que amenaces a Jack con su hijo. ¿Lo has entendido?

«¡*Ja*!», aparté sus manos y observé cómo su respiración se aceleró al pensar en Jakeb. «*¿Qué diablos te pasa con el muchacho, Kay*?»

Jack se metió en medio de los dos y temió que el Presidente y el Vicepresidente terminaran a golpes por un malentendido. Limpió el polvo de mi ropa y le pidió calmadamente a Kayler que olvidara la estupidez que había soltado. Me aparté de ambos y me acomodé en mi moto mientras terminaba de fumar el cigarro que se me había caído al suelo.

Las horas pasaban y nadie se dignaba a llegar a la hora pactada. Imaginé cómo mataría a Themo Gómez mientras los Bandidos me cubrían la espalda, porque eso pensaba hacer si desfundaba mi arma y le volaba la cabeza a ese chicano que me estaba dando tantos problemas.

La arena de la zona más desértica de IronCliff se levantó, y el siseo desapareció con la llegada de unos todoterrenos que aparcaron delante de nosotros. El Presidente se dio cuenta de que estuve a punto de saltar hacia ellos y me detuvo, extendiendo su mano hacia atrás, y sacudió la cabeza para que no me acercara. Jack fue su refuerzo y esperó a que Themo se aproximara.

—Disculpen la espera, tenía unos asuntos pendientes que resolver.

—Tus hombres atacaron al sheriff —comenzó Kayler—. ¿Por qué?

Gómez se rascó la calva y miró a sus hombres antes de reír.

—Ese chamaco me estaba dando un chingo de problemas. Se mueve más que el gordo de Evers. Quiere tener todo bajo control —dijo, sacando un pañuelo y limpiándose el sudor de la frente—. ¿Y qué onda, por qué chingados trabajan con él?

—¿Trabajar con él? —Jack se cruzó de brazos.

—Tu Vicepresidente lleva noches reuniéndose con el sheriff. Hasta me han dicho que pasa las noches en su departamento —dejó claro que nos estaban siguiendo o que tenía a Alan vigilado para volver a atacarlo—. ¿Es puro trabajo o esos dos traen algo más entre manos?

Todos rieron y en ese momento nadie consiguió detenerme.

—Eres un hijo de puta —quería reclamarle, pero sus armas eran mejores que las nuestras y éramos tres contra seis—. No te creas que saldrás de aquí sin...

Kayler me detuvo.

—Alan es mejor sheriff que Harland —eso me sorprendió—. Hace su trabajo. No podemos cuestionarle nada al muchacho. Fuiste tú quien mató a Evers. Ahora no puedes señalar al nuevo y decir que te está jodiendo por tus propios errores.

—Tienes razón, Presidente. Harland Evers era un hombre que, si le dabas un maletín lleno de lana, volteaba para otro lado. Pero en las últimas veces —se aclaró la garganta, recordando la humillación que sintió con el gordo— me pidió que me fuera de IronCliff. ¿Por qué? No sé. Ya no quería más lana. Solo me dijo que me largara. Que no quería hacer más negocios conmigo.

Noté mi teléfono móvil vibrar en mis vaqueros.

Era Alan.

«*Ahora no puedo atender tu llamada*», me lamenté por tener que colgarle.

—Pero eso no va a pasar con nosotros —le dijo a Kayler antes de ponerse a silbar—. Déjame enseñarte algo.

Llegaron dos camiones blancos y con enormes carteles que publicitaban que había llegado un nuevo producto alimenticio a la ciudad. Nos acercamos hasta el camión más cercano y Themo abrió las puertas para enseñarnos toda la heroína que movió hasta IronCliff.

—Voy a hacer que se hagan jodidamente ricos. Por eso, tengo que pedirles que dejemos lo del sheriff a un lado y nos concentremos en lo que realmente importa.

—Estuviste a punto de matarlo.

—La Lupe no mata a nadie.

Vi como sus hombres se reían.

—No era su intención causarle una parálisis —aclaró Gómez—. Solo espero que se recupere pronto. Si los Bandidos confían en él... ¿por qué no lo haría yo?

Era un puto mentiroso que se estaba riendo de nosotros.

—¿Quieren probarla?

—No —soltó Kayler—. El acuerdo que mencionaste...

Themo lo detuvo.

Le pidió que le acercaran el maletín que había dejado en el asiento trasero de su lujoso vehículo, y con una sonrisa calculada intentó sobornar al Presidente con una oferta de miles de dólares. Mientras él se empeñaba en seducirlo con billetes, yo no perdí de vista la situación. Rodeé los camiones, con pasos cautelosos y rápidos, asegurándome de que no se nos escapara ningún movimiento sospechoso.

Sabía que, si Kayler les pedía que se fueran, tenían que entender que estaban en nuestro terreno, y no toleraríamos ni un mínimo intento de traición. Pero de repente, un sonido seco y resonante surgió del primer camión; era un ruido fuerte que rompió el silencio tenso de la escena, haciendo que mis sentidos se pusieran en alerta.

—¿Qué hay dentro?

Pero nadie me respondió.

—Tu vato sigue faltándome al respeto.

—¡¿He dicho que hay dentro?!

Estaba convencido de haber escuchado el llanto de un bebé, junto a un par de golpes secos.

Kayler y Jack se dieron cuenta de que algo no iba bien y, sin dudarlo, sacaron sus armas para respaldarme. El Presidente se enfrentó a Themo Gómez, y con su tono autoritario, repitió mis palabras.

—¿Qué hay dentro del primer camión?

—La Lupe —su risa ocultó su verdadero terror.

Era cierto que su número superaba al nuestro, pero había algo que me daba confianza; Al menos él caería antes de que tuvieran oportunidad de abrir fuego. Sabía que su líder, Themo Gómez, no tendría oportunidad de reaccionar, porque nos encargaríamos de que no llegara a dar una orden.

—Ábrelo.

—Presidente...

—Ábrelo —fue su última palabra.

Capítulo trece

Alan Clark

Obligué a mi cuerpo a levantarse de la cama. La medicación que me recetó el doctor Keough me dejaba dormido y agotado las veinticuatro horas del día, y eso me irritaba. Aproveché la ausencia de Zeke y, torpemente, me desplacé por el apartamento para fortalecer los músculos que la droga de Themo había destrozado. Llegué a la cocina con la intención de llenar mi taza de café, pero me escapó una risa al darme cuenta de que el motero me había dejado el desayuno sobre la mesa. Supuse que también habría llenado la nevera de comida.

Cogí algo de fruta y me dejé caer en el sofá, mientras el brazo izquierdo no me respondía con normalidad. Dejé la comisaría a cargo de los federales y temí que, con mi ausencia, IronCliff pudiera desaparecer en un simple chasquido. Era una lástima no poder confiar en los demás, ya que el temor de que alguno de ellos pudiera trabajar para Gómez me invadía.

No quería pensar en el caos que dejé atrás, así que sacudí la cabeza y seguí disfrutando del desayuno cargado de proteínas. Me relamí los labios al terminar y me levanté con cuidado para lavar el plato que había ensuciado. Era desalentador arrastrar una de mis piernas, pero era la única manera de sentirme libre y no como el juguete que Zeke usaba a su antojo cuando se aburría.

El timbre sonó, y me tomé con calma el recibir a la persona que estaba al otro lado de la puerta. Aunque eso pareció molestarle, ya que no tardó en golpearla con furia, tal como había hecho Ezequiel unos días antes, cuando pensó que lo estaba traicionando.

—Un momento —dije, en un tono que no llegó a traspasar la puerta.

Los golpes contra la madera me provocaron jaqueca y todo empezó a darme vueltas. Incluso me dieron ganas de vomitar por hacer esfuerzos que no tenía permitidos.

—¿Se puede saber quién…? —me tragué mis palabras al ver a Jody destrozada. No solo su llanto me llamó la atención, también su labio partido y cómo había llegado hasta mi hogar sin zapatos. Se abalanzó sobre mí y me rodeó con sus brazos—. ¿Qué sucede, Jody?

Sentí sus lágrimas empapando mi abdomen.

—Mi hija. Susan. Ella…

Acaricié su cabello para tranquilizarla. Estaba tan nerviosa que no podía organizar sus pensamientos. Le pedí que me acompañara hasta el interior del piso, y nos sentamos en el sofá mientras ella luchaba por articular sus palabras.

—Se han llevado a mi hija. ¡Se la han llevado!

«¿*Un secuestro*?», fue lo primero que se me pasó por la cabeza.

—¿Qué ha sucedido?

—Estábamos en la tienda del señor Hofmeyer. Susan adora los dulces que vende, así que… decidí comprarle uno mientras hacía la compra. Ella es una niña buena, Alan, nunca se habría alejado de mi lado —hizo una pausa para limpiarse las gotas traicioneras de sus ojos—. Recorrimos el pasillo de los congelados cuando dejé de escuchar su voz. Al principio pensé que estaba cansada de tararear la canción que aprendió en la escuela, pero luego me pareció raro. Así que me giré y Susan ya no estaba. Recorrí toda la tienda, y los pocos clientes que había en el interior, no la habían visto.

—¿Hablaste con Ray Hofmeyer?

—¡Por supuesto! —gritó indignada. Y tenía toda la razón; era hija de Harland Evers, sabía desenvolverse sin problema—. Pero ese

hombre se niega a enseñarme las cámaras de seguridad. Dice que ya no soy nadie. Se ha burlado de mí y me ha echado de su negocio.

—¿Eso te ha dicho ese viejo?

Afirmó con la cabeza.

—Sé que no estás bien, Alan. Me contaron lo que te hicieron esos hombres la noche que te dejé tirado… —tragó saliva—. Pero no sabía a quién llamar. Tú eres el único que puede ayudarme.

Cogí aire y le pedí que me acercara mi uniforme.

Jody se lamentó por interrumpir mi recuperación y me ayudó a vestirme, ya que no era capaz de mover el brazo ni la pierna. Cuando me enfundó el arma y arregló la placa, caminé a su lado mientras cuidaba que no cayera por las escaleras.

Por suerte, la tienda de Ray Hofmeyer no estaba lejos, y recuperé el aliento a un par de calles de su negocio.

Cuando el tintineo de la puerta le alertó de que había un nuevo cliente, su sonrisa amable desapareció al verme acompañado de la madre desesperada que había perdido a su hija. Me acerqué a él fingiendo que todo estaba bien y lo interrogué.

—Sheriff… —estaba muy nervioso. Incluso se le escapó una gota de sudor que le nació en la frente y se le deslizó por la mejilla— ¿en qué puedo ayudarle?

—Las cámaras de seguridad.

Acomodó sus temblorosas manos sobre el mostrador.

—No he hecho nada.

—Entonces demuestra lo contrario. Enséñale a Jody Evers dónde estuvo su hija después de alejarse de su lado.

—Por favor…

—Deja de suplicar y muéstrame las cintas.

—No quiero problemas.

—Pues los tendrás —dije, escupiéndole a la cara porque estaba perdiendo la paciencia—. ¡Las cintas, Ray!

—Están en la trastienda.

Le habría pegado un puñetazo, pero guardé esa energía porque sospeché que no estaba solo.

Me acerqué al oído de Jody y le pedí que lo esposara detrás del mostrador. Ray se negó en todo momento, pero se mordió la lengua cuando le enseñé mi arma. Se quedó sentado en el suelo, y yo me dirigí solo hasta la trastienda.

El breve paseo que di estuvo acompañado solo por el sonido de mis botas, hasta que finalmente apoyé la espalda contra la puerta de madera. Un par de siluetas intentaron atacarme como la noche en el callejón, pero antes de que pudieran llevar a cabo lo que los otros dos habían comenzado, les volé la cabeza sin hacerles preguntas.

Escuché los gritos de Jody, incluso el lamento del hombre que había trabajado para ellos a cambio de unos cuantos dólares. Me dejé caer sobre la rodilla buena y revelé los rostros de los bastardos involucrados en la desaparición de la pequeña Susan.

Me levanté torpemente del suelo y revisé las cintas de seguridad hasta que vi todo lo que había ocurrido con la hija de Jody. Mientras su madre realizaba la compra semanal, la niña se detuvo frente a una caja de cereales y, distraída, dejó de caminar por la tienda. Ese descuido fue lo que permitió a esos miserables llevársela, sacándola del lugar bajo la atenta mirada de Ray Hofmeyer.

El problema era que no solo los hombres de Gómez estaban detrás del secuestro, también había un policía involucrado.

«*Sois todos unos hijos de perra*.»

Llamé un par de veces a Zeke antes de contarle la verdad a Jody, pero el motero estaba demasiado ocupado.

Y eso me molestó.

Abandoné la trastienda y, al ver la expresión de mi rostro, sus ojos volvieron a llenarse de lágrimas.

—Sheriff… —no le di tiempo a excusarse.

Le golpeé con la culata de la pistola y cayó inconsciente al suelo. No me importó que estuviera siendo chantajeado; se había convertido en cómplice de la escoria que recorría las calles de nuestra ciudad.

—¿Alan? —me llamó con un hilo de voz.

—La encontraré. Te lo prometo.

—Pero…

La abracé con todas mis fuerzas, intentando darle algo de consuelo.

—Mataré a esos hijos de puta, no me importa si es uno de los nuestros o uno de los suyos. Tienes que confiar en mí, Jody. Quédate en casa. Enciérrate. Olvídate de la ley. Ellos están trabajando con el cártel.

—Mi hija…

—Volverá a ti. Sana y salva.

Desahogó todo su dolor entre mis brazos, y aprovechando el momento, hice una llamada a los únicos que podían ayudarnos.

—Habla con el agente Kahnert.

La idea de recurrir a los federales me caló hondo. No solo era admitir que me sentía impotente, sino también aceptar que había perdido el control de mi ciudad. Pero el tiempo ya no era un lujo que

pudiera permitirme. Si el cártel Gómez se escapaba, todo lo que había trabajado, todo lo que había jurado proteger, se iría a la mierda.

—Kahnert… —dudé por un instante. Estaba al borde del abismo, había perdido demasiados hombres, demasiada gente en mi ciudad —. Necesito que cierren IronCliff. El cártel Gómez está dentro, y tengo a unos cuantos de mis agentes trabajando para él. No puedo permitir que se escapen. Cierren todas las salidas, bloqueen todo.

El silencio al otro lado de la línea me heló la sangre.

Podía imaginar la expresión de Kahnert mientras procesaba lo que acababa de decirle.

—Sheriff Clark, sabes que no suelo intervenir en las ciudades de otros… y menos con la corrupción que mencionas en tu departamento —su tono sonó distante, pero no me dio la espalda—. ¿Estás seguro de que quieres aplicar el código 37B?

—Sé lo que te estoy pidiendo. No es fácil, lo sé. Pero si no lo hacemos ahora, habremos perdido. Y yo… —mordí mi labio, tratando de no sonar débil—. Yo ya no tengo control de la situación. No puedo dejar que huyan.

Hubo una larga pausa, suficiente para que el peso de mis palabras se dejara sentir en el aire. Sabía que él también estaba reflexionando sobre las consecuencias de involucrarse.

Finalmente, Kahnert suspiró.

—Está bien. Cerraré IronCliff. Pero esto no se quedará aquí, sheriff Clark. No me hagas arrepentirme de esto.

Al menos había cedido. Por un momento, pensé que me rechazaría, que me dejaría caer solo en este maldito lío. Pero ahora, al menos, tenía un respiro.

—Gracias, Kahnert. Te lo debo. —Colgué, sin saber si sentía alivio o si simplemente esto era el inicio de algo mucho peor.

Jody me miró y, al ver mi determinación, se dio cuenta de que movería cielo y tierra para encontrar a su pequeña. Solo esperaba que los Bandidos también estuvieran dispuestos a ayudarme.

Capítulo catorce

Zeke Renton

La risa de Themo me sacó de quicio.

—¿A poco no confían en mí?

Nadie respondió.

—No manches, qué lástima. Yo juraba que nos entendíamos bien, pero míranos, viéndonos feo mientras me encajas el cañón en la cabeza.

Se permitió soltar otra carcajada, de esas que enervan a cualquiera; burlona, confiada, casi condescendiente. Con un leve gesto de mano, indicó a sus hombres que bajaran las armas.

Y lo hicieron sin dudar.

Nosotros, en cambio, no.

No éramos tan estúpidos. No nos fiábamos de él. Themo era un hijo de puta que no tardaría en mostrar su verdadera naturaleza; derramar sangre para salirse con la suya.

Se giró hacia Kayler con una supuesta súplica en los ojos, y al Presidente no le quedó otra que guardar la pistola. Lo hizo con un gruñido bajo y un cruce de brazos que delataba su desconfianza.

—Abre el camión —ordenó.

Themo le dio un par de palmadas en el hombro con una familiaridad repugnante. Así que no tuvo más remedio que pedirnos que siguiéramos sus pasos.

—Se lo quería enseñar, pero se asustaron antes de tiempo —dijo, jugando con el candado como si estuviera retrasando el asunto. Su sonrisa de zorro astuto me dejó una mala sensación—. Necesito

que este camión cruce IronCliff sin problemas. Que se desvíe de la ruta en Throttle Point, llegue al Nido Salvaje y siga por Hillstone hasta Thunder Bay. En el puerto, un barco de carga se llevará lo que están a punto de ver.

Cuando el candado cedió y Themo abrió las puertas del camión, la escena me dejó sin aliento.

No era heroína.

Ni un maldito cargamento de armas.

Dentro, había una docena de mujeres cubriéndose el rostro del sol con las manos y los velos que llevaban. Algunas sostenían a sus bebés, quienes apenas se movían debido al sofocante calor dentro del camión.

Un escalofrío me recorrió la espalda.
Kayler no tardó en reaccionar. Lo agarró del abrigo y lo estampó contra la chapa del camión.

—¿Qué hacen todas esas mujeres muriéndose de calor en uno de tus asquerosos camiones? —gruñó entre dientes—. ¡Responde, joder!

Themo no pudo controlar la ira de Kayler, y eso me encantó. Su arrogancia lo tambaleó, pero no fue suficiente.

—Si te fijas bien, esas mujeres no las han recibido con los brazos abiertos en tu país —dijo con una voz empapada de falsa lástima—. Lo único que hice fue darles un lugar mientras arreglan sus papeles. Por eso te estoy pidiendo que dejes que este camión siga su camino y llegue al puerto.

—Si descubro que me estás mintiendo…

—¿Por qué habría de traficar con mujeres de mi propio país? —chasqueó la lengua y trató de suavizar el tono—. Soy hijo de una

mujer que emigró. Nací aquí, pero hablo como ellos. ¿Y eso qué? Siempre he estado orgulloso de ser un maldito chicano.

Escupió las últimas palabras con veneno.

—Kayler —le advertí, porque estaba claro que Themo nos estaba metiendo en algo mucho peor que su heroína.

Jack pasó a nuestro lado y se acercó al camión. Intentó hablar con las mujeres, preguntarles si estaban bien o si necesitaban ayuda… pero ninguna le respondió. Se encogieron contra la pared metálica, se hicieron pequeñas, como si el miedo las hubiese convertido en sombras. Se abrazaban a sus hijos y susurraban entre ellas en un idioma que no entendíamos.

Ese cabrón nos estaba mintiendo.

Estaba seguro.

—Si crees que te he mentido, imagina la cara que puse cuando supe que están trabajando junto al sheriff que no para de complicarme las cosas —Themo se alejó de Kayler y se dirigió a mí con esa sonrisa ladeada que me daban ganas de abofetear—. Denme el visto bueno y dejaré de lado los problemas que tengo con ese sheriff que tanto te interesa.

Apreté los puños con tanta fuerza que los nudillos me crujieron.

Intenté lanzarme sobre él, pero Jack saltó del camión y me rodeó con los brazos en un agarre férreo.

—Tranquilo —murmuró contra mi oído.

Quería que me calmara.

Que respirara hondo.

Que no me metiera en problemas.

Pero no podía. No después de lo que acabábamos de ver.

Kayler se quedó en silencio, pensando.

Si Themo nos estaba mintiendo, ¿qué quería exactamente con esas mujeres? ¿Era bondad lo que tenía hacia ellas… o simplemente había encontrado un nuevo negocio después de darse cuenta de que su heroína ya no era tan rentable?

—¿Qué día? —preguntó de repente.

—Kayler.

Me ignoró.

—Mañana.

Intentó cerrar el trato con un apretón de manos, pero el Presidente ni siquiera se molestó en mover un solo músculo.

Nos quedamos allí, observando cómo Themo se alejaba con la sonrisa de un cabrón que sabía realmente lo que era ser un ganador.

Apreté la mandíbula hasta que me dolió por sentirme traicionado por mis propios hermanos, pero entonces Kayler habló.

—El camión no llegará a Thunder Bay —su voz sonó como el filo de un cuchillo—. Lo detendremos en el Nido Salvaje, acabaremos con los hombres de Themo y dejaremos que las autoridades hagan el resto. ¿Te parece bien, Zeke?

No, no me habían dado la espalda.

Más bien, había decidido sin consultarme para que no estropeara los planes que trazó en silencio.

—Me parece una idea increíble, Presi —respondí, con una sonrisa.

«*Me muero de ganas de darte esta buena noticia, gatito*.»

***

Damon nos recibió en el taller con un nerviosismo inusual en él. Su mandíbula estaba tensa y sus ojos recorrían el espacio, inquietos, como si esperara que alguien más estuviera observándonos. Me agarró del chaleco con urgencia y me empujó hacia el fondo, lejos de los demás, hasta que el ruido de las herramientas y las conversaciones se convirtieron en un murmullo lejano.

—El sheriff está aquí.

Eso me sacó una sonrisa ladeada.

Sentí un latido fuerte en el pecho.

Y, sin darme cuenta, la polla me delató; se me tensó debajo de los vaqueros solo al pensar que mi gatito había hecho el esfuerzo de salir a buscarme.

—No parece muy contento.

—¿A qué te refieres?

Damon levantó la barbilla hacia mi espalda. Me giré justo a tiempo para recibir un puñetazo en la nariz, que terminó siendo el saludo cariñoso del rubio. No tenía tanta fuerza como antes, pero fue suficiente para hacerme tambalear y sentir el ardor inmediato bajo la piel. El crujido sordo me indicó que no me había roto el tabique, pero cuando me pasé la mano por la cara, los dedos me quedaron manchados de sangre.
Sangraba como un puto pervertido después de imaginarme todas las formas en las que podría follarme al sheriff.

—¿Por qué me ignoras?

—Alan…

Lo miré, parpadeando por la sorpresa. Estaba despeinado, con el labio inferior mordido y el ceño fruncido, como si no decidiera si estaba furioso, frustrado o asustado. Arrastraba la pierna con más torpeza de lo habitual y mantenía el brazo pegado al torso, como si con eso pudiera evitar que el dolor lo devorara.

No quería una relación, pero se comportaba como una novia celosa.

Algunos miembros del club se quedaron mirando, y agradecí que el Secretario se los llevara con él. No necesitaba testigos para nuestra discusión. Me agaché a recoger un trapo con grasa y me lo presioné contra las fosas nasales para detener la hemorragia.

—¿Es por la llamada?

—¿Llamada? —frunció aún más el ceño—. Te he llamado quince veces.

—Lo lamento, gatito, estaba ocupado y…

—¿Os habéis reunido con él? ¿Habéis visto al cabrón de Themo Gómez?

Asentí.

—Te juro que estuve a punto de matarlo por lo que te hicieron, pero el Presidente se puso en medio…

Alan me interrumpió antes de que pudiera seguir.

—Escúchame bien, Zeke —me agarró del chaleco y me atrajo con brusquedad, hasta que su aliento caliente chocó contra mi piel —. Ese hijo de puta no solo mueve heroína, también trafica con mujeres.

—¿Qué?

—Las saca de sus países con promesas de una vida mejor. Les vende un cuento de hadas y, cuando llegan aquí, las convierte en

mulas. Les mete su mierda de droga dentro de las vaginas —su voz se tornó más grave, con ese tono rasposo que se le escapaba cuando estaba al límite—. Suele buscar a mujeres que han dado a luz recientemente, para que puedan cargar más gramos en su interior.

Aquella barbaridad me revolvió el estómago.

—Tenemos que acabar con esto. Tienes que hablar con Kayler y ayudarme a detener a ese cabrón de mierda.

Acaricié su mejilla, sintiendo la tensión en su mandíbula.

—Lo haremos. Lo detendremos, pero tienes que relajarte, Alan.

Él sacudió la cabeza.

—Tienen a la hija de Jody. Saben que es alguien cercana a mí. Han ido a por ella para frenarme.

Las imágenes del camión cruzaron por mi mente. Los pocos niños que vi estaban pegados a sus madres… a menos que…

—Sé dónde está.

Alan alzó la cabeza de golpe.

—¿Seguro?

Le agarré la muñeca y lo arrastré conmigo. No iba a dejar que ese bastardo se saliera con la suya.

—¿Confías en mí?

—¿Zeke? —Me detuve con el corazón acelerado—. Confío en ti.

Eso era lo único que necesitaba oír.

Capítulo quince

Alan Clark

Me abrieron las puertas del club, incluso me cedieron el asiento de uno de ellos para que me sintiera parte de los Bandidos. De cara, a unos metros, tenía al Presidente, que se quedó cruzado de brazos al verme aparecer junto a Zeke. Vigiló cada uno de nuestros movimientos y tomó su lugar cuando el resto de los integrantes llegaron.

Eché un vistazo rápido a la sala donde se reunían los moteros. Las paredes estaban cubiertas de placas de motos viejas, fotos descoloridas y parches de clubes que una vez fueron aliados o que terminaron disolviéndose. El humo del tabaco se había incrustado en la madera oscura de la mesa, llena de rayas hechas con navajas y marcas de quemaduras de colilla. Botellas esparcidas por todas partes, algunas medio llenas, otras usadas como ceniceros.

El aire estaba impregnado con el olor a cuero, sudor y gasolina. Contra las paredes, se alineaban sillas destrozadas y un sofá con el tapizado roto. Imaginé que todo ese caos era el resultado de las peleas que tenían entre ellos en las noches de tragos y decisiones que pesaban más que el plomo. En otro rincón, una pizarra llena de nombres y números tachados servía como recordatorio de las cuentas pendientes con el club.

El estandarte de los Bandidos, una calavera con dos llaves inglesas cruzadas para simular huesos, colgaba al fondo, iluminado por una luz amarillenta que te taladraba la cabeza, incluso en pleno día. Y en el centro, la mesa majestuosa que rodeaban con orgullo. Allí se decidía todo, donde no importaba quién eras fuera, sino lo que valías dentro y hasta dónde llegarías por la familia.

—Sé que os sorprende ver al sheriff Clark entre nosotros, pero hemos llegado a la conclusión de que lo mejor para IronCliff es unir

nuestras fuerzas y detener al bastardo de Themo Gómez.

Kayler fue el primero en romper el silencio.

—El chicano me dejó bien claro que necesitaba trasladar sus camiones desde Throttle Point hasta el puerto. Su idea era ignorar la parte este de la ciudad para que los policías no le hicieran preguntas. Así que trazó una ruta donde desviaría los vehículos desde el Nido Salvaje, pasaría por Hillstone y terminarían en Thunder Bay.

—¿Piensa utilizar cargueros?

—Imagino que habrá encontrado la forma de burlar a la guardia costera.

—¿Y cómo podemos detenerlos? —volví a preguntar—. He conseguido algo de ayuda externa, pero no me fío del todo. Se supone que nadie podrá entrar ni salir de IronCliff, ni siquiera Themo.

Kayler se encendió un puro antes de soltar su plan.

—Los Bandidos nos ofreceremos como escolta. Partiremos del taller y los llevaremos hasta el Nido Salvaje. No vamos a seguir la ruta que Themo marcó. En cuanto crucemos Hillstone, haremos que los camiones se desvíen por la vieja carretera de las minas. Ahí, en la curva antes del puente roto, los nuestros estarán listos.

—¿Cómo los detenemos? —preguntó uno de los veteranos, apoyando los codos en la mesa.

—Les cerramos el paso con un tráiler atravesado en la vía. Una vez atrapados, los que iremos en moto cubriremos la retaguardia y, antes de que puedan sacar las armas, les volamos las llantas. No hay forma de que esos cabrones avancen sin ruedas.

Nadie dijo nada.

Sabían que no había vuelta atrás.

Y estaban de acuerdo con su Presidente.

—¿Y los hombres de Themo? —preguntó otro.

Kayler sonrió, todavía con el puro entre los dientes.

—Los que suelten las armas vivirán. Los que no… bueno, van a terminar hechos mierda en el asfalto.

—¿Y qué hay de las chicas? —intervine, cruzando el brazo que todavía podía dominar.

—Abrimos los remolques en cuanto terminemos con la escoria de Themo. Las subimos a la camioneta que llevará Henry y nos largamos antes de que lleguen los federales. Los camiones y los cuerpos se quedan en la carretera, y ese será el puto mensaje que le enviaremos a Themo Gómez.

La sala guardó silencio mientras el único sonido era el del puro consumiéndose entre los dedos de Kayler.

—Nosotros ponemos las balas —volvió a tener toda mi atención — y tú te aseguras de que tus amigos no nos jodan. ¿Hay trato?

Me levanté, aguantando el dolor que azotaba mi cuerpo, y me acerqué hasta él para estrecharle la mano. Kayler sonrió y aceptó el apretón que le ofrecí.

—Lo hay.

Salimos de la sala y Zeke me detuvo antes de que me perdiera de vista. Miró mi brazo y la pierna que seguía arrastrando, sin fuerzas todavía por la mierda de heroína que me hicieron respirar.

—Quédate en casa. Tienes que descansar.

—Tengo que encontrar a la hija de Jody —insistí—. Se lo prometí.

—¿Puedes sostener tu arma?

Solté una carcajada amarga.

—Por supuesto que sí.

Zeke negó con la cabeza y tiró de mí para encerrarme en una de las habitaciones del club.

Pasé por alto el colchón tirado en el suelo, cubierto por unas sábanas que ya no podían disimular la mugre acumulada. El aire estaba denso, impregnado con el olor a tabaco rancio, sudor y cerveza derramada. Las latas aplastadas y las colillas arrugadas seguían siendo parte de la decoración de esos moteros. La mesa, coja por lo vieja que estaba, estaba llena de herramientas del taller y trozos de metal que olvidaron en uno de sus reencuentros calientes.

Las paredes estaban cubiertas por pósteres ochenteros de mujeres desnudas, algunos ya despegándose por la humedad. Sobre la cómoda, había un paquete de condones sin abrir y otros usados, arrugados, como si nadie se hubiera molestado en limpiarlos.

Una chaqueta de cuero descansaba sobre una silla rota, y una pistola olvidada en la mesita de noche acompañaba un vaso con restos de alcohol.

Zeke pateó un par de cosas para hacerse sitio y se dejó caer en una de las sillas. Esperó a que lo siguiera, pero me quedé quieto, observando aquel escondite de los moteros.

—Demuéstrame que eres útil.

Alcé una ceja, confuso, y di un par de pasos más hasta que mis botas tocaron sus zapatillas.

—¿De qué me estás hablando?

—Agáchate, Alan.

—Te has vuelto loco.

Intenté apartarme, pero Zeke me detuvo.

—No es una habitación cinco estrellas, pero es el lugar más íntimo que podemos tener los Bandidos en el club.

Se me escapó una risa tonta.

—¿Crees que si te la chupo te demostraré que estoy capacitado para ir con vosotros?

—Inténtalo.

Era un cabrón.

Y estaba disfrutando del momento.

Y yo, como un idiota, terminé arrodillándome en ese cuarto tan repulsivo.

Acarició mi mejilla y rozó mis labios con su pulgar.

—Chúpalo.

Si verme sacar la lengua para lamer uno de sus dedos lo ponía cachondo, no era mi problema arruinarle sus fantasías más intensas. Manteniendo contacto visual con él, lo chupé como si fuera su polla; al fin y al cabo, eso era lo que Zeke quería.

Mientras lo recorría con mi lengua, sus ojos se entrecerraron y un suspiro se le escapó, dejándome claro lo excitado que estaba.

—¿Vas bien? —preguntó, al darse cuenta de que estaba luchando por mantener las rodillas clavadas en el suelo. Mordí su pulgar y asentí. Zeke estiró su zapatilla hacia mi entrepierna y estimuló una polla que ya estaba a punto de estallar. —¿Por qué no aceptas que todo esto te gusta?

Solté una risa nerviosa.

—¿No te cansas de humillarme?

—Lo dices como si te hubiera expuesto ante el club, follado frente al Presidente y tatuado mi nombre en tus nalgas para que a nadie se le ocurriera tocarlas.

—Eres demasiado posesivo. Así no conseguirás una relación.

¿Por qué había dicho eso?

Zeke me cogió por la camisa, la arrugó entre sus dedos y se acercó a mi boca.

—Eres un cobarde.

—No empieces, Zeke.

—Tienes miedo a enamorarte.

La marihuana que fumaba lo estaba dejando más tonto de lo habitual. Me levanté a regañadientes del suelo y me dirigí al pequeño cuarto de baño para arreglarme. Zeke me siguió con la mirada, pero no se acercó.

—Todavía no hemos terminado.

Apreté la mandíbula y lo miré por encima del hombro.

—¿Quieres ver de lo que soy capaz, incluso estando medio inútil? —cuando asintió, le tendí el brazo por detrás—. Ven.

Ya estaba harto de que se creyera dueño de mi cuerpo, así que lo tomé por los pantalones y lo empujé hasta el lavabo. Nos miramos intensamente mientras le quitaba el cinturón de los vaqueros y presionaba el botón que liberaría esa prenda que siempre me costaba arrancarle.

—Gírate.

—¿Qué vas a hacer, gatito? ¿Follarme?

Acepté en demasiadas ocasiones que me gustaba tener sexo con él.

Tal vez porque lo conocía y una parte de mí echaba de menos esa amistad que destruí. Como los dos éramos unos cabrones, no hacía falta ser gentiles para liberar la frustración que ambos cargábamos desde hacía semanas.
Incluso pasé por alto que intentó matarme cuando pensó que trabajaba para Themo, para luego terminar follándome.

—¿Alan?

Volví a arrodillarme y abrí su trasero para lamerlo. Zeke no era tan delicado como las mujeres con las que estuve antes; él tenía vello y su cuerpo estaba lleno de músculos.

Colocó sus manos sobre el lavabo y jadeó cuando la punta de mi lengua tocó los pliegues de su culo. Mi polla se sintió asfixiada dentro del uniforme, y tuve que soportar el dolor de la cremallera metálica, ya que no podía tocarme.

—¿Te has… vuelto loco? —preguntó, con la voz entrecortada.

El único que me decía que no servía para nada era él… o al menos lo insinuaba.

Seguí recorriendo esa parte que reclamaría con mi miembro y lo lubriqué hasta que comenzó a estremecerse. Ese cabrón necesitaba algo más grande y largo para correrse. Así que dejé de jugar con mi lengua y me coloqué detrás de él, respirando su perfume mientras acariciaba su cabello.

—Creo que todos nuestros encuentros serán así de rápidos y descontrolados —nos miramos a través del espejo—. De alguna forma, estamos mirando a la muerte y pidiéndole media hora para echar un polvo —lamí su oreja y sonreí—. En el fondo, me gusta.

—Pues si te gusta, empieza a follarme de una puta vez, porque mis hermanos nos están esperando ahí fuera.

Liberé mi polla y la froté entre sus nalgas. Cuando llegué al punto que quería taladrar, los gemidos de ese cabrón comenzaron a

resonar por todo el cuarto. Me fui hundiendo poco a poco, mientras me enredaba en su cabello para moverme y provocarle algo de dolor.

Envolvió mi polla con su culo y moví las caderas con la poca fuerza que me quedaba. Giró su rostro para que silenciara sus jadeos con mi boca, y lo besé con la misma desesperación con la que lo follé.

—Tengo que aceptar que me gusta muchísimo cómo me ordeñas con tu culo.

Seguí moviéndome con más fuerza, balanceándome hacia adelante y hacia atrás, mientras él se aferraba en el lavamanos.

Zeke soltó una mano y la pasó por debajo de mi espalda para pegarnos un poco más.

—Pienso arrancarte la polla si no consigues correrte —dijo, ejerciendo presión en su trasero.

El cabrón tenía razón.

Me retuvo dentro de él, lo que me hizo girar los ojos. Cogí aire, acomodé mi barbilla en su hombro y lo penetré con más fuerza, tocando su próstata. Estaba cada vez más cerca, y cuando lo conseguí, sus gemidos y espasmos me indicaron que iba por el buen camino.

—¿Vas a correrte, Zeke?

Quería aferrarme a su polla y detener el orgasmo para que fuera más placentero, pero el castigo que estaba viviendo por culpa de Gómez solo me dio fuerzas para mover mi cintura, mantener mi peso con la pierna derecha y un brazo, que me aferró a su cuerpo.

—Sigue… follándome.

Mordí su cuello, como él había hecho tantas veces, y bombeé mi polla dentro de él hasta que su espalda se arqueó y su semen

salpicó hasta el espejo. Lo tomé por el cuello mientras recuperaba el aliento y gruñí, saliendo de él y me corrí sobre su preciada chaqueta de cuero.

—¿No lo has hecho dentro?

Cuando recuperé el aliento, le respondí.

—Lo dices como si no hubieras saboreado suficientemente mi esperma.

Se giró sobre sus zapatillas y me plantó cara.

Su mano subió hasta mi cuello, presionó sus dedos y terminó besándome.

—Es verdad, gatito. No nos pega follar de forma romántica.

Estábamos jodidos.

Demasiado jodidos para ser dulces el uno con el otro.

Capítulo dieciséis

Zeke Renton

Detuve a Alan antes de que saliera por la puerta; no podía subirse a mi moto con ese uniforme marrón que estaba destrozado. Saqué de la cómoda algo de ropa limpia y, cuando se puso los tejanos y la camiseta blanca, le pasé una de las cazadoras del club. Mientras estuviera con nosotros, debía parecer uno más. Agradecí que no protestara y salimos al encuentro de los demás.

Los hermanos revisaban sus armas mientras se acomodaban en sus motos. El ambiente estaba cargado, denso con la anticipación de la pelea que se avecinaba.

—Nosotros rodearemos IronCliff —le dije a Kayler—. Alan avisará a los federales. Detendremos los camiones de Themo Gómez.

El Presidente asintió con la cabeza y se montó en su moto.

Cuando Alan rodeó mi cintura con sus brazos, arranqué el motor y aceleré. Teníamos que llegar a Throttle Point antes que ellos. La carretera era un borrón bajo nuestras ruedas y, cerca de Dust Hollow, nos encontramos con un par de federales patrullando la zona. Escucharon a Alan con atención antes de informar a su superior Kahnert. Con la luz verde de los federales, nos reunimos con los demás antes de que el cártel lograra avanzar.

Tal y como explicó Kay, Myrton bloqueó la única vía de escape clara. Obligados a buscar una alternativa, los hombres de Gómez discutieron entre ellos.

—Tienen que desviarse por la vieja ruta de los mineros —informó uno de nuestros vigías.

—¿No crees que sospechan de vosotros? —me preguntó Alan, sin apartar la vista de los camiones.

Adrik y Damon intentaron convencer a los hombres de Gómez de que no podían sacar el tráiler, pero los cabrones no eran idiotas. Se miraron entre sí, sopesaron las opciones y sus manos tantearon el interior de sus cazadoras. Lo vi venir antes de que ocurriera. John también.

El estruendo de los disparos retumbó cuando las balas de John perforaron las ruedas de los camiones. Los de Gómez se lanzaron a cubrirse y la emboscada estalló en cuestión de segundos.

—Quédate aquí. Volveré enseguida.

—Zeke —Alan se bajó de la moto—, ese no era el trato. Voy contigo.

—Sigues con dolor, gatito. No olvides lo que ha pasado hace un rato.

—Iré. Digas lo que digas.

Me dieron ganas de agarrarlo por la chaqueta, empujarlo contra el retrovisor y hacer que se mirara la cara. Estaba jodido, con el dolor escrito en cada gesto, pero no se iba a rendir. Lo conocía demasiado bien. Aunque su cuerpo estuviera adormilado por las pastillas, eso no iba a detenerlo.

Apreté su cabello entre mis dedos y me acerqué lo suficiente para que me escuchara claro.

—No me importa lo que quieras. Las órdenes de Kayler están por encima de todo esta noche.

Apretó la mandíbula, pero no replicó.

—Sospechan de vosotros —volvió a insistir—. Si no los atacáis ahora…

El estallido de nuevos disparos le cortó la frase. Los de Gómez abrieron fuego contra Damon y Adrik. Por suerte, nuestros hombres estaban preparados. Se cubrieron y respondieron con precisión. Alan

me lanzó una mirada de advertencia, con esa jodida sonrisa que gritaba: ¡*Te lo dije*!

Saqué mi arma y apreté el gatillo. Los disparos iluminaron la noche mientras nos asegurábamos de mantener el tiroteo lejos de los camiones. Sabíamos lo que había dentro y no íbamos a arriesgar vidas inocentes. Aun así, algunos de los hombres de Gómez que intentaron rendirse acabaron muertos por sus propios compañeros, usados como escudos humanos.

—Hijos de puta —murmuré entre dientes.

Cuando la última bala calló y el silencio se asentó sobre la escena, nos apresuramos hacia los camiones. Ayudé a Alan a bajar por la cuesta, sujetándolo por el brazo mientras maldecía con cada paso. Tenía que joderle estar tan débil, pero al menos seguía en pie.

—¿Te encargas tú de buscar a la niña? Damon y Adrik te cubrirán. Iré a hablar con Kayler.

Asintió y nos separamos. Mientras el Presidente inspeccionaba la zona con desconfianza, los demás ayudaban a las mujeres a bajar. Sus gritos y el llanto de los niños llenaban el aire, una melodía cruel que dejaba claro que, aunque habíamos ganado la pelea, la guerra seguía destrozando a los más inocentes.

Los hermanos repartieron mantas y agua, intentando calmar a las mujeres. Alan se dejó caer sobre una caja, masajeando su pierna con una mueca de dolor. Hizo una llamada y supe que los federales no tardarían en llegar.

—¿Dónde crees que está ese cabrón?

—Más cerca de lo que creemos —respondí, con los dientes apretados—. Deberíamos haberle parado los pies hace mucho tiempo.

—Lo importante es que lo hemos hecho —intervino Jack, acercándose—. El sheriff te está llamando.

Alan seguía buscando a Susan después del breve descanso que hizo y revisó cada rincón con el ceño fruncido.

—¿Han visto a esta niña? —enseñó una fotografía—. Es rubia, con el cabello ondulado.

Las mujeres negaron con la cabeza, sin titubear.

—¿Alan?

—No está. La niña no está.

El vacío en el pecho me aplastó como si fuera una maldita roca.

No podía ser.

Inspeccioné cada rincón, levanté cajas y revisé debajo de los asientos, ignorando el hedor de orina y miedo impregnando el aire. Alan alzó la voz, llamando a la niña por su nombre, pero nadie respondió. La pequeña Susan Evers no estaba.

—Mierda… —el pánico empezaba a hervirme en la sangre.

Alan seguía insistiendo a las mujeres cuando lo agarré del brazo, deteniéndolo antes de que perdiera el control.

—Le prometí que la encontraría —murmuró, con una intensidad que me jodió más de lo que esperaba.

—Y lo haremos —afirmé, sin lugar a dudas.

Un leve hilo de esperanza iluminó la noche cuando una de las mujeres, la única que hablaba nuestro idioma, levantó la mirada.

— La vi. Vi a la morrita.

—¿Dónde está? —Alan se adelantó un paso.

—Está con él. Themo la tiene. Se esconde en la zona industrial, cerca de Thunder Bay.

Me tensé de inmediato.

«*Por supuesto*.»

Ese cabrón estaba ahí, esperando los camiones. Alan empezó a alejarse, pero lo detuve por el brazo.

—¿Adónde vas?

—A buscar a la niña.

—No puedes ir solo. ¿Te has vuelto loco?

Alan me miró con una furia inquebrantable.

—Nos necesita, Zeke. No sabemos de lo que es capaz ese hombre. ¿Lo entiendes?

No, el que no lo entendía era él.

Themo Gómez nunca se preocupó por la mercancía de esos camiones. Lo que realmente quería sacar de IronCliff… estaba en Thunder Bay.

Capítulo diecisiete

Alan Clark

No tenía planeado asaltar el hospital, pero necesitaba algo que me diera más fuerza y aliviara esa pesadez en mis extremidades. La puerta trasera no tenía mucha seguridad, lo único que encontré fue una cerradura vieja y un candado mal puesto. Me aseguré de que nadie me viera y entré. El olor a desinfectante y látex me recibió, mareándome un poco.

Por suerte, sabía exactamente a dónde ir. La sala de suministros estaba al final del pasillo, después de la estación de enfermeras. Mi cuerpo todavía arrastraba los efectos de la droga que me habían obligado a inhalar. Cada paso parecía que caminaba a través de arena movediza, con un hormigueo recorriéndome los pies y un peso insoportable que me impedía moverme. Empujé la puerta con el hombro y comencé a revisar los estantes con la mano temblorosa.

Justo cuando encontré lo que buscaba —un vial que prometía darme algo de energía—, escuché una tos detrás de mí. Me giré con el frasco aún en la mano, y, preparado para soltar la primera excusa que se me ocurriera, terminé mordiéndome la punta de la lengua. No tenía sentido intentarlo. El doctor Keough estaba apoyado contra la puerta, con los brazos cruzados bajo el pecho y una sonrisilla burlona que me dejó claro que no estaba furioso por el delito que estaba cometiendo.

—Te dije que iría a visitarte —me recordó las palabras que me soltó el día que me dio el alta—. ¿Te morías de ganas de verme o qué?

Solté un suspiro y dejé el frasco sobre la mesa más cercana.

—No soporto el dolor, Chris.

—Imagino, pero te lo advertí. No será fácil. Serán unas semanas agotadoras…

—Lo necesito ya —le rogué.

El hombre que compartió escuela con Ezequiel y conmigo echó un vistazo al pasillo antes de entrar a la sala. Me pidió que me sentara en el taburete y comenzó a buscar entre los viales uno que pudiera hacerme efecto. El pelirrojo, ese chico tímido que siempre se ocultó detrás de su hermano mayor, empezó a ser más sociable cuando juró que ayudaría a todo el que lo necesitara, sin importar las consecuencias para él.

—Adrenalina —dijo, mostrando el frasco—. Necesitas un estimulante de energía. No será mucho tiempo, pero creo que treinta minutos será suficiente para ti.

—Han secuestrado a la hija de Jody. Sé dónde está, pero necesito ser el de siempre para enfrentarme a ese cabrón —le extendí el brazo y esperé a que me lo inyectara—. Te lo suplico, Chris. Eres el único que puede ayudarme.

Presionó la jeringa en la membrana del frasco y la llenó.

—¿Qué pasa con Zeke? —preguntó, sin recibir respuesta—. Durante las horas que estuviste inconsciente, fue el único que se quedó a tu lado y me amenazó de muerte si no te salvaba la vida.

—Es un idiota.

—Un idiota enamorado.

¿Por qué estábamos teniendo esa conversación?

Golpeé mi vena para que se diera prisa, pero Chris Keough quería ablandarme el corazón con la bondad de Ezequiel.

—¿No deberías estar furioso con él? Te amenazó con una pistola.

Su risa me desconcertó.

—Seax se lo impidió. Nunca me imaginé que la culata de una pistola se sentiría tan amenazante cuando te la presionan en la sien.

«¿*Qué diablos*…?» pensé, dándome cuenta de que Zeke había perdido la cabeza.

—Cuando lo pille… —gruñí.

—Deberías darle las gracias —me inyectó la adrenalina y tomé aire, dejándome invadir por la energía que tanto ansiaba—. Es un buen tipo. Da miedo y es un poco mal hablado, pero parece un buen hombre.

Me levanté del taburete y coloqué mi mano sobre su hombro.

—El problema es que tú ves el lado bueno de todas las personas. Eres el hombre más bondadoso que he conocido en IronCliff —le dije con franqueza—. Ten cuidado, Chris. Vigila incluso tu propia sombra.

Antes de que pudiera irme, el pelirrojo me detuvo. Escondió una dosis extra de adrenalina en su chaqueta de cuero y me pidió que tuviera cuidado. Incluso me hizo prometerle que, cuando todo terminara, lo visitaría para una revisión exhaustiva.

Arranqué el coche con el mismo cuidado que tendría al manejar cualquier situación delicada, ya que no quería matarme en el camino. El motor rugió y mis manos se aferraron al volante. Tan pronto como tomé la carretera, algo comenzó a cambiar; la adrenalina se convirtió en una sensación familiar, llena de energía repentina. Calentó mi cuerpo como una llama acariciando la piel, y mis sentidos se agudizaron. Aunque mis músculos seguían tensos por el agotamiento, la inyección de fuerza me dio algo más de concentración.

Las curvas parecían más definidas, y los faros a lo lejos brillaban con una intensidad inesperada. La carretera dejó de ser un simple

espacio físico y se convirtió en un desafío que podía dominar. Mi respiración se aceleró, pero no fue un problema. Mi mente seguía alerta, despierta, absorbiendo todo lo que ocurría a mi alrededor.

Pero lo sabía, no podía confiarme. Esa energía desaparecería pronto. El tiempo se agotaba y, aunque la adrenalina me mantenía en pie, no podía ignorar el desgaste que dejaba atrás. El dolor que intentó tomar el control de mi cuerpo lo dejé atrás, igual que el cansancio. Cada kilómetro me acercaba más a Thunder Bay, y con ello, el propósito seguía firme, empujándome a seguir.

«*No te escaparás de mí, Themo*.»

Cuando llegué, me oculté detrás de un viejo vehículo que habían dejado sin ruedas. La mujer que comprendió mi desesperación tenía razón; Gómez se escondía en una de las naves de Thunder Bay. Varios de sus hombres cargaban cajas en un carguero que no estaba siendo vigilado. La idea no era llevarse a esas personas con él, su propósito era desaparecer para que nadie lo detuviera.

Y se burló de todos nosotros.

Del sheriff.

De los federales.

Y hasta de los Bandidos.

Tomé el arma con la mano firme, apuntando a uno de ellos, listo para amenazarlo y ganar algo de ventaja. Pero, en un momento de distracción, bajé la guardia. El leve movimiento no pasó desapercibido, y antes de que pudiera reaccionar, sentí la presión de una mano sobre mi hombro. Un golpe seco me alcanzó en la cabeza, y todo se desmoronó en un segundo.

La oscuridad me envolvió antes de que pudiera entender qué había sucedido.

***

Abrí los ojos al escuchar la voz de Zeke. Por un momento, pensé que estábamos de vuelta en mi apartamento, desnudos sobre la cama, hablando como siempre, recordando viejos tiempos. Sonreí sin querer y estiré la mano, esperando tocarlo, pero la voz no estaba tan cerca como imaginé.

Cuando mi vista se estabilizó, el corazón me dio un vuelco. Zeke estaba de pie frente a Themo Gómez. Mientras el motero se justificaba por la detención de los camiones, el cártel le ofrecía más dinero, como si pudiera comprar su silencio y hacer que todos esos problemas desaparecieran de una maldita vez.

A pesar de estar tirado en el suelo, algo me obligó a moverme. El llanto de una niña me cortó la respiración. Con esfuerzo, logré ponerme de pie, cuidando cada movimiento. La hija de Jody seguía viva, arrinconada en una jaula, temblando del frío del puerto, mientras el aire gélido la rodeaba.

—Tsh, niña —conseguí su atención. La pequeña Susan tenía los ojos rojos y llenos de lágrimas que no dejaban de humedecer sus pálidas mejillas—. Soy el amigo de mamá. Mi nombre es Alan…

—¿El sheriff?

—Exacto —intenté desatarme de la cuerda que apretaba mis muñecas mientras hablaba con ella—. Pronto volveremos con mamá. Te lo prometo.

—Tengo frío.

—Lo sé, pequeña. Tienes que aguantar.

—Tengo miedo.

Conseguí tirar de un extremo y, cuando escabullí mis manos, Themo descubrió que la pequeña había dejado de llorar y que el agente de la ley que apresaron estaba más consciente de lo que se podía imaginar.

—Nunca me libro de ti. Parece que el destino me está diciendo que te despache. ¿Qué opinas, Vicepresidente? ¿Le doy fin a este asunto?

Zeke no respondió.

Le costó tragar saliva y clavó sus doloridos ojos verdes en mí.

«*¿Qué estás haciendo, Ezequiel*?»

—Si quieres matarme, deja que la niña vuelva con su madre.

—¿Crees que soy idiota, sheriff?

—Nadie piensa que seas idiota, Themo. Más bien, te has reído de todos nosotros. Has conseguido manipular a mis hombres, trabajar con los moteros y seguramente despistarás a la DEA y a la Guardia Costera —logré sentarme en el suelo y mantenerme firme ante ellos—. Su madre lleva días buscándola. Esa mujer no tiene culpa de lo que ha pasado entre nosotros. Es inocente.

—Sé que lo es, pero la necesito hasta que subamos todo el cargamento. Cuando termine, te doy mi palabra, que la niña regresa con su mamá. Ella está bien. No le hicimos nada.

Themo le pidió a uno de sus hombres que se llevara a Susan al coche para que descansara y se acercó a Zeke para reírse de los dos. No se fiaba de él, así que lo puso a prueba.

—Hoy no se muere. Y eso depende del Vicepresidente —lo empujó hasta mí y Zeke tuvo que mirar hacia atrás por encima de su hombro—. Golpéalo. ¿Quieres que siga vivo? Pues derrama un poco de sangre. Déjame bien claro que los Bandidos están conmigo.

Ezequiel cerró los puños con tal fuerza que sus nudillos se pusieron blancos. Intentó negar con la cabeza… buscando una forma de despertar de ese mal sueño que estaba viviendo.

Sin los efectos de la adrenalina bombeando en mi sistema, sabía que, si me golpeaba, no sobreviviría. Cada golpe de su parte podía ser el último. Pero la otra opción era mucho peor; si no lo hacía, el cártel no dudaría en atravesarme la cabeza con una bala.

Se acercó con pasos lentos y luchó por mantener la mirada fija en la mía. Los ojos de Ezequiel brillaban con una mezcla de dolor y desesperación. Finalmente escogió la decisión más difícil que jamás habría imaginado tomar en relación conmigo. Apretó los puños hasta que sus dedos se hundieron en la carne de sus palmas y, con la fuerza que pudo controlar, los descargó sobre mi espalda.

El impacto me pegó al suelo y el dolor se extendió por mi columna. Fue un dolor intensamente agudo, como si mis huesos estuvieran gritando hasta destrozar mi piel. Me retorcí mientras él se mantenía erguido, respirando entrecortadamente. Luchó para seguir adelante con el papel que le había tocado desempeñar esa noche.

—Sigue —le pidió Themo.

La tensión en el aire se volvió más densa de lo normal.

«*Hazlo*», pensé. «*O moriremos los tres*.»

Ezequiel echó el brazo hacia atrás y, a una velocidad que no vi venir, golpeó mi mejilla. El dolor se disparó por todo mi cráneo y la visión se desvaneció por un segundo. Cuando todo dejó de darme vueltas, Zeke lo enfrentó.

—¿Ya te has divertido?

Gómez soltó un bostezo y le tendió su arma.

—He cambiado de opinión. Mátalo, ya.

—¿Qué?

—Ahora.

—Dijiste…

—Si me vas a llevar la contraria, será mejor que lo haga yo.

Zeke no dudó ni un segundo en evitar que Themo fuera el que acabara conmigo. Con una rapidez feroz, le arrancó el arma de las manos, dejando claro que sería él quien terminaría lo que había comenzado por culpa del cártel. Su cuerpo se tensó ante la decisión. La intensidad de su mirada lo decía todo; no había marcha atrás. Me quedé ahí, quieto, sintiendo una extraña tranquilidad al saber que, si llegaba el momento de que alguien terminara con mi vida, sería Ezequiel quien lo hiciera. Al menos eso me daba algo de paz, por irónico que fuera.

—¡Mátalo!

—Lo lamento, gatito —me susurró.

Cerré los ojos y esperé a que la muerte me abrazara.

Capítulo dieciocho

Zeke Renton

El arma pesaba más de lo normal en la mano; el frío metal me recordó que la persona que estaba tirada en el suelo me importaba más de lo que podía imaginar Themo Gómez. Por primera vez en muchos años, supe lo que era vivir el miedo en primera persona. Estaba la posibilidad de que, si no apretaba el gatillo, el par de hombres que seguían vigilando la espalda del cártel nos mataría a los dos junto a la niña de Jody. Así que me tomé mi tiempo para analizar la situación y cogí aire antes de actuar.

Podía matar a los dos hombres, hacerle una señal a Alan y que este saliera detrás de la niña mientras me abalanzaba sobre Themo. O, simplemente, podía matar a ese cabrón y la posibilidad de saborear las balas ascendía a un noventa por ciento. Así que opté por la que salvaría a mi gatito de ese mierda final que intentaron darnos.

Era el Vicepresidente de los Bandidos de Carretera, por encima de todo era Ezequiel Rento, un hombre que eligió al rubio que estaba a unos metros de mí por encima de muchas personas.

Alan me miró impaciente, pero no borró esa sonrisa forzada con la que intentó decirme que todo estaba bien; que no iba a juzgarme si apretaba el gatillo y que estaba dispuesto a rendirse si salvaba a la niña. Me jodió muchísimo el que pudiera pensar que me había convertido en el perro de Themo, pero al igual que él, solo me presenté en el puerto para convencer a ese hijo de puta que la pequeña tenía que volver con su madre.

Solo quería salvarle la vida. Mi único plan para los tres era salir de allí sin heridos. Aunque, lamentablemente, tuve que dejar unos cuantos cuerpos sin vida.

Presioné las puntas de mis zapatillas en el arenoso suelo de la fábrica, y con un movimiento de muñeca perfectamente calculado, disparé dos veces; el hombre de cabello rizado fue el primero en caer. El pobre acabó con un boquete atravesando su cráneo junto a la cicatriz que le hicieron sobre el ojo. El otro se tambaleó hasta Themo y se arrodilló en busca de aire porque le disparé en el cuello. Miré por encima del hombro antes de lanzarme sobre Gómez, y le pedí a Alan que saliera para que buscara a la niña.

—Maldito… —dijo, mientras ayudaba a su hombre a levantarse.

No lo consiguió. El grandullón con tatuajes en el rostro, perdió la vida cuando la sangre que salía a borbotones de su cuello creó un pequeño charco bajo sus rodillas. Observé cómo Alan caminaba patosamente hasta la salida y aproveché la distracción de Gómez para cogerlo del cuello.

—Tú.

—Yo —sonreí—. Debí de haberte matado hace muchísimo tiempo. El problema lo tuvimos todos por dejarte mover por la ciudad con tu mierda de heroína. Aunque ya terminó todo. Estás jodido, Themo Gómez.

Se dio el lujo de reír mientras el terror se apoderaba de sus expresiones faciales. Luchó contra mi fuerza y acabó arrodillado junto a los cuerpos de sus hombres. Su insignificante fuerza se limitó en un par de arañazos y unos cuantos gritos para que le devolviera su arma dorada.

—¿Tus últimas palabras?

—Vete al infierno.

Al principio quise que se fuera rápido como los otros dos, pero después cambié de opinión. Me lamí los labios ante la satisfacción que me provocó el saber que podría hacer lo que yo quisiera, y tumbé su cuerpo para humillarlo.

—¿Estás seguro?

—¡Que te chinguen! ¡Que los chinguen a todos!

Ahí tuve la segunda respuesta.

Froté su rostro con la sangre de los otros bastardos y me despedí de él.

—Tienes razón, Themo. Los cabrones como nosotros nos volvemos a ver el infierno. Buena suerte.

Gómez intentó insultarme, pero el golpe que recibió hizo que se mordiera la lengua y se tragara ese trozo de músculo que no le ayudó demasiado.

Golpeé su cabeza con mi zapatilla y no sucedió nada más allá del silencio. El segundo golpe ablandó el cráneo y el tercero empezó a ceder. En vez de una cabeza humana, se convirtió en una sandía que estalló en el quinto porrazo. Sus ojos, trozos del cerebro que salieron por todas partes, dejaron a un cártel sin rostro.

Tuvo una mala muerte porque él mismo me pidió a gritos cinco minutos de agonía hasta que dejó de respirar.

Me limpié las deportivas antes de abandonar el lugar y, cuando escuché los disparos de las AK-47, agradecí que mis hermanos se encargaran de los otros hombres que seguirían con el negocio de ese bastardo. Los gritos llenaron las estrechas calles de Thunder Bay y la sangre llegó hasta el puerto.

La caída del cártel Gómez se hizo inmediata, y aproveché que estuvieran inspeccionando el lugar para buscar a Alan. Lo hallé en el interior del vehículo que utilizó Themo para desplazarse. Se encontraba abrazando a la niña que seguía asustada por todos los disparos que tuvo que escuchar. Acarició su cabello mientras que ella le pedía volver con su madre y me arrodillé ante ellos para prometerles que todo había acabado. La pequeña Susan me miró a

través de sus enormes ojos azules y limpié el par de lágrimas que derramó todo ese tiempo.

—Alan… —aunque moría de ganas de llamarlo gatito. —Lo siento. No quería hacerte daño…

Abrazó a la niña mientras que esta se le quedaba dormida en el pecho y extendió el brazo para que me acercara hasta él.

—Estoy vivo gracias a ti. Así que haz el favor de no decir ninguna tontería. Ha habido ocasiones en las que no confiaba en ti —confesó, con cansancio por todo lo que habíamos vivido—, pero eso no sucedió cuando te vi sosteniendo el arma. Sabía que, si moría, la pequeña y tú estaríais a salvo. Y eso me dio paz.

Seguí sintiéndome un mierda por destrozarle la espalda con todos esos golpes, pero si él me decía que no dijera nada más era porque comprendió que mis intenciones eran buenas y jamás se me pasó por la cabeza hacerle daño.

—Alan… —volví a susurrar su nombre.

Lo que no esperaba era que el imbécil de Seax se me tiraría sobre la espalda y rompería ese precioso momento que estaba teniendo con el sheriff. Desordenó mi cabello y se aferró a mi cuello para que no lo tirara al suelo. Agradecí que Jack lo apartara de mi lado y aproveché ese momento para darle las gracias a mis hermanos.

—Leísteis mi mensaje.

—Y tienes suerte que no estuviéramos borrachos. Enfrentarte a Themo solo ha sido la mayor gilipollez que se te ha pasado por la cabeza —esperé esa bronca de Jack que era como el padre de los más jóvenes del club—. ¿Somos una familia, no?

Kayler se dio cuenta de que no le quitaba el ojo de encima a Alan Clark.

—Lo somos. Y él también podría serlo.

—El rubio no borrará de su cabeza la idea de limpiar IronCliff. El único problema que tiene ahora somos nosotros —reí.

—Dirás que el único problema que tiene eres tú.

Quise golpear a Seax, pero me lo impidieron.

—Llevad a casa a la niña. Necesita reunirse con su madre.

Asentí con la cabeza.

Volví con el sheriff y conduje el vehículo de lujo con una incomodidad que no esperaba. Al estar acostumbrado a mi moto, se me hizo pesado salir de Thunder Bay sin esquivar a todos esos conductores que respetaban las señales de tráfico. Tardamos treinta minutos en llegar a Throttle Point. Aparqué el coche, localicé la casa de los Evers y aporreé la puerta, mientras Alan seguía luchando por sostener a la niña entre sus brazos.

Cuando Jody abrió la puerta, el grito de emoción que soltó me echó para atrás y despertó a la niña, que dio un salto hacia los brazos de su madre. Ambas se alegraron por reencontrarse después de unos días, y nosotros nos quedamos fuera mientras ellas seguían con sus muestras de cariño.

Nos invitaron a entrar y esperamos a que el doctor Keough la revisara. Por suerte, esos miserables cumplieron con su palabra y no le pusieron una mano encima. La encerraron en una jaula, la alimentaron con algo de comida y agua, y le crearon un trauma que tardaría años en desaparecer.

Por suerte, tenía una madre que la amaría por encima de todo, y los Bandidos seríamos sus protectores por el resto de su vida.

Jody nos pidió que nos quedáramos junto a ella un rato más, y observé cómo se marchaba a la cocina para servirnos algo de café.

Alan tenía las manos temblorosas y los labios hinchados. Me senté a su lado y toqué su rodilla para llamar su atención.

—Tendríamos que haberle dicho a Chris que te mirara. No estás bien. Tienes que ir al hospital.

El sheriff se frotó los párpados porque estaba luchando contra el cansancio, estiró los labios y aferró sus dedos a mi chaleco. Cuando me di cuenta de la situación, los labios de Alan envolvieron los míos y me besó con una intensidad que jamás pensé que saborearía, a no ser que estuviéramos en medio de algo mucho más íntimo.

—Gracias.

Quise devolverle el beso, pero Jody volvió.

Acomodó las tacitas de porcelana sobre la mesa y las llenó con el café favorito de su padre. Alan se convirtió en un invitado, pero yo no podía dejar de mirarlo mientras luchaba por no tirarme encima de él.

—Le habéis salvado la vida.

—No me he olvidado de Ray Hofmeyer —intentó tranquilizarla un poco más.

Aunque los Bandidos actuamos por nuestra cuenta.

—No os preocupéis. Ese viejo ya no molestará. Jamás. No será un problema.

Alan alzó una ceja.

—¿Qué habéis hecho?

Se imaginó lo peor.

Y fue exactamente lo que sucedió.

Jody se levantó de su asiento y me abrazó.

—Gracias —me susurró—. Estuve a punto de matarlo con el arma de mi padre. Ese cabrón no se merece vivir.

El sheriff intentó no escucharnos, pero se le hizo imposible. Ese cabrón había colaborado con Themo y, seguramente, no era la primera vez que era cómplice de secuestro. Había vendido una niña. Eso era imperdonable.

Pasaron un par de horas y tuvimos que despedirnos de Jody porque necesitábamos asearnos y descansar. Nos volvió a dar las gracias un millón de veces más y vimos que la pequeña Susan descansaba en su cama. Eso nos hizo quedarnos más tranquilos.

Nos dirigimos hasta mi apartamento y dejé que Alan inspeccionara mi hogar mientras le buscaba algo de ropa limpia.

—Está demasiado limpio —tuvo fuerzas para reírse de mí.

Me encogí de hombros y le dije la verdad.

—No tengo tiempo de nada, así que contraté el servicio de limpieza semanal.

—Al menos eres un buen cocinero.

Rodeé el sofá y me posicioné detrás de él.

—Lo soy. Aunque eso no me quite lo desastroso que soy.

Mi gatito pasó sus dedos por el cinturón y tiró de mí para que lo acompañara al baño. Se sentó en la tapa del inodoro y se quitó la camiseta para ver todas las heridas que se quedaron grabadas en su piel. Lo que me impresionó fue el hematoma que tenía en el brazo.

—En la chaqueta que me dejaste, el pelirrojo dejó un vial de adrenalina. Hazme el favor de inyectármelo.

¿Por ese motivo llegó al puerto?

Realmente estaba loco.

—¿No te hará daño?

—No, pero necesito otra dosis.

No discutí con él y lo hice.

Dejé que me guiara y terminé inyectándole la adrenalina que necesitaba para sentirse un poco más vivo.

—No me voy a morir en tu baño —se dio cuenta de que no dejé de mirarlo.

—Solo estoy preocupado. No has descansado, has hecho un sobreesfuerzo y encima ahora te metes adrenalina.

Su risa intentó tranquilizar la discusión que empecé. Así que, para que no volviera a torturarlo con las decisiones que tomó por el camino, pasó su mano por mi nuca y volvió a besarme frenéticamente. En ese momento no se conformó con un solo beso.

—Ten cuidado o te llevaré a la cama.

—Pues hazlo —me retó.

Me estaba calentando y nada me iba a detener. Volvió a rozar nuestros labios y mandé todo a la mierda para levantarlo de esa tapa del wáter. Estaba harto de follar en sitios de mala muerte, así que lo llevé hasta la habitación y lo tumbé en la cama para hacerlo mío. Alan gimió dulcemente, y mientras me desnudaba, me acomodé entre sus piernas.

—Al final te he cazado —bromeó.

—Eres un gato astuto.

Rodeó mi cintura con sus piernas, sorprendiéndome con lo rápido que lo golpeó la adrenalina. Con una fuerza que pensé que tardaría en recuperar, me empujó hasta hacerme caer sobre su cuerpo. Acaricié su cabello mientras lo besaba y me estremecía con sus dedos ansiosos deslizándose sobre mi piel.

—Soy todo tuyo.

—En ningún momento lo he dudado —murmuré, mordisqueando su labio superior.

Me separé un instante para tomar un condón de la mesita de noche y lo desenrollé bajo su atenta mirada.

—Voy a ser considerado contigo. Sorprendente, ¿cierto?

Su risa fue un estímulo más y, mientras se tocaba, preparó su entrada para evitar cualquier molestia. Lamí mis dedos y terminé encontrando los suyos dentro del culo que tanto amaba. Jugueteé en su interior mientras él se retorcía de placer, sin dejar de tocarme, hasta que me detuvo.

—Métemela.

—Un momento… —Quería aflojarlo un poco más, pero estaba impaciente—. Soy el primero que se muere de ganas por joderte. Un minuto.

—Zeke… —gimió mi nombre.

Me incliné sobre la cama y lamí su polla mientras seguía ablandando su entrada.

—Joder… ¡Ah!

No quería que se corriera todavía, pero sentir su sabor explotando en mi lengua hizo que lo deseara aún más. Gruñí, solté su culo cuando estuvo listo y lo empujé contra el colchón para follarlo.

Rodeó mi cintura con sus piernas y acerqué la punta cubierta de látex hasta el punto rosa. Alan apoyó las manos en mi pecho y arqueó las caderas, desesperado por que lo follara de una vez.

Mi polla se tensó y no me quedó otra que empujar. Se quedó rígido sobre la cama y esperé a que ese dolor, el que siempre se

siente cuando te estiran por primera vez, pasara. Sentía su cuerpo luchando contra la tensión, pero sabía que en cuanto se relajara, todo fluiría. Fue solo cuando dejó de apretar que la presión cedió y pude seguir, sintiendo cómo se acostumbraba a mí.

Empecé a colarme en su interior y dejé que el calor que desprendía me consumiera. Subí una de sus piernas hasta mi hombro y me abalancé con fuerza para robarle todos los gemidos que escapaban de sus carnosos labios.

—Oh, Zeke…

No quería hacerle daño, pero me resultaba imposible no follarlo con hambre.

—Tienes que aceptar que amas mi polla.

Sus ojos marrones se clavaron en los míos.

—Me gusta que me folles.

Quería sacarlo de quicio mientras disfrutaba de mis embestidas.

—¿Solo eso?

—Me gusta tu polla.

Eso ya era demasiado para alguien como él.

El sheriff era estricto.

Amargado.

Se enfadaba con facilidad.

Pero ahí estaba.

Confesando que había algo de mí que le gustaba.

Bajé hasta su boca y seguí embistiéndolo.

—A mí me gusta cómo te estremeces bajo mi cuerpo, gatito.

Me inmovilizó sobre su pecho y lamí la curva de su cuello, sintiendo cómo temblaba. Hundí más fuerte mi polla en su interior y el jadeo que soltó contra mi oído me avisó de que estaba a punto de correrse.

Presionó mi erección con su entrada y se aferró a mis brazos cuando el placer lo rompió en mil pedazos, bañando nuestros cuerpos con su orgasmo. Jadeó, todavía tembloroso, y aproveché su clímax para seguir moviéndome dentro de él.

—Alan… —gruñí.

Me corrí hasta llenar el condón y permanecí en su interior hasta que no aguantó más. Acabé tendido a su lado, los dos con la sonrisa idiota de quienes no saben si lo suyo es solo un polvo o algo más.

Encendí un cigarro y apoyé mi frente contra la suya.

—Quédate a dormir.

Limpió el esperma pegajoso de su abdomen.

—¿Me harás la cena?

—Si me la chupas, te preparo un solomillo de res. ¿Qué te parece?

El gatito rodó sobre mi cuerpo, me quitó el cigarro y llevó mis manos hasta por encima de mi cabeza.

—Podría obligarte.

Alcé una ceja.

—Atrévete.

En el fondo, no quería separarme de él.

Me gustaba demasiado.

Y a quién quería engañar…

Me estaba enamorando de él.

Capítulo diecinueve

Alan Clark

Los federales se removían inquietos en sus sillas al darse cuenta de que no conseguirían una cabeza de turco por todo lo ocurrido en IronCliff. No estaba dispuesto a quedarme de brazos cruzados después de haber perdido a la mitad de mi plantilla, y menos cuando el único que me echó una mano a última hora fue el agente Kahnert. Me acerqué hasta ellos y los miré de forma amenazante; estaba harto de que susurraran entre ellos, como si todo este caos fuera culpa del sheriff.

—Durante años habéis permitido que el departamento de policía de IronCliff se pudriera. Y solo habéis dado la cara cuando la prensa ha empezado a remover la verdad que he intentado denunciar desde que llegué —golpeé la mesa con todas mis fuerzas y los federales se tensaron ante mi actitud—. Si no hubiera sido por Kahnert —y tuve muy presente a los Bandidos—, Themo Gómez habría abandonado el país y se habría salido con la suya. No solo he perdido a compañeros, también he visto lo peor de las personas cuando les ofrecen algo de dinero —recordé al asqueroso de Ray Hofmeyer colaborando con el cártel—. ¿Y pensáis que voy a cargar yo con todos los errores de los demás?

Me arranqué la placa del uniforme y la tiré al suelo.

Estaba dispuesto a dimitir.

—Todos sabemos que eres un buen sheriff. Nadie lo ha puesto en duda —uno de ellos recogió mi placa y me la tendió, pero negué con la cabeza—. Eres el único que puede acabar con la corrupción.

¿Eso pensaba? ¿Qué haría el trabajo sucio por ellos?

Más bien buscaban el apretón de manos del presidente si IronCliff dejaba de salir en las noticias.

—Me he deshecho de Gómez y de los hombres que fingían ser mis compañeros. Todo ha cambiado, aunque no os deis cuenta. Este lugar ya no es como antes.

—¿Y qué sucede con esa banda de moteros?

Alcé una ceja.

—¿A qué te refieres?

El federal de traje caro y corbata ajustada me mostró unas imágenes en las que retrataron a varios miembros del club reuniéndose con Themo; uno de los hombres de chaqueta de cuero era yo.

Y ni siquiera se habían dado cuenta.

—La gente dice que son un problema para la ciudad.

Les debía un favor.

Solo tenía que limpiar su imagen.

Aunque eso era complicado.

Su contrabando eran las armas y no dudaban en derramar sangre como la de Ray Hofmeyer.

—A mí no me han dado problemas.

—¿Está seguro, sheriff Clark? —preguntó la mujer de gafas.

Por un momento pensé que me pondrían a prueba y me exigirían lo que Harland Evers nunca hizo; mandarlos a prisión. Bajaron su tono amenazante cuando guardé silencio y recogí mi placa para acomodarla en el pecho.

—El día que den problemas en IronCliff, seréis los primeros en conocer el destino de los Bandidos. Mientras tanto, si no hacen demasiado ruido, no los voy a tener en mi punto de mira. ¿Lo entienden?

Actué como el sheriff que necesitaban en aquella ciudad. La reunión terminó con un par de apretones de manos y unas cuantas miradas frías. Cerré la puerta cuando me quedé solo. Me dejé caer en una silla y respiré hondo, aliviado al saber que las cosas realmente estaban cambiando.

Los pocos agentes que se quedaron a mi lado se levantaron y aplaudieron cuando salí de la sala de reuniones. Agradecí que respetaran el juramento que hicieron ante la bandera de nuestro país y seguimos trabajando como otro día cualquiera.

Recogí mi sombrero y salí hacia el taller. Kayler Draven no esperaba verme tan temprano después de todo lo que habíamos vivido juntos. Me recibió con la misma educación de siempre y me tendió un puro cuando me senté.

—¿Has venido para decirme que nuestra alianza terminó con la muerte de Themo?

—No fumo —rechacé el puro que tanto le gustaba—. He venido para darte las gracias. Sé que Zeke está detrás de todo, pero si no hubiera sido por ti, estaríamos muertos.

—Los Bandidos cuidamos de nuestros aliados, incluso de esos que terminan siendo amigos —soltó una carcajada y estiró las piernas encima de la mesa del despacho. Se encendió el puro y me miró—. Nunca te he pedido que blanquees nuestras malas acciones. Simplemente te dije…

—Que nos ayudáramos mutuamente —terminé por él—. Y tenías razón.

—¿Perdón?

Se sorprendió.

No estaba ante una persona que diera su brazo a torcer.

Era complicado llegar a un acuerdo conmigo.

Pero abrí los ojos antes de tiempo.

—Colaboraremos. Siempre y cuando no haya un delito mayor.

—¿Cómo por ejemplo…?

—En algo que no esté de acuerdo. Si hay algo que no me gusta, te lo diré.

Me acostumbré a la fuerte carcajada de Kayler, así que cuando soltó una, ni siquiera me inmuté. Vi cómo se acomodó en su asiento y bajó las piernas.

—¿Y qué pasará entre Zeke y tú?

—Eso es personal, Presidente.

—Pero Zeke, aunque no sea sangre de mi sangre, es familia. Lo único que quiero aclarar es que, si le haces daño, tendrás un hombre furioso a tus espaldas.

—Lo he entendido.

—Bien. Vas aprendiendo.

Se levantó para estrechar mi mano y, cuando le di el apretón, Kayler tiró de mi cuerpo y me susurró algo que jamás sucedería:

—No me importaría tenerte como familia. Si algún día decides unirte a nosotros, te recibiremos con los brazos abiertos.

Sonreí.

Y él se dio cuenta de que mi destino no era ir sobre una moto mientras desafiaba a la ley.

Salí del despacho con pasos firmes, sintiendo el crujir de la madera bajo mis botas. El aire helado de la noche se colaba por la puerta entreabierta, anunciando que pronto la oscuridad envolvería la ciudad. Me ajusté el cinturón y me encaminé hacia la comisaría, con la mente ocupada en los informes pendientes, el calor de la

ducha a la que me sometería y la idea de perderme en la soledad de mi hogar.

Pero mis planes se vieron interrumpidos cuando me crucé con Zeke.

—¿Te ibas sin despedirte de mí? —su voz, grave y llena de intención, interrumpió la calma de la calle

Tenía las mejillas enrojecidas por el frío, los puños metidos en los bolsillos de su chaqueta de cuero y una expresión que mezclaba reproche y diversión. Por la rigidez de sus hombros, supe que llevaba un buen rato esperándome.

—Pensé que te vería después —respondí, sin darle demasiada importancia.

Zeke dio un paso adelante, acortando la distancia entre nosotros. Sus ojos verdosos se clavaron en los míos y una media sonrisa se dibujó en su rostro.

—¿En tu casa o en la mía?

Lo empujé suavemente con una mano en el pecho, marcando una barrera sutil, aunque sin apartarlo del todo.

—Donde tú quieras —fue mi última respuesta, con una media sonrisa que él supo interpretar al instante.

El Vicepresidente celebró su pequeña victoria con una mirada complacida y, mientras me alejaba, noté cómo seguía cada uno de mis pasos con la misma intensidad con la que acecha un lobo a su presa. No sabía hasta dónde me llevaría mi vida junto a Zeke, pero por ahora, estaba dispuesto a disfrutar de los pequeños placeres que su compañía me brindaba.

Epílogo

Alan Clark

Volví a casa después de una mañana agotadora de trabajo. Mi cuerpo necesitaba descansar, pero mi mente no dejaba de pensar en toda la pila de papeles que habían dejado en mi despacho a primera hora. Desde que me libré de los federales, los problemas en IronCliff no habían aumentado, pero siempre aparecía algún bastardo que intentaba arruinar la calma de la ciudad. Lo único que quería era darme una ducha de agua caliente y refugiarme en el silencio mientras leía uno de mis libros pendientes.

Al llegar al edificio encontré todas las motos de los Bandidos estacionadas en la calle, la paz que tanto anhelaba se desvaneció de inmediato. Solo veía hombres con chaquetas de cuero entrando y saliendo, cargando cajas. Esquivé a un par de ellos, fruncí el ceño, sin entender muy bien qué estaba pasando.

Decidí detener al más joven y preguntarle.

—Jakeb… —al menos la pérdida de su padre no lo había destrozado—. ¿Qué estáis haciendo?

Jakeb esbozó una sonrisa de oreja a oreja y me mostró la etiqueta que habían puesto en su nuevo chaleco.

—Sheriff —saludó, dejando la caja a un lado—. Son órdenes del Vicepresidente. Todos los Bandidos estamos aquí para ayudarte.

Así que él también terminó como su padre, convirtiéndose en otro motero.

—¿Ayudarme a qué?

Zeke no dejaba de sorprenderme, o, mejor dicho, de volverme loco.

Pero alguien respondió por él. El Presidente rodeó su cuello con su brazo y besó la coronilla de su cabeza. Le pidió que siguiera trabajando, y me quedé allí para preguntarle a él.

—¿Qué está pasando?

—¿No lo sabes? —respondí a su pregunta negando con la cabeza—. Ese idiota siempre actúa sin avisar. Tu novio nos pidió ayuda para la mudanza.

—Número uno —gesticulé más de lo normal—, no es mi novio. Número dos, no había ningún apartamento en venta. Dime que no se está metiendo en el mío, por favor.

—Es tu problema —se burló, mientras guiaba a los demás—. Ni se te ocurra arrepentirte. Si le rompes el corazón, es capaz de meterse en mi casa. Y ahora mismo, no soy capaz de cuidarlo.

«*Joder*», maldije.

Cuando llegué a la puerta de mi apartamento, comprobé por mí mismo lo que me había dicho Kayler; Zeke había pedido ayuda a sus hermanos para instalarse en mi vivienda. El comedor estaba lleno de cajas y había repartido cervezas entre todos para hacer el trabajo más ameno.

—Zeke.

—Gatito.

Me miró con temor.

—¿Qué haces?

—Darte una sorpresa.

Cerré la puerta para que dejaran de invadir mi espacio y lo enfrenté.

—Tú tienes tu hogar.

—Llevo cinco meses viviendo aquí.

—Lo sé —reconocí—, pero no hablábamos de irnos a vivir juntos.

Zeke me abrazó con todas sus fuerzas, frotó sus mejillas afeitadas contra las mías, besó mi cuello, mi frente y se detuvo en mis labios.

—Intentemos la convivencia de manera oficial.

—Zeke…

—No cambiará nada. Seguiremos siendo los de siempre.

Estaba desconcertado.

—Te dije que no era capaz de tener una relación seria.

—Por tu miedo a morir, gatito —siguió sonriendo—. Piénsalo bien. Ambos vivimos al límite. Cualquiera de los dos puede morir mañana. Seamos felices sin darle tantas vueltas al tiempo que nos quede. ¿Qué te parece?

Miré el desastre del apartamento.

—¿Estás seguro?

Volvió a besarme un par de veces más y acabé aceptando.

Aparté todas las cajas que dejaron en el comedor y me dejé caer en el sofá. Zeke no tardó en regresar después de darle las gracias a sus hermanos y se sentó a mi lado, mientras pasaba mi cabello detrás de la oreja.

—¿Cansado?

—¿Cuándo me darán algo de paz mental? Primero fue el cártel, luego esa guerra que tuvisteis con un sectario. Necesito vacaciones.

Zeke se levantó, se acomodó entre mis piernas y una sonrisa traviesa apareció en su rostro, dejándome helado.

—Deja las vacaciones para más tarde. Lo que necesitas ahora es una buena mamada.

—Todavía no me he duchado.

—No importa —dijo, bajando la cremallera de mi uniforme—. Me gusta como sabe tu piel, incluso con una capa de sudor.

Mis ojos se cerraron automáticamente y me estremecí cuando su boca alcanzó mi polla. Acaricié su melena oscura y me retorcí en el sofá cuando su lengua se frotó contra mi carne dura.

—¿Mejor?

Tenía una forma curiosa de convencerme.

—Mucho mejor.

Siguió lamiendo, succionando la punta y masajeando mis pelotas hasta que estuve a punto de correrme. Pero él también quiso disfrutar. En el momento que se detuvo, abrí los ojos y sonreí al verlo desnudarse de cintura para abajo.

—¿Y si me follas?

—Me parece una buena idea —gemí.

Escupí en su trasero para tener algo de lubricante. Zeke se acomodó sobre mí y, aprovechando que dejó sus pies sobre mis rodillas, abrí sus piernas y lo jodí mientras estábamos sentados en el sofá. Guio mi polla hasta su agujero y se penetró hasta que ambos terminamos jadeando.

—Eres tú el que se ha montado sobre mi polla. Muévete —le recordé, mientras le azotaba.

Sentí un escalofrío cuando su agujero comenzó a trabajar alrededor de mi miembro y lo sostuve por las caderas para evitar que nos cayéramos al suelo. Zeke empezó a cabalgarme mientras soltaba jadeos entrecortados, moviéndose con desesperación. Sus manos se aferraron debajo de mis piernas y sus uñas se clavaron en mi piel cuando aceleró el ritmo, haciéndome gruñir de placer.

—Joder, Zeke…

Su espalda se arqueó y su cabello sudado le cayó sobre la frente, pero no se detuvo. Bajé las manos de sus caderas hasta su culo y lo ayudé a moverse más rápido, enterrándome más hondo con cada vaivén. Su cuerpo temblaba y sentí cómo se tensaba a mi alrededor porque estaba cada vez más cerca del orgasmo.

—Me jode decirte que estaba hambriento.

Levanté la cabeza para atrapar su boca en un beso necesitado y, cuando mordí su labio inferior, él dejó escapar un gemido. Se estremeció de golpe y su orgasmo lo sacudió hasta correrse en el suelo, mientras su interior me apretaba con desesperación. Eso fue lo que me hizo perder el control. Lo sujeté con más fuerza y embestí una última vez antes de correrme en su interior, soltando un gruñido ahogado contra su cuello.

Zeke se dejó caer sobre mi pecho, respirando con dificultad. Pasé los dedos por su abdomen marcado, disfrutando del calor de su cuerpo contra el mío.

—Ahora quiero follarte yo.

—¿Estás loco?

—Te mueres por otra ronda. No te hagas el loco.

Sonreí de lado y lo apreté contra mí.

—Déjame descansar.

—¿Y si solo te meto la punta?

—Ezequiel…

—No te preocupes, gatito. Solo por ahora, te dejaré descansar.

Ezequiel no tardaría en tirarme al sofá, devolverme los golpes que le había dado en el trasero y follarme hasta que me quedara dormido por el cansancio. Las vacaciones no me librarían del sexo desenfrenado que tanto me ataba a él y que disfrutaba como un loco.

Epílogo 2

Zeke Renton

Perdimos a Jack, pero terminamos acogiendo a su hijo Jakeb porque el Presidente dijo que era apto para convertirse en un Bandido. Se convirtió en un Prospecto que Seax y yo tuvimos que cuidar porque Kayler no se fiaba de nadie más. Los únicos que podían estar cerca del muchacho éramos hombres con la cabeza en otra parte. Jamás se nos pasaría por la mente mirar a Jakeb de otra forma que no fuera de manera familiar.

Así que, como otra mañana cualquiera, tuve que pasar por su casa y recogerlo para dar un paseo por la zona más desierta de IronCliff. Miré a otro lado cuando Kayler se despidió de forma cariñosa de Jakeb y este corrió hasta mí para enseñarme el nuevo chaleco que le habían regalado. Intenté no faltar al respeto al Presidente, pero cada vez que imaginaba lo que hacían esos dos a solas, se me revolvía el estómago.

Le pedí que se subiera a su moto y me siguió con una sonrisa que no se le borraría ni, aunque nos cruzáramos con un cadáver en descomposición. Estaba tan enamorado que sería capaz de limpiarnos las botas embarradas sin quejarse ni una sola vez.

Cuando llegamos a las colinas, aparcamos nuestras motos junto a la de Seax y nos reunimos con nuestro hermano, que vigilaba una furgoneta abandonada hacía más de doce horas. Le di un golpe en el hombro para avisarle que habíamos llegado y me pasó los prismáticos que usó durante su guardia.

—¿Nadie ha reclamado la furgoneta?

—Empiezo a pensar que en cualquier momento detonará —dijo, y de inmediato miró a Jakeb—. ¿Otra vez? Kayler no entiende que no podemos ser su niñera las veinticuatro horas del día.

El Prospecto se levantó para sacar de su bolsa un paquete de cigarrillos, nuestro vicio favorito. Al agacharse, el chaleco y la camiseta se le subieron, dejando a la vista el tatuaje que se había hecho en la parte baja de la espalda.

—Propiedad de Kayler —susurramos al unísono.

Nos miramos de inmediato y sentimos la bilis subirnos hasta la boca. No juzgábamos la diferencia de edad, pero era una putada saber que el chico que vimos crecer se acostaba con nuestro Presidente. Desde que Jakeb cautivó el corazón del motero, Kayler no dejaba de sonreír, y eso daba muchísimo miedo.

—Quiero pegarme un tiro en la cabeza.

—Ja —volví a mirar la furgoneta—, yo los he visto besándose. Eso sí que es asqueroso.

—¿Qué es asqueroso?

Guardamos silencio y Jakeb no insistió.

—Deberíamos abrir el vehículo y ver qué hay dentro.

—¿Quieres morir? —Seax seguía convencido de que tenía una bomba.

Me encogí de hombros y recogí un par de piedras para golpear la furgoneta blanca. Sabía que era una idiotez, pero aun así lancé las rocas para asegurarme de que no explotaría. Cansado de que nada pasara, les pedí que guardaran distancia mientras empujaba la manija de la puerta trasera.

«*Si me muero… ¿me echará de menos mi gatito?*»

Ese pensamiento me habría detenido si se me hubiera pasado por la cabeza antes de abrir la puerta, porque cuando lo hice, no pasó nada.

—Hay cajas. Venid.

Bajaron corriendo y me metí dentro para inspeccionar el interior.

—¿Son SVD?

No me hizo falta montarla para que Seax se diera cuenta.

—¿Qué es una SVD? —preguntó Jakeb, curioso.

—Son fusiles de francotirador Dragunov —dije mientras ensamblaba uno para que apreciara su belleza—. ¿Será un regalo?

—Creo que el que dejó este cargamento no tardará en volver.

De repente, algo empezó a moverse dentro de una de las cajas, arañando desesperadamente el interior. Nos miramos entre los tres y saqué mi navaja para descubrir qué habían escondido con vida.

—Es un gato —rescaté una bola de pelo que no tendría más de dos meses, y Jakeb salió corriendo para traer la cantimplora que siempre cargaba en su mochila—. ¿Quién es el hijo de puta que te ha dejado tirado en un sitio donde fácilmente pueden hacer treinta grados?

Miré a Seax, que ya estaba distraído con su teléfono.

—¿No es adorable? Se parece a Alan.

—Si el sheriff te escuchara decir algo así, te cortaría la polla.

Le di algo de agua y humedecí su pelaje blanco para refrescarlo. El gato era tan arisco como Alan, pero cuando empecé a cuidarlo, frotó su pequeña cabeza contra mis dedos y maulló de forma dulce.

—Creo que me lo quedaré.

—¿Has perdido la cabeza?

—Estoy seguro de que a Alan le encantará. Dicen que los animales dan mucha vida en el hogar.

Jakeb apoyó mi decisión.

—Es adorable.

—¿Verdad?

Seax rodó los ojos y volvió a centrarse en su móvil.

—¿Nos llevamos la furgoneta al taller? —pregunté.

—Tengo que irme —dijo, guardando el teléfono y dándonos la espalda—. Cuida del Prospecto. Me necesitan en otro lugar.

—Te tocaba a ti vigilar a Jakeb.

El Sargento de Armas soltó una carcajada y caminó hasta su moto.

—Últimamente se ve mucho con el doctor Keough. ¿Crees que están juntos?

Le tendí el gato a Jakeb y rodeé la furgoneta para hacerle el puente.

—Lo dudo. A Chris le gustan los hombres inteligentes —me acerqué como si estuviera confiándole un secreto— y Seax no terminó ni la secundaria.

—Pero últimamente no ha dejado de llamar su atención.

Eso era cierto.

Cada vez que nos metíamos en un problema y se reflejaba en nuestros cuerpos, Seax visitaba el hospital incluso si solo se había hecho un corte en el dedo. Desde que regresó del ejército, lo único que lo animó a seguir fue la chaqueta de Henry y que Chris volviera a IronCliff para ejercer cerca de su hermano mayor.

Por un lado, me alegraba por él; por otro, temía que lo terminara destrozando como al último chico que estuvo en su vida.

Saqué el cableado con dedos ágiles, separando los correctos con la precisión de alguien que ha hecho eso más veces de las que

debería admitir. Tenía todo el tiempo del mundo, pero quería volver pronto con mi gatito y hacerlo ronronear de la forma más sucia posible, así que pelé los extremos con los dientes y los junté. Chisporrotearon antes de que el tablero cobrara vida con un par de luces intermitentes.

—Vamos, cariño, despierta... —murmuré, tanteando debajo del volante hasta dar con la carcasa de encendido.

Giré los cables con un movimiento rápido y el motor tosió antes de rugir con fuerza, llenando el aire con su sonido grave. La vibración recorrió el chasis mientras tanteaba el acelerador, dándole unas suaves pisadas para asegurarme de que estaba listo para largarnos.

Jakeb se acomodó en el asiento del copiloto y observó el trabajo que hice bajo su mirada inocente. Metí la marcha, clavé los ojos en la carretera y pisé el acelerador, silbando por el buen trabajo.

—¿Me enseñarás a hacer eso?

Sacudí la cabeza y me burlé de él.

Mientras protestaba, me imaginé cómo Alan se ablandaría con la llegada del gato a su vida. Estaba seguro de que, cuando lo viera, se me tiraría encima y acabaríamos haciendo de todo.

—¿Puedes dejar de sonreír como un baboso?

—¿Por qué me jodes en el mejor momento?

Molesté un poco más al pequeño Prospecto, disfrutando de su frustración fingida, y luego me recosté contra el asiento con una sonrisa satisfecha. No importaban los problemas, las balas ni las cicatrices. Al final del día, tenía a mi familia… y al sheriff, que había caído rendido en mi seducción, por mucho que intentara resistirse.

Fin.

Siguiente Motero

Seax

TENTADO POR UN MOTERO
YA EN PREVENTA

Otros libros escritos por el autor

hombres sucios de la mafia

Bestia indomable

Ángel indomable

Pasión indomable

Furia indomable

Corazón indomable

Melodía indomable

Bandidos de carretera

Cautivo por un motero

Seducido por un motero

Tentado por un motero

MILLONARIOS Y MALVADOS

Arrogante

Contacta conmigo

Tiktok: @author.aserheart
Instagram: @author.aserheart
Correo electrónico: AserHeart@outlook.es